

ANTONIO ARTEAGA

SEDUCIR A UN ASESINO



*“Un thriller
diferente,
intenso y
adictivo.”*



Seducir a un asesino

© 2018 Antonio Arteaga Pérez (www.arteaga.be) Registrado en SafeCreative con código 1801305628888.

Todos los derechos reservados.

No recomendado a menores de 18 años.

Quiero dar mi agradecimiento, en general, a todos los lectores de *Mensaje equivocado* que me pidieron esta secuela y, en particular, a amigos como Benet Marcos, Lola Montalvo, Mayte de la Iglesia, Laura Valeriano, Marta del Pino, Pedro Avilés, Alfredo Mosquera, David Bravo y Belén Martínez por sus comentarios, críticas, ánimos y aportaciones. Espero no olvidarme de nadie y, si es así, aguantaré la merecida regañina.

**El autor ha donado todos los beneficios
de esta novela a**



*Para que los niños con cáncer
nunca pierdan la sonrisa*

Avisos importantes

- 1 -

Si todavía no has leído mi novela “*Mensaje equivocado*”, te recomiendo que lo hagas antes de empezar esta.

En “*Seducir a un asesino*” aparecen personajes de la otra novela y se mencionan algunos hechos que podrían provocar *spoilers* no intencionados.

No es necesario leer una para poder leer la otra, pero siempre es mejor un cierto orden. Y, además, todos los beneficios de “*Mensaje equivocado*” se donan a la Asociación Española contra el Cáncer y puedes conseguirla en varios sitios.

(visita www.novelasolidaria.org)

- 2 -

Si dejas una valoración con comentario en Amazon sobre una de mis novelas y me lo cuentas por email a antonio@arteaga.be te enviaré un pdf firmado y dedicado de la novela e, incluso, puedes decirme cuál quieres que sea la dedicatoria. Va en serio.

Muchas gracias y espero que disfrutes de este *thriller*.

Antonio Arteaga

1 – Thailand Gardens Resort

Dos mil euros. Eso es lo que había costado alquilar para unas horas aquella suite exclusiva con vistas al mar. De hecho, era una suite tan cara que si hubiese tenido que pagarla de su bolsillo ni se lo habría planteado.

El de aquella noche sería el polvo más caro que habría echado en su vida, pero no el más caro de los que echaría a partir de octubre si ganaban las elecciones.

Pablo retiró un pétalo de rosa que se había pegado a su brazo húmedo, dejó la copa de cava en el borde del jacuzzi, miró a su alrededor y sonrió satisfecho. El sol estaba desapareciendo casi por completo en aquella fabulosa tarde del veranillo de San Miguel y el mar parecía tranquilo en la distancia tras los rascacielos. La temperatura era perfecta para un precalentamiento en la terraza privada de aquel complejo de lujo de ambientación asiática situado en la falda de la montaña.

Cuando su suegro le animó a meterse en política hacía un par de años nunca pensó que las cosas irían tan bien. El padre de su mujer era un alto cargo en el partido y gracias a eso todo le había resultado mucho más fácil, pasando sin esfuerzo de ser un don nadie a ser el décimo en las listas por la Comunidad, con lo que tenía garantizado un escaño.

Y la precampaña electoral tenía sus ventajas cuando te mueves en ciertos niveles, era indudable. Viajar de aquí para allá sin control alguno, conociendo gente con importancia y gente importante —que parece lo mismo pero no lo es—, y dándote gustazos como el de aquel día: disfrutar de una velada de sexo con una preciosa y jovencísima *groupie*. Qué curioso, siempre había creído que solo las bandas de rock tenían fans incondicionales dispuestas a acostarse hasta con el tío de los focos, y resultaba que en política también existían.

La chica apareció por la puerta del salón luciendo un minúsculo bikini rojo que resaltaba el intenso y uniforme bronceado de su piel, con su largo cabello castaño recogido en una coleta y caminando con lentitud, de esa forma en que caminan las mujeres que saben que los hombres babean al mirarlas. La fingida timidez tanto en su sonrisa como en su mirada no engañaron a Pablo. Era consciente de que aquella joven no estaba obnubilada por su fama —porque aún no le conocía nadie—, ni por su atractivo —era más bien tirando a feo— ni, claro está, por su manera de cantar en los conciertos porque no era rockero.

Aquella chica, que ahora se metía muy despacio en el jacuzzi quitándose la parte superior del bikini y dejando al descubierto unos pechos que desafiaban todas las leyes físicas enunciadas hasta la fecha, estaba dispuesta a darle todo lo que a él le apeteciese a cambio de alguna compensación en forma de enchufismo para su futuro.

Y Pablo era un hombre muy formal en cuanto a respetar el orden en las transacciones: primero disfrutaría de aquellas curvas de todas las maneras y todas las veces que su resistencia física permitiese y, cuando estuviese en el Gobierno, ya vería cómo podría compensarla.

La joven, ya metida en el agua frente a él, entornó sus ojos y adelantó sus labios entreabiertos para besar a Pablo. Pero el aspirante a mandamás nunca había sido ni detallista, ni romántico ni aficionado a los besos. Se puso en pie, sentándose en el borde del jacuzzi, agarró a la chica por la coleta y la condujo sin miramientos a su entrepierna. La joven, aunque con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa de encontrar dentro de su boca algo muy diferente a lo esperado, no hizo ademán de retirarse. Al fin y al cabo sabía a lo que había venido y que tendría que soportar cosas que no le gustarían en absoluto. No era la primera vez y no sería la última porque tenía sus objetivos profesionales muy claros, así que se puso manos a la obra.

Pablo pensó que la vida era estupenda. La temperatura del agua era perfecta, el entorno era perfecto, la forma que tenía aquella mujer de hacérselo era más que perfecta... ¿había algo que no fuese perfecto? No, no lo había. Apoyó sus manos fuera del jacuzzi y echó la cabeza hacia atrás para disfrutar aún más del instante, ronroneando como un gato en celo.

El sol se había puesto ya y las luces del complejo comenzaban a encenderse. La lámpara con forma de dragón situada en la pared tras Pablo se iluminó y éste entreabrió sus ojos. Dos mosquitos se habían dado prisa en revolotear alrededor de la bombilla recién encendida y Pablo los siguió con la vista, mientras sentía la lengua de la chica haciendo maravillas alrededor de sus partes sensibles. Uno de los mosquitos debió ver encenderse otra lámpara un poco más arriba y se dirigió hacia ella, llevando la mirada de Pablo con él.

—¡Hijo de puta...! —exclamó de pronto, encogiéndose sobre sí mismo.

La joven, que se había quedado con la boca vacía en forma de “o”, vio sorprendida cómo el guardaespaldas aparecía corriendo por la puerta del salón. Pablo le señalaba como un poseso algún lugar en el tejado y seguía gritando:

–¡Allí, por allí va, cógele, por tu padre...!

Siguió la dirección del dedo con la vista y descubrió una figura que huía apresurada haciendo equilibrios sobre el techado del bungalow. En una de sus manos llevaba lo que parecía una cámara de fotos con teleobjetivo.

Mientras el guardaespaldas rodeaba la terraza a toda carrera en persecución del presunto *paparazzo*, Pablo comenzó a restregarse el rostro con ambas manos sin dejar de farfullar:

–Joder, joder, joder... como no le pille la hemos cagado bien...

La chica decidió que era el momento adecuado para recoger su bikini, su ropa y su bolso y abandonar con discreción el complejo hotelero antes de que nadie se diese cuenta de que había estado allí. Ser la causante de un escándalo a tan pocos días de las elecciones no sería la mejor forma de avanzar en sus metas políticas.

Entretanto, el fugitivo había llegado al borde del tejado al mismo tiempo que el guardaespaldas le cortaba una posible huida más abajo. Si descendía por allí, por el mismo voladizo por el que había subido al techo, su perseguidor se le echaría encima sin oportunidad alguna de escapar. Si retrocedía regresaría a donde estaba el gimiente del jacuzzi y era aún peor la idea de verse placado por un hombre con sus partes colgando al aire.

Miró al bungalow que había frente a él, un nivel por debajo siguiendo el descenso de la falda de la montaña, y calculó la distancia: unos tres o cuatro metros. En su juventud había saltado distancias mayores y se mantenía en buena forma, así que decidió que podría conseguirlo sin problema. Dio media vuelta y retrocedió varios pasos para coger carrerilla. El guardaespaldas había empezado a trepar por el voladizo y le cerraría el paso en unos segundos, así que inhaló, resopló y se lanzó a toda velocidad.

Justo en el momento en que saltaba y sus pies se despegaban del tejado se dio cuenta de que no todo lo había calculado bien. El salto sería suficiente para cubrir la distancia y llegar al tejado del bungalow colindante, pero caería con sus setenta y siete kilos de peso desde tres metros de altura sobre una superficie que no era más que planchas cubiertas de juncos.

El estrépito provocado por el techo al romperse bajo el impacto y la caída del fugitivo envuelto en trozos de madera sobre la cama alteró la tranquilidad del resort. Pese a ser estancias dispuestas con cuidado para preservar la intimidad de sus ocupantes los huéspedes de los bungalós cercanos se

asomaron a las esquinas de sus terrazas para tratar de ver algo, y los que no veían nada llamaban a recepción para preguntar.

Dentro de la habitación se había hecho el silencio y el recién llegado trataba de orientarse entre la nube de polvo. La lámpara colgante del techo había recibido golpes de algunos fragmentos caídos y se balanceaba adelante y atrás, creando una alternancia continua de luces y sombras por todas partes. Se incorporó en el borde de la cama que le había servido de amortiguación y advirtió que las sábanas estaban manchadas de sangre. Miró asustado sus manos y su pecho, pero no parecía estar herido. De entre los trozos de tejado que cubrían el resto del lecho asomaba una pierna inerte de mujer.

La angustia se apoderó de él cuando cayó en la cuenta de que, por su imprudencia, podría haber matado a la persona que se encontraba en aquella cama, y se apresuró a retirar las maderas casi a punto de hiperventilar.

La lámpara continuaba su vaivén, proyectando formas oscilantes sobre la pared del cabecero. Seguía quitando pedazos y no solo aquella mujer no se movía lo más mínimo sino que la cantidad de sangre que la cubría iba en aumento. Estaba a punto de retirar los últimos fragmentos cuando, por el rabillo del ojo, notó que una de las sombras de la pared destacaba por encima de las demás y escuchó un movimiento a su espalda.

Se giró sobre sí mismo y fue el instinto el que le hizo levantar los brazos para protegerse. La hoja del cuchillo se hundió en su antebrazo arrancándole un grito. Saltó de la cama para ponerse en pie y huir hacia la puerta, pero un agudo calambre en su tobillo hizo que se le doblase la pierna izquierda y se desplomase de lado, golpeándose en la sien con el borde de la mesilla de teca y rebotando desde ella hacia el suelo.

Sentía un tremendo dolor en todas las partes de su cuerpo y la negrura que precede a la pérdida de conocimiento se adueñó sin piedad de él. Un pensamiento se difuminó en su mente: “¡No, no, me van a matar... no puedo... desmayarme...!”

2 – Ruiz, Sanz y Vila

La oscuridad se poblaba de fogonazos repentinos dentro de su cabeza, cada uno de los cuales llegaba acompañado de una oleada de dolor insoportable. Se sentía como si estuviese tendido sobre una balsa en un mar furioso en mitad de una tormenta. Cerró su mano derecha sobre lo que le pareció algún tipo de cilindro metálico y trató de abrir los ojos.

Los objetos a su alrededor estaban borrosos y a sus oídos llegaban voces muy lejanas. Alguien de color naranja estaba de pie a su lado sujetando su brazo izquierdo y unas manos azules enrollaban algo en él. El individuo naranja dijo algo que no pudo entender, otra mano azul sujetó su barbilla y giró su cabeza hacia el lado contrario. Una luz muy intensa le golpeó en los ojos, arrancándole dolorosos destellos, y los cerró de nuevo.

Poco a poco las voces iban oyéndose más claras y las olas del mar de su cerebro se iban calmando. Abrió de nuevo los ojos y las cosas, aunque todavía borrosas, fueron tomando forma.

Estaba tumbado sobre una camilla de la que tiraba una persona con un chaleco en el que se leía “S.A.M.U.”. Había muchas personas más alrededor, que iban y venían a toda prisa, pero no podía verlas bien. La camilla giró y pasó junto a un hombre con traje que llevaba un objeto en las manos, oculto a medias por la chaqueta.

–Mi... cámara... –trató de decir en voz alta, pero apenas pasó de un gemido.

Intentó incorporarse para no perder de vista al guardaespaldas y un terrible mareo hizo presa en él. Cayó sobre la camilla y, aunque el golpe fue leve, miles de punzadas le devolvieron de nuevo a la oscuridad.

Recobró el conocimiento cuando le cambiaron de la camilla a la cama definitiva en la habitación del hospital. Una médica cercana a la cincuentena, que hablaba con una enfermera, se le quedó mirando por encima de las gafas al advertir que estaba consciente y desorientado.

–¿Señor Farra? –le preguntó– ¿Puede usted verme bien? –añadió, moviendo una mano con un bolígrafo a izquierda y derecha delante de su cara.

–La veo, la veo –contestó el aludido–, me operé de miopía hace tres años...

La doctora Ruiz –ahora podía leer su chapita identificativa– se acercó un poco más, echó un vistazo rápido al parte médico que sujetaba y después extendió su mano y presionó con cuidado la sien izquierda del enfermo. Este pegó un bote en la cama al sentir como si le acabasen de clavar una aguja en la cabeza.

–Ha recibido un golpe importante en esta zona, señor Farra –comentó la médica–. Suerte que el objeto que le golpeó o contra el que chocó era romo y no rompió el hueso, en caso contrario estaríamos ante un traumatismo craneoencefálico severo. No ha aparecido nada anormal en el escáner pero debemos vigilar cualquier síntoma que pueda aparecer en las próximas semanas, ¿me entiende? Eso incluye posible pérdida de visión, vértigos, dificultad en el habla, parálisis facial o cefaleas frecuentes.

–Entiendo – respondió él, y levantó su brazo izquierdo para acariciar con sumo cuidado lo que tenía pinta de ser un hermoso chichón. Vio que su antebrazo estaba vendado y miró inquisitivo a la médica.

–Además del golpe en la sien tiene usted una herida por arma blanca en el antebrazo izquierdo, un esguince de segundo grado en el tobillo izquierdo y diversas magulladuras y laceraciones repartidas por todo el cuerpo. Alguien no le apreciaba demasiado, ¿no?

–No sabría qué decirle, doctora, los recuerdos son confusos.

–Es cierto, se me ha pasado mencionarlo. Vigile también los síntomas de amnesia prolongada. La amnesia a corto plazo no es preocupante porque está bajo un shock reciente. ¿Recuerda algo de lo sucedido?

–Sí, recuerdo al menos parte de ello. Estaba trabajando y...

–No, no me lo cuente a mí, señor Farra, es la policía quien quiere interrogarle. Por mi parte solo necesitaba saber si ya contaba con las suficientes facultades como para responder a sus preguntas, así que me marchó. Recuerde: vigile la vista, el habla, la cara...

–...los dolores de cabeza y la pérdida de memoria. No lo olvidaré a menos que padezca este último síntoma.

–Antes de irme: ¿desea que avisemos a algún familiar o conocido?

–Mmmm... no, mejor no. Gracias, doctora –respondió tras un momento de duda.

La doctora Ruiz abandonó la habitación. Dos hombres que se encontraban en la puerta le preguntaron algo al pasar, ella hizo un gesto de asentimiento y uno de ellos entró, dirigiéndose hacia él. Era un hombre alto y muy delgado,

de unos cuarenta y tantos años, de cabello oscuro con zonas canosas y con unos ojos también negros bajo unas espesas cejas.

–Buenos días, señor Farra, soy el comisario Sanz –saludó al tiempo que mostraba su identificación abriendo por el centro una cartera negra de cuero–. ¿Se encuentra usted en condiciones de atenderme?

–Creo que sí, comisario, o al menos a medias, porque por lo visto mi mitad izquierda está para tirarla y comprar una nueva.

–Me bastará con su mitad buena –respondió Sanz sonriendo–. Con su permiso.

El comisario tomó una silla pegada a la pared, la colocó junto a la cama, se sentó en ella y extrajo una *tablet* de mediano tamaño del bolsillo de su americana. La encendió, leyó algo durante unos instantes y después se volvió a dirigir al encamado.

–Bien, señor Farra... Perdona, ¿quiere que le llame señor Farra, o prefiere que le llame...?

–¡Edu!

El comisario y el paciente volvieron la cabeza hacia la puerta de la habitación, desde donde había llegado la voz femenina. Una mujer presa de los nervios, de unos treinta años de edad y vestida con camiseta y vaqueros, intentaba entrar a la habitación. Pero el agente que se había quedado fuera se lo impedía con un brazo apoyado en el dintel.

–¡He dicho que me dejes pasar o la tenemos! ¿Eh? –le espetó la mujer al agente.

El agente miró al comisario quien, sin ninguna gana de que hubiese jaleo en un hospital a aquellas horas tan tempranas, asintió para que la dejase pasar. El agente retiró el brazo, la mujer le miró con gesto de alivio, le dio un pequeño beso en los labios y entró en el cuarto.

–¿Es familiar suyo, señor Farra? –preguntó Ruiz, sorprendido.

–Es mi ex –contestó el aludido con gesto resignado. No conseguía acostumbrarse a ver cómo Laura besaba a otro hombre aunque ya hiciese un año que no le besaba a él.

–¡Edu! ¿Estás bien? ¡Joder, estás hecho un cromo! –exclamó Laura al llegar junto a la cama– Perdona, buenas tardes –añadió, dirigiéndose al comisario.

–Buenas tardes, señorita, soy el comisario Ruiz –contestó, mostrando de nuevo su identificación.

–Ups, vaya... entonces es usted el jefe de Jaume... –dijo la chica mirando

de reojo al agente que permanecía en la puerta— Le pido perdón por mi comportamiento, Jaume no iba a dejarme entrar...

—No se preocupe, yo le he indicado que le permitiese pasar. Conozco al inspector Vila y sé que es todo un profesional. Ya veo que aquí se conocen todos, es como si estuviésemos en familia.

Laura sonrió al comisario, se volvió otra vez hacia Eduardo y le increpó:

—Pero, ¿tú estás gilipollas, Edu? ¿Se puede saber qué hacías trabajando en la costa, sin decirme nada y jugándote la vida sin venir a cuento? ¿Que tienes una hija pequeña, por el amor de Dios...!

—No me dio tiempo a contarte nada, Laura, el encargo me llegó ayer por la mañana y la ocasión era perfecta para rematarlo en el mismo día —contestó Eduardo.

—¡Tu zona es Madrid, Edu, la costa es mía! Y, además, ¿qué es eso de que no tuviste tiempo de avisarme si pasaste al menos cinco horas conduciendo?

El comisario Ruiz miraba al uno y después a la otra, muy interesado en la discusión.

—Porque hubieses dicho que te encargabas tú de hacerlo, chiqui, y quería aprovechar la excusa para ver a Eva.

—A ver, Edu... a Eva la puedes ver siempre que quieras y lo sabes, no hace falta ceñirse solo a las visitas acordadas. No necesitas excusas. Y claro que hubiese hecho yo el trabajo, ¡estamos en mi zona!

—Pero la clienta que hizo el encargo vive en Madrid, que es la mía.

—¿Me permiten? —interrumpió por fin Ruiz— Necesito un poco de puesta en situación. Entiendo por sus palabras que ustedes antes eran pareja pero ya no lo son aunque tienen una hija en común, que usted ahora —miró a Laura— es “amiga” de mi inspector adjunto y, por los documentos de su cartera —ahora miró a Eduardo—, sabemos que usted es, o era hasta hace poco, detective privado. Pero me he perdido un poco con lo de las zonas y los trabajos repartidos, ¿serían tan amables de explicármelo?

Laura miró a Edu y éste hizo un gesto con su brazo sano para que hablase ella.

—Edu y yo montamos juntos hace años una agencia de detectives en Valencia, señor comisario. “LyE Investigaciones”, se llama. Tal vez le suene, estamos especializados en casos de infidelidades. Aunque hemos dejado de ser pareja no hemos dejado de ser amigos, ni socios en el negocio, ni padres de nuestra hija. Decidimos abrir una sucursal en Madrid y nos repartimos los

encargos de los clientes por zonas: Edu se encarga de la zona centro y yo de la costa de levante.

Eduardo asintió, dando por finalizada la explicación.

–Pero ahora va este capullo que tengo por socio, se salta nuestro acuerdo a la torera y se viene a investigar un caso hasta Alicante sin decir ni mú –añadió Laura– jugándose la vida cuando lo único que hacemos siempre es escondernos, esperar y hacer unas cuantas fotos.

El comisario se dio por satisfecho con lo que acababa de contar la chica y respondió con un “ahá” que sonaba a “gracias, es suficiente”. Tomó algunas anotaciones en su *tablet* –escribiendo con un solo dedo, lo que alargó el silencio de un modo incómodo– y luego levantó de nuevo la vista.

–Debemos hacerles algunas preguntas a ambos, dada la gravedad de las circunstancias –al escuchar esto Laura miró asustada a Eduardo–. Ahora le explicaré el motivo de que Vila y yo estemos aquí, señorita. Puesto que el inspector y usted tienen una relación de algún tipo es más apropiado que sea yo quien le interroge a usted y que sea mi adjunto quien pregunte al señor Farra. ¿Les parece bien?

La última pregunta era solo formal y lo sabían. El comisario se puso en pie e invitó a Laura a acompañarle fuera de la habitación. Cruzó unas palabras con el agente de la puerta y éste entró en el cuarto, entornando la puerta tras él.

–Buenas tardes, Eduardo –saludó.

Eduardo no soportaba a aquel hombre. ¿Cómo podría hacerlo?

No le odiaba por tener aquel aspecto de figura de acción a escala natural, con una musculatura tan trabajada y unos rasgos tan bien definidos que parecían hechos con Photoshop, mientras que él se esforzaba todo el tiempo, a sus cuarenta y cinco años, por evitar que desapareciesen sus escasos músculos y apareciese la barriga.

Tampoco le odiaba por ser tan escrupuloso en su labor policial –había tenido oportunidad de comprobarlo un par de veces durante los años que investigó casos en Valencia– ni por saber lucir tan bien incluso los trajes de trabajo.

No, Eduardo Farra odiaba a Jaume Vila por haber estado ahí mientras se acababa su relación con Laura. Por haber escuchado con la paciencia de un amigo, día tras día, a la que había sido su pareja y madre de su hija contarle cómo el cariño y la pasión que hubo entre ambos habían desaparecido sin ningún motivo aparente y ya solo quedaba la amistad anterior a su aventura en

común. Le odiaba por haber sido el hombre donde Laura lloró al reconocer que Eduardo ya no era el amor de su vida, tal como había creído hacía cinco años. Y sobre todo odiaba a Jaume porque con él fue con quien Laura volvió a ocupar su corazón y su cama mientras él, Eduardo, prefirió regresar a Madrid para asumir que ya solo compartían hija y negocio.

Sabía que Jaume no había utilizado malas artes para seducir a Laura, ni se había aprovechado jamás de la situación, y que el policía sentía algo sincero por ella, porque ese hombre –tenía que reconocerlo– podría tener a las mujeres que quisiera cuando quisiera y sin embargo continuaban juntos casi un año después.

Lo sabía y lo reconocía. ¿Y? Le odiaba. Cabronazo.

–Buenas tardes, Eduardo –repitió el inspector.

–Buenas tardes, Jaume. ¿O te llamo inspector? Esto es un interrogatorio formal y no una reunión de amigos, ¿no?

Jaume miró hacia la ventana, tomó aire, suspiró y se volvió otra vez hacia Eduardo.

–Estamos hablando de invasión y destrozo de propiedad privada, allanamiento de morada, homicidio en grado de tentativa y asesinato consumado con agravante de ensañamiento. ¿Tú qué dirías que es esto, Eduardo?

3 – Recuerdos confusos

–Vamos, que no puedo explicar mi presencia en el Thailand Gardens porque no hay ningún Pablo Fresneda entre los clientes. Lo tenemos anotado en el libro de registro de investigaciones pero eso no prueba que ese tipo estuviese allí, claro.

–Como siempre, habrán hecho la reserva a nombre de uno de los guardaespaldas, Edu.

Los policías se habían marchado hacía cinco minutos y Laura estaba ya sentada en la silla junto a la cama, preguntándole por lo ocurrido la tarde anterior.

–Recuerdo haber saltado desde el tejado mientras intentaban pillarme, pero a partir de ahí el resto lo recuerdo como una película antigua en blanco y negro donde la mayor parte del tiempo está todo oscuro o demasiado borroso.

–Ya lo irás recordando poco a poco, el golpe que te diste en la cabeza fue fuerte.

–No sé con qué me choqué... Oye, ¿y la niña?

–Con mi madre. Sigue contándome lo que recuerdes.

–Recuerdo el sonido de tablas chocando entre sí y luces y sombras moviéndose aquí y allá... Una cama de matrimonio, una mujer cubierta con maderas y cascotes... Sangre, mucha sangre. Eso sí lo veo en color. Joder.

–¿Viste a la persona que te atacó con el cuchillo?

–Recuerdo un brillo metálico pero no el cuchillo. La figura de detrás del metal está borrosa pero por su contorno y su forma de moverse diría que era un hombre.

–Un hombre, ya es algo.

–Pero lo siguiente que recuerdo es estar en el suelo y ver unos zapatos de tacón.

–¿De la mujer que estaba en la cama, tal vez?

–No, no quitados. Puestos. En dos pies que andaban.

–Puede que quien te atacó fuese una mujer fuerte o vestida con traje de chaqueta.

–Puede. O que esté mezclando o confundiendo recuerdos y los zapatos sean de otro momento o estuviesen tirados allí. Después de eso veo un chaleco del S.A.M.U., al guardaespaldas escondiendo mi cámara y ya está, esta

habitación.

–Pasaremos un parte de robo al seguro por si hubiese suerte, pero sin denuncia por agresión o intimidación creo que daremos la cámara por perdida. Hablando de denuncias –Laura retiró un mechón de pelo de sus ojos azules y después acarició con suavidad el vendaje de la cabeza de Eduardo– el complejo hotelero no ha presentado ni va a presentar denuncia contra ti por el destrozo del techo ni por estar allí sin permiso, según me ha dicho el comisario.

–¿Y eso?

–La mujer que había en la cama ya había muerto cuando tú caíste, a consecuencia de “múltiples heridas producidas por arma blanca”, palabras textuales. Los de seguridad del hotel llegaron enseguida avisados por los huéspedes cercanos, te encontraron hecho polvo en el suelo y no había cuchillos por ninguna parte, lo que te exculpa de ser el presunto asesino de la víctima. Si te denuncian por daños o allanamiento el asunto del crimen podría airearse y los de Thailand prefieren mantenerlo todo en secreto, que es lo que también quiere la policía.

–Eso no me lo ha dicho Jaume.

–Luego hablaré con Jaume y me contará alguna cosa más.

–A ti sí, claro.

–...

–Perdón.

–No eres sospechoso, Edu, pero te pedirán que no salgas del país y que estés localizable en todo momento. Ya les he dado tu número de móvil, el de la oficina de Madrid y también el de tu casa.

–Gracias. De todas formas no estoy para viajar al extranjero por un tiempo.

Sonaron un par de golpes en la puerta entreabierta de la habitación.

–¿Se puede? –preguntaba una mujer rubia con traje blanco de chaqueta– soy Clara Vidal, del *Benidorm Sun*.

–¿Prensa sensacionalista? –le susurró Eduardo a Laura– Creía que el asesinato se iba a mantener en secreto.

–Eso me habían dicho –contestó Laura también en voz baja.

–Pase, pase –contestó Eduardo.

Clara Vidal era una atractiva treintañera con un gusto exquisito para elegir su vestuario y una mejor percha para lucirlo. Tal vez el término más apropiado

para describirla sería “voluptuosa” y una buena forma de resumirla sería “una mujer con rasgos generosos y bien colocados”. Melena rubia ondulada, ojos grandes y rasgados, labios carnosos, pecho sobresaliente de amplios escotes, trasero respingón y unas piernas que, sin ser muy largas, estaban bien torneadas y siempre realzadas por altos tacones. En cuanto a su otra personalidad podría decirse que desprendía seguridad en cada paso que daba, desafío en cada mirada que sostenía y completa confianza en cada palabra que pronunciaba. Debía ser una mujer inteligente y valiente o, por lo menos, ella misma estaba segura de serlo.

Llegó hasta el lateral de la cama y tendió la mano a Laura y Eduardo. Su presión en el saludo era firme.

–Conocen el *Benidorm Sun*, ¿verdad? –preguntó sonriendo y mostrando una dentadura de un blanco radiante.

–Un semanal impreso en inglés para turistas, ¿no? –respondió Laura– Lo he visto alguna vez cuando he estado de visita en Benidorm. ¿Se vende bien?

–Por ahora sí, esperemos que el avance de los diarios digitales no nos coma el poco terreno que nos queda en la playa. Se sorprenderían de lo que los visitantes extranjeros añoran su idioma cuando están de vacaciones.

–Sobre todo cuando no hablan otro –respondió Eduardo–. Pero no es su caso. ¿De qué país es usted, Clara? He notado que fuerza un poco el sonido “z” en palabras que no lo necesitan pero no tiene acento andaluz o extremeño.

Sonaron otros dos golpes en el marco de la puerta.

–Es Alberto, mi colega y socio en el semanario –explicó Clara–. Ambos somos brasileños, él de São Paulo y yo de Río, pero llevamos ya un año en España con nuestra empresa conjunta.

–Alberto Teixeira, sí –confirmó el recién llegado mientras se incorporaba al grupo. A diferencia de Clara no hizo intención de dar la mano sino que se limitó a levantar la barbilla–. Estaba aparcando el carro.

Resumir a Alberto Teixeira también era sencillo: la antítesis de Clara Vidal. No demasiado alto, moreno, de pelo ensortijado, barriga incipiente y mal gusto a la hora de combinar camisas con pantalones. No se podría decir que fuese feo pero tampoco que fuese guapo, aunque sus ojos almendrados aliviaban el conjunto. Y la impresión que causaba con su mirada huidiza y su pose retraída era la de un hombre inseguro y de valor dudoso.

–Enhorabuena, habla usted un español impresionante, Clara –dijo Laura–, yo no me había dado cuenta del detalle del ceceo.

–Estudié español en Brasil y después periodismo en Madrid, eso es todo – contestó Clara con evidente falsa modestia, mirando con fijeza a los ojos a Eduardo. Consultó su reloj y agregó–. No quisiera molestarle demasiado y tengo varias visitas que hacer esta mañana. ¿Es usted la persona sobre la que se ha desplomado el techo del bungalow en el Thailand Gardens?

Eduardo recicló a toda prisa en su cerebro las respuestas que tenía preparadas desde que había llegado la periodista. En efecto no sabía nada del crimen. No sabía ni que había sido él el que se había desplomado sobre el tejado y no al revés. Optó por hacer tiempo con una contrapregunta.

–Depende. ¿A qué se refiere?

Clara enarcó las cejas sorprendida.

–Tal vez he hecho mal la pregunta... No, no he preguntado mal. ¡No sé cómo podría preguntarlo de otra forma! Una fuente bien informada del Resort nos ha dicho que anoche el tejado de uno de los bungalós se desprendió y cayó sobre el huésped que había en la cama, y que una ambulancia escoltada por motos policiales trasladó al herido a este hospital. Otra fuente de este hospital nos ha dirigido a esta habitación donde solo está ingresado usted. Así que, ¿es usted el herido por el derrumbamiento, señor...?

–Farra, Eduardo. Y yo soy Laura –contestó la socia de Eduardo, hasta el gorro de que aquella Barbie tuneada la estuviese ignorando por completo–. Tal como dice, mi amigo recibió ayer el impacto de varios pedazos caídos del techo mientras descansaba. Solo hay que verle. Y viéndole se dará cuenta de que uno de los golpes ha sido en la cabeza, por lo que tiene pérdida de memoria y necesita descanso. Además, no le encuentro interés periodístico a lo ocurrido, ¿tan mal van de noticias de las de verdad?

–Un siniestro de ese calibre en un complejo turístico de cinco estrellas gran lujo es noticia siempre.

–No, en serio. Sus “fuentes bien informadas” me suenan a empleados mileuristas que han recibido dinero extra por el cotilleo. Un chichón que cubrirá el seguro del hotel no merece un soborno.

La periodista suspiró inclinando la cabeza un instante, para volver a levantar desafiante la mirada.

–El *Benidorm Sun* publica más noticias que nuestros competidores porque tenemos becarios –Laura reprimió una carcajada al oír la palabra– en los sitios adecuados de la costa. Los hoteles a los que van los famosos y los hospitales a los que van los heridos son nuestros proveedores principales de

información. El accidente que ha sufrido... ¿Eduardo, era? ...no es una noticia de portada pero implica a uno de los hoteles más famosos de España y gustará a nuestros lectores.

–Pues publiquen lo que estimen oportuno, pero mi amigo debe descansar. Les agradezco su comprensión y tal vez conversemos con más calma en otro momento –concluyó Laura, tomando la mano derecha de Eduardo entre las suyas y colocándose entre él y la periodista.

–No hay problema, lo entendemos y nos marchamos ya. Gracias por habernos atendido y esperamos que se mejore pronto –respondió Clara– ¡Ah! Por si alguna vez necesitan algo aquí tienen mi tarjeta.

–Y la mía –añadió Teixeira.

Laura recogió ambas tarjetas, las guardó en su bolso y sacó a su vez otras dos.

–Pues aquí tienen las nuestras, de nuestra agencia de detectives privados en Valencia y en Madrid. No somos becarios pero, cobrando, también aportamos buena información.

Clara Vidal tomó las tarjetas de la mano de Laura, sosteniendo su mirada con una sonrisa taimada.

–Qué casualidad, también son una pareja de socios como nosotros.

–No somos pareja –corrigió Laura con rapidez.

–Nosotros tampoco –respondió Clara, mirando a Eduardo con interés.

Y, dicho esto, ambos periodistas se marcharon de la habitación.

Laura volvió a coger la mano de su ex, exhalando aire muy despacio.

–Son como buitres y les vale cualquier carroña –dijo– ¿A ti qué te parece, Edu?

–Que si está más buena se rompe...

–¡Vete a la mierda!

4 – Tomás

Tres semanas, con sus veintiún días, era el tiempo que llevaba Eduardo ocupando la casa de Tomás. Tres semanas de baja laboral y que había decidido pasar en Madrid por dos motivos: porque su antiguo piso de Valencia ya no era suyo sino de Laura y en ocasiones de Jaume, y porque así podría resolver los papeleos de la agencia con más tranquilidad.

Tomás era su empleado y servía lo mismo para trabajo de campo siguiendo a personas investigadas que para contestar el teléfono o realizar reparaciones y chapuzas de todo tipo en el despacho. Ahora además estaba ejerciendo de amigo y había sido el propio Tomás el que había insistido en que Eduardo se quedase en su piso el tiempo que necesitase hasta recuperarse. Era mejor que ir a atenderle a su viejo apartamento sin escaleras, y así hacía la compra y la comida para una sola vivienda.

Eduardo acababa de despertarse de una breve siesta en el sofá. Estiró la espalda, inclinó la cabeza a izquierda y derecha, y se rascó la línea rojiza que marcaba su antebrazo izquierdo y que pronto se convertiría en una cicatriz más de su cuerpo. Una cicatriz que formaría una cruz con la que ya tenía antes, otra cicatriz que iba desde el codo hasta la muñeca y que le recordaba cuánto debía desconfiar de las personas.

Se colocó un par de cojines tras los riñones y colocó sobre sus piernas el portátil que Tomás le había dejado para que pudiese hacer algo cuando le apeteciese.

Aún estaba somnoliento y decidió no mirar el correo. Qué pereza.

Abrió Facebook y miró si había cuadraditos rojos. Cinco sobre el mundo – qué pocas novedades, cómo se notaba que sus conocidos estaban trabajando mientras él no podía– y uno sobre el icono de usuarios. Alguien le había pedido amistad y era algo que no ocurría con frecuencia.

Intrigado, hizo clic sobre el aviso para ver quién había hecho la solicitud: “María Guzmán”. Ni idea de quién podía ser. Parecía una chica joven –y bastante guapa– en la pequeña foto que se mostraba y tenían tres amigos en común. Pulsó en el botón de “Confirmar” y entró a ver su perfil.

En cuanto vio las fotos pequeña y grande de la página de su nueva amistad supo de qué se trataba. Hace años hubiese tardado mucho más en advertirlo, pero la experiencia acumulada buscando y rebuscando en la vida real y virtual

de otras personas habían hecho de él un experto consumado en clasificar perfiles en las redes sociales. En la foto pequeña estaba el rostro de una joven de pelo moreno o castaño y atractiva, en la foto grande una foto de la misma – o se suponía la misma– joven tendida en la playa en toples y luciendo una impresionante figura.

Procedió a comprobar los otros tres indicios que confirmarían su deducción: el perfil había sido creado hacía una hora, solo había publicado las fotos y en ese brevísimo periodo de vida social ya se había hecho “amiga” de cuarenta y tantos hombres, incluyéndole a él y a los amigos comunes que tenían. Más claro, imposible.

Un ligero campanilleo y un nuevo rectángulo rojo en la barra superior le avisaron de que tenía un mensaje.

María Guzmán: Hola, voy a ir a vivir pronto a Madrid por trabajo y no conozco a nadie allí. Me gustaría conocer a un hombre simpático para que me enseñe la ciudad o lo que surja.

Eduardo iba a cerrar la conversación y eliminar a aquella persona de su lista de amigos cuando oyó una voz:

–¡Hey! ¿Qué tal está hoy el inválido? –oyó que preguntaba alguien nada más abrir la puerta del apartamento. Miró el reloj y vio que ya eran las dos y media de la tarde– ¿Sigue ahí o se ha ido de fiesta?

–De fiesta total –contestó Eduardo–. Fiesta máxima, vamos.

Tomás era un joven de veintiséis años simpático y alegre. Pelirrojo pero no tanto como para estar demasiado cubierto de pecas, de mediana altura y complexión atlética, y una eterna sonrisa en el rostro. Solía vestir de acuerdo con la última moda, es decir, no con la actual sino con la que ya se había pasado, porque aseguraba que así nadie se fijaba en él cuando trabajaba.

Entró en el salón tarareando una canción y soltó una bolsa del supermercado sobre la mesa.

–¡Hoy tenemos macarrones con tomate! –dijo, alzando las cejas para darle más majestuosidad a la frase.

–¿Otra vez? –preguntó Eduardo.

–Los miércoles toca macarrones.

–Hoy es jueves.

–Los jueves también. Vamos, no te quejes tanto que pronto te harás tú la comida. ¿Cuándo te dan el alta? –preguntó mientras se dejaba caer en un sillón cercano a Eduardo.

–Mañana, te lo habré dicho ya mil veces...

–¡Si estuviese deseando que te fueras no lo olvidaría, míralo así, tío borde!

–Vale, tienes razón... Mañana me quitan el vendaje y ya podré ir a trabajar. Llevo un par de días dando pequeños paseos por el piso y no siento ninguna molestia. Y, hablando de paseos, voy al váter que no aguanto más.

Eduardo dejó el portátil sobre la mesa bajera, se puso en pie con cuidado y se dirigió hacia el pequeño aseo del pasillo.

–¡Coño! ¿Quién es este pedazo de tía? –exclamó Tomás girando la pantalla del ordenador hacia él– ¿Es amiga tuya?

Echando la cabeza hacia atrás para intentar asomarla al pasillo, con cuidado de no desviar la trayectoria del chorro, Eduardo le aclaró la situación.

–Ni caso. Es una cuenta falsa para tratar de sacarle dinero a la gente.

–¿Y eso cómo se sabe? –preguntó Tomás intrigado.

–Lo primero y más evidente: una chica joven y guapa no necesita abrir una cuenta en Facebook y entrarle a un montón de tíos para conseguir amigos, le basta con presentarse en cualquier bar o discoteca. Esta supuesta chica ya lleva cincuenta amigos en una hora y subiendo, y seguro que a todos les está enviando privados pidiéndoles amistad y compañía.

–No sé... yo tengo cuenta en Facebook para ligar, sin ir más lejos.

–Para intentarlo.

–Para intentarlo. Pero la tengo para eso.

–Pero tú no eres esa chica.

–Desde luego que no... –asintió Tomás, mirando la foto del toples con ojos golosos– Entonces, ¿qué es lo que hace esta criatura aquí?

–Lo más probable es que no sea una chica sino un friki gordo y feo, metido en una oscura habitación llena de aparatos y figuras de coleccionista, intentando que alguno se crea la historia de la chica desvalida.

–Que consiste en...

–...en decir que le falta el dinero para el AVE, por ejemplo, pedir por favor que se lo presten, que lo ingrese en una cuenta de esas que solo necesitan un código para sacar la pasta, y que se lo devolverá en cuanto se vean en la estación al día siguiente. Por supuesto el que pique estará un buen rato esperando como un gilipollas ver bajar del tren a alguien que nunca vendrá.

–¿Y la gente pica en estas cosas?

–Los tíos pican. Ponle a un hombre delante de una mujer atractiva con una mínima posibilidad de que haya sexo y se creará hasta lo de que Hacienda somos todos. Sé de lo que hablo.

–Vale, todo entendido. Siempre se aprende algo nuevo. Jejeje... voy a vacilarle un rato.

–¿A quién?

–Al friki. A ver qué me cuenta. Ve haciendo tú los macarrones que ya puedes andar.

Tomás se inclinó sobre el teclado del portátil y comenzó a teclear.

Eduardo Farra: Hola, guapa, yo soy un hombre simpático.

Esperó un momento.

–Creo que ni me va a contestar.

–Olvídalo –contestó Eduardo, mirando los botes de tomate frito que había dentro de la bolsa de comida– Son ganas de perder el tiempo a lo tonto...

María Guzmán: Hola, Eduardo, ¿qué tal estás?

–¡Mira, te conoce! –exclamó Tomás.

–De verdad que hay veces no sé si lo eres o solo te lo haces... ¿Es que no ves que mirando mi perfil ya sabe que me llamo Eduardo, que vivo en Madrid y un montón de cosas más?

Pero Tomás estaba enfrascado en la conversación.

Eduardo Farra: Pues ya ves, aquí, solo en casa, ¿y tú?

María Guzmán: ¿Estás solo? Yo también, estoy sola y me siento muy sola. Qué pena que estés tan lejos, se te ve guapo y a mí me gustan mucho los hombres maduros.

–Jajaja, se cree que yo soy tú... –Tomás seguía a su rollo y parecía divertirse de verdad. Eduardo movía la cabeza de izquierda a derecha resignado.

Eduardo Farra: ¿Ah, sí? ¿Qué te gustaría hacer si estuviésemos juntos ahora mismo, guapa?

María Guzmán: Estoy muy caliente, no tengo novio desde hace un mes y me apetece mucho follar.

–Ufff... –Tomás tragó saliva y se aflojó el cuello de la camisa, resoplando.

–Cuidado, Tomasete, estás a punto de tirarte a un gordo cabrón, recuérdalo

–dijo Eduardo guiñando un ojo.

–Joder, es verdad, qué pronto se desactivan las neuronas con estas fotos delante... Venga, va, voy a ponerle en un aprieto pidiéndole que me ponga la

cam.

Eduardo Farra: Eso no podemos hacerlo hasta que vengas a Madrid, pero podríamos mirarnos mientras nos masturbamos ahora, ¿qué te parece?

–No te va a poner la cámara, se descubriría a sí mismo –dijo Eduardo, y se marchó hacia la cocina para poner a cocer los macarrones.

–Lo sé –Tomás esperaba sonriendo y con curiosidad la excusa que el gordo friki le pondría para evitar el videochat.

María Guzmán: Me encanta la idea.

<María Guzmán le ha invitado a usar videochat. ¿Desea iniciar conversación por video con María Guzmán?>

–¡Coño! –Tomás se puso tieso como un suricato y buscó a su compañero, pero ya no estaba allí– ¡Edu, que me va a poner la *cam!*

–¿Has dicho algo? –Eduardo había puesto la televisión de la cocina y se le oía cacharrear.

Tomás hizo clic en el botón de “Sí” y miró atento la pantalla. El icono giratorio de “Iniciando conexión” se le hizo eterno. Toda la pantalla se volvió de color negro y después apareció la parte de abajo de una mujer en ropa interior sentada en un sofá con las piernas entrelazadas. Su portátil debía estar frente a ella sobre el mismo sofá. La mujer extendió los brazos y abrió un poco más la tapa del portátil para que la cámara enfocase más arriba, hasta alcanzar su cara.

“¡Es la de las fotos! ¡No es una cuenta falsa!”, pensó Tomás, encantado y aliviado de que no hubiese aparecido una barriga peluda ante sus ojos.

–¡Hola! –dijo la chica de la pantalla, saludando con una mano– Soy María.

Superado el instante de estupor, Tomás se colocó por instinto el pelo de las patillas, tiró de su camisa hacia abajo, tragó saliva y contestó:

–Hola, María, soy... soy Edu. Uf, estás tremenda.

–Lo que estoy es cachonda –contestó la joven con un tono de voz entre vergonzoso y excitado– Entonces, ¿te gusta lo que ves? –preguntó deslizando hacia abajo las hombreras de su sujetador y dejando al descubierto unos senos tal vez algo pequeños pero armados con unos pezones con los que podría cortarse un cristal.

–¿¿Qué si me gusta?? –Tomás notó su erección instantánea y pensó que era una pena que Eduardo estuviese en la cocina. Mejor dicho, que era una pena que estuviese en el piso, en general, porque masturbarse con aquella joven se había convertido de pronto en un artículo de primera necesidad.

La voz de la chica adquirió una sensualidad tremenda cuando comenzó a acariciarse por encima de sus braguitas de encaje:

–Quiero que me digas lo que me vas a hacer cuando nos veamos en Madrid...

–¿Cuándo nos veamos? Mmmmm... cuando nos veamos, voy a traerte aquí, a mi casa, para que estemos solitos sin nadie que nos moleste...

–Continúa, por favor –la joven aumentaba la presión sobre su sexo de la misma forma que el de Tomás aumentaba su presión contra el pantalón.

–Te voy a tumbar en el sofá... ¡No! Mejor vamos a ir al dormitorio, para poder desnudarte muy despacio...

–Dime que tienes ganas de follar conmigo cuando nos veamos, dímelo, dímelo...

–¡Me muero de ganas de follar contigo cuando nos veamos!

–Flipo.

Tomás se volvió hacia la puerta de la cocina, en la que estaba apoyado Eduardo con cara de no creer lo que estaba viendo.

–¡Joder, qué susto me has dado, ya no me acordaba de que estabas aquí! – Tomás miró la pantalla y vio que la joven había cerrado el videochat– ¡Y encima la has asustado!

–¿A quién?

–¡A la chica de las fotos! ¡Era ella! Y cómo está la muchacha, ni te lo imaginas... no se me puede escapar, salte del Facebook que inicio sesión yo y le pido amistad ahora mismo, antes de que se enfríe la cosa.

Eduardo se disponía a hacer caso a su amigo para que le dejase terminar de hacer la comida con tranquilidad cuando apareció un aviso de mensaje privado:

María Guzmán: He grabado nuestro videochat. Tienes dos días para ingresar 2.000 euros con el código 660231 en Eastern-Union o tu esposa Laura recibirá una copia del video en su muro. No es negociable. Besos.

5 – Localizada

–¡Pero qué hija de la grandísima...! –Tomás leía y releía el mensaje recibido.

–La culpa la tienes tú –dijo Eduardo– por creer que las mujeres caen en tus brazos solo por tener una webcam en el portátil. Ya te había dicho que estas cosas siempre acaban igual, sacándole la pasta a un incauto.

–Es que estaba tan buena...¿cómo no fiarme de ella?

–Haré como que no he oído esto último, te tengo por un empleado capacitado y una persona casi normal.

–Bueno, ¿y qué hacemos ahora?

–¿Nosotros? Nada. ¿Por qué tendríamos que hacer algo?

–Joer, por el video. Me ha grabado diciéndole guarradas y se lo va a enviar a Laura.

–No creo. Aún no se ha dado cuenta de que tú no eres Eduardo Farra porque está embaucando y grabando a todos los demás de su nueva lista de amigos. Pero cuando revise el video notará que tú no tienes cuarenta y cinco años, que no te pareces en nada a mi foto de perfil y sabrá que ha perdido el tiempo. Además, cree que Laura sigue siendo mi pareja porque hace cinco años puse “Casado” como estado de Facebook y todavía no he tenido tiempo de cambiarlo.

–No has tenido tiempo. En un año. Ajá.

–Se me había olvidado. Bueno, es igual. A lo que íbamos, que su chantaje no vale con nosotros. Contigo, quería decir. Eres tú el que ha picado.

–¡Y tú hubieses picado, Edu, que te lo digo yo! Antes que yo, porque llevas más tiempo sin catarlo. Déjame que te enseñe a la chica...

Tomás abrió una carpeta del escritorio del portátil, seleccionó un archivo de los que había dentro y arrancó el reproductor multimedia. En pantalla apareció de nuevo la joven, colocando la tapa para que se le viese la cara, y saludando a cámara: “¡Hola! Soy María”.

–¿Qué te he dicho? Tremenda.

Eduardo se giró hacia su compañero, sorprendido.

–¿Tú también has grabado la conversación?

–¡Coño, Edu, que es el portátil del despacho! Tenemos conversaciones por Skype con clientes, abogados, gente que nos amenaza... y por eso está

configurado en automático para grabarlo todo cuando se pone en marcha la cámara. Por si acaso. ¿No lo sabías?

La expresión de Eduardo dejaba claro que no tenía la más remota idea.

–Vale, pues ya lo sabes –en la pantalla, la chica ya se estaba acariciando–
¿Está buena o no?

–Que sí, que lo está. Está buena y es buena en su oficio, en menos de dos minutos te ha hecho decir lo que quería. A dos minutos por tío va a llenar su cartera de “clientes” en un rato.

–¿Habrá picado algún amigo tuyo casado? Porque menuda faena...

Eduardo recordó que aquella chantajista y él al menos tenían tres amigos comunes cuando le pidió amistad. Y al menos uno de ellos era un posible candidato porque estaba en ciernes de divorciarse. Un juez podría tener en cuenta un video de tales características a la hora de hacer el reparto de bienes, horas de visita... Una faena no, una putada en toda regla.

Y podría haber más amigos o conocidos suyos entre los objetivos de la muchacha.

–Entra en su perfil otra vez, quiero ver qué amigos tenemos en común.

Tomás volvió a entrar en Facebook e hizo un par de clics sobre el nombre de la chica pero no ocurrió nada.

–La cuenta ha sido cancelada, fijate en que el nombre ya no sale en azul sino en negro. O la ha cancelado ella, o la ha cancelado Facebook por enseñar las tetas en las fotos o porque alguien la ha denunciado. No podemos ver nada.

Como no había más que hacer en la red social Tomás volvió a poner el video grabado.

–Madre mía, quién la pillara...

–Espera, para un momento la imagen –pidió Eduardo.

–Menudos pezoncillos, ¿eh? –dijo Tomás poniendo la pausa.

–Estás enfermo, necesitas una novia cuanto antes –contestó Eduardo, sujetando la barbilla de Tomás con dos dedos y haciendo que girase la cabeza hacia la derecha–. Aunque te cueste mirar a otro lado, haz un esfuerzo. ¿Ves eso?

En la pared que había tras la chantajista se veía una ventana. Una ventana que estaba abierta de par en par y a través de la cual podía distinguirse con claridad, al fondo, una torre.

–¿La Torre del Oro? ¿Sevilla? –preguntó Tomás– Puede ser, porque estamos en octubre y en Madrid ya no se puede tener la ventana abierta.

–No, se da un aire pero no es esa torre. Joder, me suena mucho y no sé de qué...

–Déjame a mí.

Con la destreza de quien ya ha hecho algo así muchas veces, Tomás capturó la imagen de pantalla, la editó en Photoshop recortando solo lo que se veía a través de la ventana y guardando el recorte en el disco duro. Después entró en Google, seleccionó “Buscar por imagen” y subió la imagen guardada. Un instante después aparecían montones de imágenes similares de la misma torre.

–*Et voilà!* –exclamo satisfecho Tomás– Está en la Plaza de la Reina de Valencia, es el Micalet de la Catedral.

–Mándame la captura a mi móvil. Pasado mañana ya estaré de alta y tengo que volver a Valencia a visitar a mi niña y rematar un caso. Lo mismo me paso por allí a curiosear un poco.

–¿Puedo ir contigo?

–Estás enfermo. Que te lo digo yo.

6 – Irene

Irene cerró la puerta tras de sí y dejó todo lo que había recogido en el buzón sobre el mueble del recibidor. Entró en la cocina, enchufó su móvil al cargador, lo dejó sobre la encimera y tomó una manzana del frigorífico. Se quitó la cazadora de cuero, sacó un sobre cerrado de uno de los bolsillos interiores y la colgó de la perchita del pasillo. Se dirigió al salón, se descalzó lanzando los botines en distintas direcciones y se sentó en el sofá.

Mientras mordía la fruta que sujetaba con una mano con la otra abrió el sobre que sujetaba entre las rodillas. Sonrió al ver el color morado de los billetes y deslizó la punta del dedo índice por ellos. Tenía asegurado el alquiler de los próximos doce meses por lo menos.

Se dejó caer de espaldas sobre el sofá, colocó el sobre encima de su pecho y le dio unos golpecitos suaves, como una madre que intenta que su bebé eche el aire. Serían ocho meses de alquiler y un viajecito a la Seychelles. Sí, se lo merecía.

Estaba imaginándose ya tomando un baño en playas de aguas cristalinas cuando sonó el timbre de la puerta. Dio un respingo, soltó la manzana y sujetó el sobre con fuerza. Nadie había llamado al portero, su compañera tenía llaves y nunca ningún vecino se había acercado a su piso.

Regresó a la cocina, abrió el congelador, destapó una caja de helado, metió el sobre dentro y volvió a cerrarlo todo. Luego se acercó sin hacer ruido hasta la puerta y se asomó por la mirilla. La luz del descansillo estaba encendida y había un hombre vestido con un mono naranja sosteniendo una carpeta y un bolígrafo. El individuo volvió a llamar al timbre de nuevo y esperó con paciencia, sujetando la carpeta con los brazos cruzados mientras silbaba.

Irene colocó la cadena de seguridad en la puerta y la abrió dejando la mínima rendija como para poder ver y ser vista sin peligro. El hombre se asomó sonriendo. Tenía cara de buena persona.

–¿Sí?

–Buenos días, soy el revisor de gas natural –contestó el desconocido, señalando con el bolígrafo una tarjeta que llevaba prendida en la solapa–. Debe haber recibido un aviso de la central comunicándole que hoy se llevarían a cabo las revisiones obligatorias del edificio.

–Un momento, por favor.

Irene cerró la puerta y revisó el montón de papeles que había sobre el recibidor. Entre los sobres del banco y los cientos de folletos publicitarios encontró un folio con el logotipo de la empresa de gas en el que se comunicaba a los vecinos del inmueble que en esa fecha se procedería a comprobar las instalaciones.

La joven retiró la cadena de seguridad, abrió la puerta e invitó a pasar al hombre del mono.

–Pase, por favor, es que no había mirado el correo.

–Muchas gracias, señorita –contestó el aludido, entrando en la vivienda.

Irene volvió al salón y el revisor del gas la acompañó. Ella se sentó en el sofá y el hombre se quedó de pie frente a ella, mirándola.

–Puede empezar por la cocina si quiere –dijo la chica–. Es donde está la entrada del gas a la vivienda. Si necesita algo en algún momento dígamelo.

El revisor echó un vistazo a su alrededor, volvió a mirar a la joven y dijo:

–Así que es aquí desde donde chantajeas a la gente, ¿no?

Irene dio un salto por encima del sofá y se colocó detrás, muy asustada.

–¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere?

–Calma, no voy a hacerte daño –contestó el hombre, haciendo un gesto con la mano extendida que pretendía ser tranquilizador. Se acercó hacia la chica y ella retrocedió manteniendo el sofá de por medio.

–¡No se acerque! ¡Voy a llamar a la policía y a gritar para que me oigan los vecinos, se lo advierto!

La joven echó mano al bolsillo trasero de sus vaqueros pero lo encontró vacío. El móvil seguía cargando en la cocina.

–Tendrás que gritar mucho, porque los buzones dicen que no vive gente en el piso de al lado ni en el de arriba, y lo más seguro es que a estas horas tampoco haya nadie en el de abajo.

–Por favor, no me haga daño... –Irene había comprendido lo complicado de su situación y cambió las amenazas por súplicas– ¿Quiere dinero? ¡Le daré dinero! ¡Le daré lo que me pida, lo que sea, pero no me haga daño!

–¿Sabes? Tardé diez minutos en comprar este mono en un chino, dos minutos en hacer la carta que encontraste en el buzón y quince segundos en colgarme esta tarjeta que ni siquiera has mirado de cerca –dijo el falso revisor–. ¿Te das cuenta de lo fácil que es hacer que alguien abra su casa a un desconocido?

El hombre adelantó un par de pasos e Irene intentó echar a correr hacia la puerta de la calle, pero los calcetines de sus pies resbalaron en el suelo de cerámica y cayó de rodillas. Se encogió como un erizo aterrorizado y empezó a llorar histérica. El llegó hasta donde estaba ella, se quedó mirándola unos segundos, observando cómo gemía, temblaba y retorció los dedos de sus manos, y... decidió que el susto ya había sido lo bastante fuerte. Se arrodilló junto a ella y le puso una mano sobre el hombro. La joven dio un respingo y se apretó contra el respaldo del sofá.

–Eh, eh, tranquila. Te he dicho que no voy a hacerte daño y es cierto, solo quiero hablar contigo.

Se arrancó la tarjeta del clip de la solapa y se la tendió a Irene, que había comenzado a levantar la cabeza sin dejar de sollozar.

–Me llamo Eduardo Farra, seguro que te suena mi nombre. Soy investigador privado, y también uno de los que intentaste chantajear por Facebook.

Irene cogió la tarjeta con una mano trémula y sorbió los mocos de su nariz.

–Pero... tú no has pagado... –dijo con voz aún más trémula.

–No, claro, ni voy a pagar. Ni yo, ni ninguno de mis posibles amigos si es que has pillado a alguno, ni ninguno de los demás pardillos que hayan caído en tu trampa del videochat.

La chica le miraba con la expresión más compungida y desvalida que Eduardo había visto jamás en algo que no fuese un corderito.

–Escucha, Irene. Porque ese es tu nombre real, Irene González y no María Guzmán, ¿verdad? Lo que tú haces es delito, chiquilla, te podrían caer entre uno y cinco años de prisión por cada víctima que te denunciase.

–Son hombres casados, pagan antes de que sus mujeres se enteren de algo...

–Mírame a mí, joder –retiró un mechón de pelo empapado por las lágrimas de los ojos de la joven, que ya iba recuperando la normalidad respiratoria–, no estoy casado y me importaría muy poco darle tu nombre y dirección a la policía. Incluso tengo grabado el video y la conversación del chat, con eso no te salva ni la virgen de la pata arrastras.

La chica ahora miraba hacia el suelo. Parecía como si fuese la primera vez que se daba cuenta de que sus juegucitos ilegales podrían volverse en su contra.

–O peor, ¿y si amenazas a algún pirado y viene a meterte una paliza? Igual

que te he encontrado yo te puede encontrar cualquiera.

–Pero es que tú eres detective...

–Y tú tontita. ¡Pero si se ve perfectamente el Micalet desde aquí, coño! – contestó Eduardo señalando la torre que se dibujaba en la ventana tras ella– Podías haber tenido cuidado de ponerte al revés o correr las cortinas, ¿no? Si es que...

La chica arrancó de nuevo a llorar metiendo su cabeza entre las rodillas. Eduardo se levantó, fue a la cocina y trajo un vaso de agua del grifo.

–Anda, bebe un poco que se te pase el sofoco, y siéntate.

Unos minutos después Eduardo e Irene estaban sentados en el sofá y ella ya casi había recuperado la calma.

–Te juro que si he hecho esto ha sido porque me he visto obligada. Necesitaba el dinero, llevo en paro demasiado tiempo y debía varios meses de alquiler –se justificaba la joven. Por supuesto aquella no había sido la primera vez que lo hacía, no estaba tan mal de efectivo y pensaba marcharse sí o sí a las Seychelles, pero aquel individuo que le había dado un susto de muerte no tenía por qué enterarse.

–Eres una chica joven y guapa y no debes ser nada tonta. Bueno, quitando lo de la ventana. ¿Tan difícil es encontrar algún trabajo en el que no tengas que jugarte la cárcel?

–Tengo la carrera de Derecho, un nivel casi profesional de inglés, un buen manejo de ordenadores y hago unas fotos que te mueres. Envío currículums a todas partes y me presento a todas las entrevistas de trabajo. ¿Y? Nada. En verano gano algo poniendo copas en locales nocturnos los fines de semana, pero el verano ya se acabó y lo que pagan es tan pobre que no me da para tirar ni un mes.

Eduardo no sabía qué era estar en el paro porque en ese sentido la vida le había tratado bien. Empezó a trabajar como administrativo en una empresa privada nada más salir de la universidad y así estuvo hasta los cuarenta, cuando hizo que le despidiesen y montó la agencia de investigación con Laura. Y la agencia funcionaba bien, no habían estado nunca más de una semana sin un caso o dos entre manos. Es difícil ponerse en la piel de quien busca trabajo con desesperación y no lo encuentra si nunca has estado en esa situación y te has visto con el agua al cuello.

–Hace un par de años sí que ganaba una pasta en los meses de julio y agosto y me duraba mucho más, cuando era gogó y los sitios de copas se

peleaban por mí. Era buena, muy buena... –Irene dejó la mirada perdida un instante– pero haciendo el imbécil en una plataforma flotante caí en mala postura y ¡zas! Lesión cervical. Ahora si bailo un ratito me mareo y acabo en el suelo.

Eduardo miró a la chica y sin ningún esfuerzo pudo imaginársela subida a una barra, moviendo el cuerpo al ritmo de la música y poniendo cachondos a todos los machos –y algunas hembras– a su alrededor. Tomás podía ser un salido pero no exageraba: aquella mujer era impresionante.

–Con lo de grabar casados he conseguido un poco de dinero y podré vivir un par de meses –decidió que exagerar un poco más no haría daño–. Era eso o meterme a puta.

Si al cruzar la puerta de aquel piso Eduardo había tenido ganas de bronca y de poner en su sitio a la chantajista, ahora sentía compasión e incluso simpatía por ella.

–Pues aprovecha esos sesenta días para seguir buscando un trabajo en condiciones, ¿vale? Te puedes ver en la cárcel y eso no tiene vuelta atrás.

–Lo prometo –contestó Irene poniendo carita de no haber roto un móvil en su vida.

Eduardo miró su reloj, se puso en pie, recogió la carpeta y el bolígrafo de la mesa del salón y se dirigió hacia la puerta.

–Me marcho, tengo muchas cosas que hacer. Recuerda: no quiero volver a verte por Internet si no es con tu nombre real ni quiero que te vean amigos míos tampoco, ¿de acuerdo? Borra todos los videos que tengas grabados y busca trabajo de verdad. No voy a denunciarte porque todos nos equivocamos alguna vez, pero si reincides puede que no tenga tantos reparos.

–Gracias, te lo digo de corazón –respondió Irene y, acto seguido, sujetó el rostro de Eduardo entre sus manos y le besó con suavidad en los labios.

En ese momento se abrió la puerta. Una chica de color de muy buen ver sujetaba la llave aún en la cerradura y miraba la escena sorprendida.

–¿Estáis grabando una peli porno o algo así? ¿Me marcho? –preguntó.

–Jajaja, no, Tamara, entra. El revisor del gas ya se marchaba.

–Debe haber hecho un buen trabajito... –comentó la recién llegada guiñando un ojo mientras pasaba al interior.

Eduardo saludó con la cabeza a ambas jóvenes y salió al descansillo. La puerta se cerró tras él y, mientras bajaba por las escaleras, se tocó los labios donde Irene acababa de plantarle aquel beso inesperado.

Algo le decía que aquella chica había hecho con él lo que había querido en todo momento.

7 – Un día completo

Se encaramó al voladizo con cuidado de no mancharse los pantalones con el barrillo que se acumulaba sobre él. En una hora comería con Laura y con su hija y quería tener una buena presencia. Si no hubiese sido por el color naranja tan chillón que se veía a kilómetros podría haberse dejado el mono puesto.

Desde el voladizo subió al tejado del bungalow por el mismo sitio que lo hizo la primera vez, y llegó hasta el extremo norte. Se asomó con precaución para mirar la terraza desde arriba: el jacuzzi estaba vacío y las tumbonas recogidas. No parecía haber un alma ni fuera ni dentro del lugar.

Se volvió hacia el sur, caminó cinco pasos sobre el nervio central y se puso en cuclillas. Metió una mano entre los juncos del techado y rebuscó con cuidado, levantando capas poco a poco. Sonrió al notar un tacto suave y frío en la punta de sus dedos. Sacó el objeto de entre la techumbre y lo examinó un momento: la pequeña cámara compacta parecía estar bien. Tenía algún arañazo y algo de polvo y humedad pero era normal, llevaba allí escondida casi un mes.

La guardó en el bolsillo interior de su chaqueta y comenzó su descenso con la sensación que deja un trabajo bien hecho. Llevar muy visible una cámara grandota con teleobjetivo, con la que hacer un par de fotos, y una cámara pequeña y discreta con la que hacer todas las demás era un viejo truco que nunca fallaba. El guardaespaldas se había quedado con la primera pero él seguía teniendo la segunda con sus veinte o treinta fotografías comprometedoras a salvo en su tarjeta de memoria.

Satisfecho, entró en su coche, que también llevaba aparcado cuatro semanas en una calle cercana al Thailand Gardens, y puso rumbo al restaurante.

Dos horas más tarde Laura, Eva y Eduardo paseaban por la acera que llevaba al edificio de oficinas donde se ubicaba LyE Investigaciones. La pequeña de dos años estaba encaramada sobre los hombros de su padre y jugueteaba divertida con su pelo, colocando picos aquí y haciendo remolinos allá.

–La investigación está en punto muerto –contaba Laura–. Jaime dice que una habitación de hotel es un sitio donde es imposible sacar huellas o ADN porque no dejan de pasar por ella personas y personas sin parar, entre

huéspedes, limpieza y mantenimiento. Los lugares donde se buscan restos son aquellos que se limpian o cambian con frecuencia, como la loza del cuarto de baño, las toallas, los vasos o las sábanas. Nadie había usado lo primero y las sábanas estaban llenas de sangre, cascotes, trozos de madera y suciedad del tejado.

–Entonces, ¿ni una sola pista de quién puede ser el asesino? –preguntó Eduardo.

–Ni una. El suelo estaba lleno de polvo pero tampoco pudieron obtener una huella de pisada definida porque el personal de seguridad del hotel y algunas camareras estuvieron intentando ayudarlos y retirándolo todo antes de que llegasen la policía y el S.A.M.U.

–¿Se sabe algo más de la víctima? Solo sé que era una chica de Alicante que estudiaba periodismo en Elche, ni siquiera me dijeron su nombre.

–Sé poco más que tú, Edu. Iba y volvía sola todos los días desde su casa a la universidad y viceversa, pero ese día avisó que se quedaba a cenar con un amigo. Fue ella la que hizo la reserva a su nombre en el hotel. Ningún compañero de clase ni amigos de pandilla sabe nada ni hay sospechosos, se han descartado todos. No hay novios conocidos, ni ligues recientes...

–¿De familia rica?

–Normal tirando a pocos recursos, como la mayoría. Lo sé, no podría permitirse pagar esa habitación ni en sueños.

–El asesino la engatusó con lujos fuera de su alcance y la encerró donde quiso para torturarla.

–Pobrecilla, por lo que debió pasar. Jaume no me ha dado detalles pero por lo visto fue una carnicería. Qué hijoputa...

Habían llegado a la puerta de las oficinas y Eduardo bajó a la pequeña para que caminase de su mano. La miró sonriendo embelesado mientras cruzaban el *hall* en dirección a la agencia.

–Hace nada parecía que nunca iba a andar ni hablar y mírala, dentro de poco estaremos corriendo detrás de ella e investigando a los chicos que se le acerquen.

–Has olvidado ponerte el babero de padre, Edu.

–Ya sé que estoy poniendo perdido el suelo, pero es que es tan bonita la jodía...

Entonces Eduardo advirtió la presencia de dos individuos que flanqueaban la puerta de la oficina. Dos hombres enormes, de metro ochenta y cinco o

noventa como poco el más bajo y vestidos con ropa oscura bajo la que se adivinaba sin problemas una musculatura fuera de lo normal.

Eduardo colocó a la niña tras él y extendió un brazo para impedir que Laura siguiese andando.

–Quieta –dijo en voz baja–. Laura, cuando yo te diga coge a la niña y sal corriendo de aquí, busca ayuda en la cafetería de enfrente...

Laura tomó en brazos a Eva, metió su mano en el bolso y sacó unas llaves.

–No me seas paranoico, Edu –contestó, apartando el brazo que le cerraba el paso y dirigiéndose resuelta a la puerta de la oficina–. Buenas tardes, perdonad que lleguemos un poco tarde –añadió, dirigiéndose a la pareja de gigantes.

Tras abrir la puerta, desconectar la alarma y encender las luces, Laura indicó a los dos hombres que esperasen un momento en los sillones del vestíbulo. Eduardo siguió a su socia hasta el despacho del fondo del pasillo, mirando de reojo a los visitantes. Después de sentar a Eva en una sillita frente a una pequeña mesa llena de cuentos, lápices de colores y diversos juguetes, Laura colgó la chaqueta en una percha y preguntó a su ex si quería dejar la suya también.

–No, chiqui, voy a volverme ya para Madrid. Tengo que entregar material y quiero hacer un poco de limpieza en mi casa, que llevo un mes sin pisarla –dijo Eduardo.

–Como quieras, ¿cuándo vuelves?

–Lo antes que pueda, me gustaría pasar más tiempo con la peque. Oye, ¿y esos tiarrones? –preguntó, señalando con la cabeza en dirección a la salita de espera.

–Voy a contratar un acompañante para casos puntuales. En Madrid sois hombres, pero en Valencia somos mujeres.

Cierto, la sucursal de LyE Investigaciones en la capital contaba con Eduardo y Tomás como detectives, mientras que la situada en la costa la llevaban Laura y Gemma, esta última de baja porque le faltaban pocas semanas para dar a luz.

–Ya sabes que hay veces que los investigados se dan cuenta de que les sigues y no suelen reaccionar de forma amistosa –continuó Laura–. Si es una mujer la que los sigue se envalentonan más y no les da miedo agredirnos físicamente. Por eso me gustaría contar con alguien como Ciprian para los seguimientos, para disuadir a los objetivos de intentar nada.

–¿Cuál de los dos es Ciprian? –preguntó Eduardo, mirando a los dos montones de músculos a través del cristal de la puerta.

–El más bajo, el que lleva el pelo cortado a cepillo y tiene ojos azules. Me lo han recomendado, tiene experiencia como vigilante de seguridad y como portero de discoteca. Voy a entrevistarle ahora a ver si llegamos a un acuerdo.

–Pues el otro es más grande y tiene más cara de bruto, ¿no es mejor ese?

–Puede que el aspecto del otro intimide más, pero llegado el momento de defendernos tal vez no rinda lo mismo. Es decorador de interiores.

Eduardo examinó al gigante de casi dos metros, sorprendido. “Qué tiempos, ya no se respetan los estereotipos”, pensó. Se agachó junto a su hija, le dio un beso en la mejilla, intentando que no pareciese una despedida para no alborotarla, y luego cruzó otros dos besos con Laura.

–Nos vamos llamando, ¿vale?

–Conduce con cuidado. Ya que sales, hazme el favor de decirle a Ciprian que pase al despacho, ¿quieres?

El asintió con la cabeza y abrió la puerta.

–Edu... –dijo Laura.

–¿Sí? –preguntó Eduardo, girándose con la puerta entreabierta.

–Has cambiado bastante desde que nos conocimos aquel día en las redes sociales, ¿sabes?

–Lo sé. Es una de las razones de que me dejases, no necesitas recordármelo.

–No me refería a eso. No todos los cambios son malos, Edu. Ahora eres más sensato, piensas las cosas más... y eres mucho más valiente y estás más seguro de ti mismo.

–He pasado por mucho en poco tiempo, ya sabes. Es la vida la que le va dando forma a uno. Hasta pronto, Laura – contestó, dándose la vuelta y saliendo al pasillo.

–Te sientan bien esos cambios –concluyó Laura, más para sí misma que para él.

Su ex pareció no oír la última frase. Cruzó el pasillo y, al pasar junto a los que esperaban en el vestíbulo, le dijo a Ciprian que Laura le esperaba para la entrevista. Ambos gigantes se pusieron en pie, dándole las gracias. El más alto puso una enorme manaza sobre la mejilla del otro y le dio un besito en los labios.

–Suerte, cariño, te espero aquí –añadió con voz profunda.

Eduardo condujo casi de un tirón hasta Madrid. Solo se detuvo en un centro comercial para comprar comida y algunos productos de limpieza. Eran las nueve de la noche cuando subía las escaleras de la cuarta planta de la antigua casa donde tenía su piso, llevando auestas una maleta, tres bolsas y el cansancio acumulado. Su vivienda era la más alta y la única de la planta.

Dejó las bolsas y la maleta en el suelo, recuperó el resuello y sacó la llave del bolsillo. Cuando intentó introducirla en la cerradura sonó un “clac” en el marco y la puerta se abrió por si sola hacia dentro, chirriando sobre sus goznes.

Se quedó paralizado, con la llave aún apuntando hacia delante. La puerta llegó al final de su recorrido y se detuvo contra el pivote de goma del suelo. Todo estaba a oscuras en el interior de la casa. En ese momento también se apagó la luz de la escalera.

—¡Joder! —exclamó Eduardo, cubriéndose enseguida la boca con la mano.

Sacó el móvil y lo encendió para iluminar la pared. Localizó el viejo interruptor y lo pulsó. La escalera volvió a iluminarse, pero su piso seguía sumido en una negrura total. Permaneció en silencio unos segundos pero no oyó ningún sonido sospechoso.

Estaba seguro de haber cerrado la puerta con llave cuando abandonó la vivienda hacía un mes, no por buena memoria sino porque era una costumbre que tenía automatizada. Y, aunque se le hubiese olvidado echar la llave, el resbalón hubiese sujetado la hoja, no se habría abierto de par en par con un pequeño empujoncito. Miró la cerradura desde el umbral y no advirtió signos de que hubiese sido forzada.

Pensó si debía pedir ayuda. No a sus vecinos, claro, eran todas personas mayores y traerían más complicaciones que soluciones. ¿Debía llamar a la policía? Aún no había comprobado si alguien había entrado o si le habían desvalijado la casa, no era cuestión de llamar por las buenas. ¿Y Tomás? Decidió que no, era sábado por la noche y estaría de cañas con sus amigos. Y bastante le había molestado ya durante tres semanas seguidas.

“Echaré un vistazo con cuidado”, concluyó. “Como hacen los que mueren en las películas de terror”.

Apartó las bolsas y la maleta para dejar el camino despejado por si tenía que salir corriendo, volvió a pulsar el interruptor de la luz del descansillo, respiró hondo y extendió el brazo para alcanzar el interruptor de la entrada del piso. “Tengo licencia de armas y no tengo un arma. Nota mental: comprar una

pistola el lunes”.

Pulsó el interruptor y se preparó para encontrarse de sopetón con cualquier cosa. Un mortecino resplandor anaranjado iluminó el techo, y fue creciendo muy, muy despacio. “Qué asco de bombillas de bajo consumo...”

En el pasillo no había señales de que hubiese pasado nada. Esperó un poco más a la escucha, y después fue repitiendo la acción por todas las dependencias del piso. Cocina, alacena, aseo, sala de estar y dormitorio. Todo en orden y no parecía faltar nada.

Ya más tranquilo y con toda la casa iluminada salió a por la maleta y las bolsas, convencido de que sus buenas costumbres no eran tan perfectas como creía y empezaba a tener descuidos imperdonables.

Lo metió todo dentro de la casa, cerró la puerta y sacó la llave del bolsillo para dejarla echada por dentro. Pero después de un par de intentos no consiguió introducirla. Se agachó para mirar de cerca la cerradura y vio que un trozo de metal estaba obstruyendo el orificio. “Genial. Una cerradura estropeada un sábado por la noche me va a costar un dineral”.

Una hora más tarde, mientras un cerrajero trabajaba en la entrada, Eduardo estaba imprimiendo las fotos que había volcado de la cámara compacta a un *pendrive*. Introdujo las páginas en una carpeta y luego la carpeta junto con el dispositivo en el maletín de visitar clientes. Acababa de meterlo todo cuando el cerrajero apareció en la sala de estar, escribiendo en un bloc.

–Le he cambiado la cerradura vieja por una nueva más segura –dijo con una voz cascada por el indudable consumo de tabaco– Le va a costar más pero lo tendrán más difícil para volver a robarle.

–¿Robarme? –Eduardo levantó la vista perplejo– No me han robado, que yo sepa.

–¿No? Pues ha tenido usted suerte, seguro que algún vecino los asustó y huyeron sin llevarse nada.

–¿Han forzado la cerradura?

–Se llama *bumping*. Meten una llave, dan un martillazo y ya está. Estas cerraduras antiguas se abren como nueces. Pero parece que al dar el golpe la llave se ha partido dejando dentro el trozo que usted ha visto. Si no es por eso ni se entera de que le han abierto el piso.

Eduardo se quedó en silencio, haciendo memoria por si se le había pasado por alto la ausencia de algo de valor.

–Aquí tiene la factura y la cerradura que he quitado, señor Farra. Con una

denuncia en comisaría y esto que le doy el seguro le pagará el importe.

–Gracias –contestó el aludido mirando el número de tres cifras del papel–, voy a ver si tengo tanto dinero en casa.

Poco después el cerrajero bajaba despidiéndose por la escalera cuando comenzó a sonar el móvil en el salón. Cerró la puerta y se apresuró a contestar. Era Laura.

–Hola, Edu, solo quería saber si habías llegado bien y eso.

Le agradó escuchar la voz de su ex al otro lado. Había tenido un día completito: cuatrocientos kilómetros en AVE, otros cuatrocientos en coche, una chantajista besucona, dos gorilas cariñosos, un intento de robo...

Le apetecía hablar un rato con Laura antes de ducharse y acostarse. Ya no eran pareja pero ella seguía siendo su mejor amiga.

–Estoy bien. ¿Sabes? Voy a buscar otro piso más nuevo para mudarme. Este tiene un buen precio de alquiler pero es difícil aparcar, no tiene ascensor, no tiene aire acondicionado, me han intentado robar...

8 – Señores de Fresneda

El domingo a media mañana estaba llamando al timbre de un lujoso ático en el barrio de Salamanca. Se había vestido con traje y corbata porque así es como le gustaba presentarse ante los clientes de alto poder adquisitivo. Cuanto más caro parece más están dispuestos a pagar, es el círculo vicioso que engancha a la gente a la que le sobra el dinero: “–¿Por qué son tan caros estos detectives?–Porque son los mejores.–¿De verdad son tan buenos?–Tienen que serlo, ¿no has visto cuánto cobran?”.

–Buenos días, señora Fresneda –dijo con su mejor sonrisa en cuanto se abrió la puerta.

–Ya le dije que me llamase Inma. No me gusta el apellido de casada.

Inmaculada Ramírez de Lucas, esposa de Pablo Fresneda, era una mujer peculiar. Descendiente de una familia de rancio abolengo, muy vinculada al mundo de la política, había sido educada desde pequeña para acabar casándose con el hijo de alguna otra buena familia y de esta forma unir influencias y posibles.

Pero el destino había querido que un joven avispado con más aspiraciones que recursos se cruzase en su camino, la sedujese y acabase llevándola al altar vestida de blanco pese a la oposición de los padres de ella, que no tuvieron más remedio que aceptarlo y procurar un buen futuro para su yerno.

Un yerno que cayó rendido a los pies de Inmaculada más por las virtudes del suegro que las de la joven. El padre de la novia fue quien movió los hilos adecuados para que el esposo de su hija ascendiese rápido en el escalafón y a día de hoy, ocho años después de su casamiento, fuese ya diputado electo del parlamento valenciano.

La señora de Fresneda tardó bastante tiempo en darse cuenta de que su marido era más ambicioso que sincero y más traicionero que romántico. Pero no quiso romper el matrimonio –algo muy mal visto entre sus amistades– ni discutir con su marido. Ahora él pasaba más tiempo fuera de Madrid que dentro y ella había aprendido a disfrutar la libertad y las ventajas del nuevo status.

–Disculpe –dijo Eduardo–, estaba usted a punto de ducharse y la he interrumpido. Puedo volver mañana.

Inmaculada iba vestida tan solo con un batín corto de seda con dibujos

orientales. Eduardo dedujo que no llevaba ropa interior porque dos enormes pezones se marcaban más de la cuenta en el pecho de aquella mujer. Debía tener treinta y pocos años y diecimuchos kilos de más.

Con el pelo recogido en un moño improvisado, descalza y con aquel batín tan escueto en el que se pronunciaban curvas tan abusivas y reincidentes, a Eduardo le recordaba a una venus. La de Willendorf, para ser exactos.

–No me iba a duchar. Pase –indicó con un gesto de su dedo índice.

Eduardo entró y, mientras la señora Fresneda cerraba la puerta, abrió el maletín y sacó la carpeta de fotos impresas y el *pendrive* donde había guardado la copia digital.

–Aquí están las fotos –dijo, entregándoselas– pero le recuerdo que no podrán ser utilizadas como prueba en un juicio ni incluirse en un informe porque no han sido hechas en un lugar público...

Inmaculada lo recogió, le echó un vistazo rápido a las fotografías sin dar señales de inmutarse, asintió satisfecha y lo dejó todo en una estantería de la pared. Después caminó por la moqueta hasta el *chaise longue* y se sentó en él sin vigilar su pudor.

–Solo las quiero por si acaso algún día tengo que negociar algo con mi querido marido, espero que de momento no haya juicios a la vista.

Eduardo advirtió que la mujer se había sentado sobre uno de sus pies, separando sus rollizos muslos, provocando la apertura de la parte inferior del batín y dejando al aire un sexo afeitado y protegido por un hermoso michelín. “¿Había necesidad de esto?”, pensó para sus adentros.

–Buenos días –oyó que decía una voz soñolienta.

Miró a su derecha y vio aparecer a un joven de unos veintitrés o veinticuatro años con una taza humeante en la mano. Tenía pelo largo, recogido en una coleta, barba desaliñada e iba vestido –o desvestido– igual que la señora Fresneda, solo con un batín de seda idéntico al de ella. Se dejó caer con desgana sobre el *chaise longue* junto a la mujer y dio un sorbo de café. Ella se quedó mirándole, sonrió, le dio una palmadita en el muslo, luego un pequeño apretoncito, y después deslizó su mano bajo el batín del recién llegado hacia la entrepierna. Él sonrió y tomó otro sorbo de café.

–Buenos días... –contestó Eduardo tratando de evaluar la escena– ¡Huy, antes de que se me olvide...!

El detective abrió el maletín de nuevo, sacó unas gafas de pasta, se las puso y comenzó a rebuscar entre los papeles que había dentro. Un segundo

después sacó una hoja de papel y la tendió hacia Inmaculada.

–La factura, no quisiera marcharme sin entregársela.

Contrariada, la mujer retiró la mano de su juguete, cerró las piernas y se puso en pie, lo que Eduardo agradeció. Se dirigió hacia la misma estantería donde había dejado las fotos y extrajo un sobre cerrado de entre los libros apilados en ella.

–No necesito factura, puede usted destruirla –dijo mientras le entregaba el sobre a Eduardo–. Lo convenido, tres mil euros, cuéntelo si lo desea.

–Me fío de usted, faltaría más –respondió Eduardo, guardándolo en el maletín.

–¿Llevaba usted gafas la última vez que nos vimos? Le quedan bien. ¿Quiere un café? –preguntó Inmaculada, acercándose un poco más a él.

–La edad no perdona y necesito gafas para leer, gracias por el halago y no, no puedo aceptar el café, se lo agradezco de corazón pero tengo una cita dentro de media hora en la otra punta de la ciudad. No puedo entretenerme más.

–Lástima... –respondió ella, dándose la vuelta y regresando al sofá– Cierre al salir.

Cuando Eduardo llegó a la puerta se giró para despedirse. La señora Fresneda le estaba mirando, situada de pie frente al joven sentado. Sin apartar los ojos de los de Eduardo levantó una de sus generosas piernas, apoyando el pie sobre el *chaise longue*, cogió la cabeza del joven por la nuca y le atrajo hacia ella, introduciendo la cara del chaval entre sus piernas.

Eduardo decidió que ya había visto suficiente y salió del ático. “Los que duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición”, pensaba mientras pulsaba el botón del ascensor que le llevaría hasta el parking.

Cuando la puerta se abrió en la planta del aparcamiento tardó un momento en recordar dónde había dejado el coche. Hizo memoria mientras se quitaba las gafas y las guardaba otra vez en el maletín. Nada, no se acordaba del sitio, así que sacó las llaves, las levantó y comenzó a caminar entre las filas de vehículos pulsando el botón de cierre.

Andados unos pocos pasos vio parpadear unas luces y se dirigió hacia allí. Al pasar junto a una columna notó un movimiento, volvió la cabeza y vio a un hombre trajeado salir de entre las sombras en dirección a él. Reconoció enseguida al guardaespaldas que lo había perseguido por los tejados del Thailand Gardens.

Echó a correr a toda velocidad y el hombre del traje negro fue tras él. Eduardo supo que no tardaría en alcanzarle y se detuvo de inmediato, lanzado el brazo hacia atrás para intentar golpearle en la cabeza con el maletín. El guardaespaldas se agachó esquivándolo y lanzándose contra su estómago, el detective recibió el impacto de la cabeza rasurada y cayó hacia atrás contra el suelo con el atacante sobre él.

En un último y desesperado intento apretó el botón de emergencia del mando de su coche, y unos metros más allá se disparó la alarma del vehículo inundando el recinto de luces y sirenas.

Otro hombre con traje negro apareció de entre los coches cercanos y le arrancó el mando a distancia de un tirón.

—¡Estate quietecito ya, coño! —exclamó el segundo guardaespaldas al tiempo que desactivaba la alarma y todo volvía a quedar en silencio.

Pataleó con poco éxito cuando ambos hombres le sujetaron por los brazos y la cabeza y le llevaron en volandas hacia un automóvil que esperaba con la puerta trasera abierta. Lo arrojaron dentro, le tiraron el maletín encima y uno de ellos se sentó a su lado para impedir que huyese.

—Buenos días, detective —dijo una voz al otro lado del asiento.

Eduardo se volvió y no se sorprendió en absoluto al encontrar a aquel hombre esperándole.

—Buenos días, señoría —contestó con una sonrisa socarrona—, perdone que no le haya reconocido con tanta ropa.

—Déjate de señorías y de leches, que tú sabes quién soy yo y yo sé quién eres tú. Hablemos claro y deprisa que tengo que regresar a Valencia.

—Pues usted dirá, señor Fresneda. Aunque una simple llamada habría bastado para concertar una cita conmigo, no hace falta ser tan peliculero.

—¿Qué has venido a contarle a mi mujer? —la pregunta de Pablo Fresneda fue directa.

Eduardo sopesó la situación y sus posibilidades, eligiendo entre las distintas respuestas que se le ocurrieron.

—A decirle que usted le puso los cuernos con una jovencita en un hotel de la costa pero que no he podido conseguir pruebas. Gracias por joderme el caso y enhorabuena por hacerte con mi cámara, ¿eh? —añadió dirigiéndose al guardaespaldas calvo.

—Menudo hostión te metiste —respondió riendo el aludido— ¿Es verdad que te cargaste al que dormía en la cama?

–Mi mujer ya sabe que me follo a todas las que puedo desde hace años, no le has descubierto nada nuevo –continuó Fresneda.

–Me ha parecido notarlo...

–Igual que sospecho que ella puede estar haciendo lo mismo desde que viajo tanto.

–¿Ella? ¿Engañarle a usted? No, no creo, parece bastante decente y chapada a la antigua.

–Mis cojones, decente. Lo que no quiero es que mi mujer pueda tener un arrebatito infantil de celos en algún momento y enseñarle fotos comprometidas a su padre, ¿me entiendes? Eso supondría el fin de mi carrera política.

–Lo imagino.

–Y lo que sí querría es tener alguna especie de... seguro que poder usar si hiciese falta. Quiero contratarte.

–¿Contratarme? ¿Para...?

–Ya no trabajas para mi mujer, ahora empiezas a trabajar para mí. Te doy cinco mil euros en mano si me consigues alguna prueba de que mi mujer me es infiel.

Eduardo adoptó una pose pensativa durante unos segundos para añadirle dramatismo al momento.

–Si me da seis mil se lo consigo hoy mismo.

–Hecho –contestó Fresneda, haciéndolo un gesto al guardaespaldas que estaba sentado delante. Este sacó una bolsa de piel de debajo del asiento, contó unos fajos y se los entregó a Eduardo.

–¿Siempre lleva tanta calderilla encima? –preguntó el detective, abriendo su maletín para guardar el dinero.

–Nunca se sabe lo que te puede hacer falta. ¿Cuándo me vas a dar el material?

Eduardo empujó al guardaespaldas de su izquierda para que le dejase salir. Una vez fuera del vehículo sacó las gafas de pasta del maletín y se las ofreció al diputado.

–En la patilla derecha hay un conector micro *usb*. Podrá descargar una escenita de batines orientales que satisfará sus necesidades.

Pablo Fresneda contempló interesado las gafas con minicámara oculta que tenía en su mano.

–Si lo que me dices es cierto, y más vale que lo sea porque de mí no se ríe ni la madre que me parió, es que eres la rehostia y te van a llover los encargos

de mis camaradas.

–Recomiéndeme entonces –contestó Eduardo, cerrando la puerta.

El coche del diputado desaparecía por el fondo del aparcamiento cuando Eduardo pudo sentarse por fin en el suyo. “Joder, ha salido todo redondo”, pensaba con una amplia sonrisa en el rostro.

Sacó el móvil de su chaqueta, comprobó que no se había hecho pedazos en la trifulca con los guardaespaldas, y marcó el número de Laura.

–Hola, chiqui –dijo cuando su socia contestó la llamada–, en lo que va de mañana he conseguido las ganancias de dos meses.

–¿De verdad?

–Como lo oyes. He pensado tomarme unos días de vacaciones para estar con la peque, puede que vuelva hoy mismo para Valencia, ¿te parece bien?

–Me parece fabuloso, Edu, precisamente quería hablar de eso contigo. Con Gemma de baja me cuesta atender a Eva como es debido y mi madre no puede hacerse cargo de ella todos los días. He pensado contratar una sustituta para unos meses y puedo aprovechar que estás aquí para hacer las entrevistas. ¿Cómo lo ves?

–Por mí no hay problema, cuidaré de la peque todo el tiempo que haga falta. Ahora le pongo un Whatsapp a Tomás y le aviso de que estaré fuera una semana. ¿Tienes pensado algún perfil concreto para esa sustituta?

–Pues como Gemma, ya sabes: que sea simpática pero con carácter, capaz de engatusar a alguien si hace falta... y si además es mona, habla algún idioma y tiene nociones de leyes ya sería perfecta. Pero sé que es pedir demasiado, Gemma solo hay una.

–No estés tan segura de eso, Laura –contestó Eduardo–. Creo que tengo a la candidata perfecta...

9 – Lluvia

Al salir de Madrid lucía un espléndido sol sobre un cielo azul y despejado.

Sin embargo, al irse acercando a Valencia los nubarrones se fueron acumulando y condujo los últimos kilómetros bajo una creciente cortinilla de pequeñas gotitas. Cuando consiguió aparcar el coche ya era una lluvia tan intensa que supo que se calaría hasta los huesos si salía así. Había tenido que dejarlo a varias calles de la Plaza de la Reina y no había dónde guarecerse en el trayecto a pie hasta allí.

No tenía paraguas pero recordó haber guardado algún tipo de impermeable en la guantera del vehículo. Y en efecto allí estaba, doblado dentro de su propia bolsa, un chubasquero de plástico color amarillo intenso que compró en su día para montar en las atracciones acuáticas de un parque temático.

Se enfundó en él y salió del coche, caminó a toda prisa hasta el portal y pulsó el botón del portero automático. Al cabo de un rato sonó una voz en el telefonillo.

–¿Sí?

–Hola, soy Eduardo Farra, ábreme.

–¿Quién?

–Eduardo Farra. El revisor del gas.

–¡Ah, sí...! ¿Qué quieres?

–Te lo explico arriba si no te importa, pero ábreme que está cayendo una del copón.

Sonó el zumbido del interruptor, Eduardo pasó al portal y subió por las escaleras hasta el segundo piso. Irene le esperaba en la puerta de la vivienda, de la que se escapaban contundentes los compases del tema *Thunderstruck* de AC/DC. Llevaba el pelo recogido en un moño sujeto con un palillo de comida china y llevaba puesto un pijama de algodón blanco con gatitos rosados.

–Anteayer de naranja y hoy de amarillo, ¿tienes ropa de colores discretos?

–preguntó la chica con sorna.

–Hola –saludó Eduardo, quitándose el chubasquero con cuidado–, dime dónde dejo esto que está chorreando...

–Trae, lo cuelgo en la ducha.

Cuando la joven salió del cuarto de baño pasó delante de él en dirección a

la cocina, abrió el frigorífico, se apoyó en la puerta del mismo y miró a Eduardo de arriba abajo.

–Con traje ya sí pareces un detective. ¿Quieres una cervecita?

–Sí, gracias. ¿Te ibas a acostar tan temprano?

–Los domingos por la tarde me dedico a ser perezosa y no hacer nada en absoluto, así que me pongo el pijamita y estoy tan a gusto –contestó ella, dándole uno de los dos botellines y encaminándose al salón–. Y hoy apetece más porque se ve llover desde la ventana. Vente al sofá.

Irene se dejó caer sobre el rincón del sofá con una rodilla levantada y la otra pierna debajo de su bonito trasero. Eduardo se sentó en el otro rincón, quitó el tapón abrefácil de su cerveza, dio un trago y la dejó sobre la mesa bajera. Había terminado *Thunderstruck* y ahora *Communication Breakdown* inundaba toda la habitación.

–Bueno, cuéntame –dijo la joven, bebiéndose medio botellín del primer trago.

–He venido a hacerte una oferta de trabajo, ¿te interesa?

Irene se le quedó mirando con las manos apoyadas en la rodilla y la barbilla apoyada sobre las manos.

–Depende. ¿Dónde, haciendo qué, cobrando cuánto...?

–En mi agencia de detectives, trabajarías aquí en Valencia a las órdenes de mi socia Laura, para tareas administrativas pero con posibilidad de trabajo de campo, y el sueldo tendrás que negociarlo con ella pero no suele estar mal. En principio serían cuatro meses pero nunca se sabe.

La chica siguió mirándolo sin pestañear.

–¿Por qué yo? –preguntó.

–Porque me dijiste que tienes Derecho, un inglés muy bueno y sabes usar una cámara... Oye, ¿esta música...?

–Led Zeppelin, ¿no te gusta?

–Claro que me gusta, lo que digo es si podrías bajarla un poco, me cuesta oírte con claridad.

Irene se inclinó sobre la mesita, cogió un mando a distancia, apuntó a la minicadena y bajó el volumen a la mitad.

–Gracias, mucho mejor así...

–¡Oh, sí, sí, sigue, sigue...!

Eduardo volvió la cabeza hacia la pared que había a su derecha, y luego miró a Irene.

–Tamara, que hoy se ha traído a su novio y la paredes son de papel. Llevan así media hora y lo que les queda.

–¡Ah, ah, así, más fuerte, más fuerte, sí, sí, síiiiiiiiiiiiiiiiiiiii...! –los gritos de su compañera de piso al alcanzar el orgasmo fueron espectaculares. Siguieron unos segundos de jadeos en los que parecía que todo iba a tranquilizarse, pero no fue así– Ven, ven, ponte ahora por detrás, amor...

–Ya entiendo por qué tenías la música tan alta... –comentó Eduardo. Se volvió sonriendo hacia Irene y entonces ella dio un pequeño brinco, sentándose a su lado y pasando una de sus piernas por encima de él.

–Porque escuchar cómo follan me pone muy burra y no me contengo –respondió ella, mirándolo con ojos entrecerrados y mordiéndose el labio inferior.

Eduardo sintió que se excitaba como por combustión espontánea y, cuando justo después Irene le besó en la boca rozando sus labios con la punta de la lengua, supo que no habría posibilidad de escapatoria, ni la querría.

La chica cogió su corbata y se echó hacia atrás, tendiéndose de espaldas en el sofá y tirando de él para que se tumbase sobre ella.

–Házmelo todo y házmelo despacio, no tenemos prisa –susurró Irene mientras desabrochaba los botones de la camisa de Eduardo. De fondo se oía la lluvia golpear contra el cristal de la ventana y habían comenzado a sonar los acordes del *Lick it up* de Kiss.

Dos horas más tarde Eduardo bajaba la escalera con piernas temblorosas. Era consciente de que a la mañana siguiente tendría unas agujetas horribles por todo el cuerpo pero eso solo contribuyó a aumentar la sonrisa que cruzaba su cara de lado a lado.

Llegó abajo y desdobló el chubasquero amarillo. Junto a la puerta encontró a un mendigo de edad indefinida que se había refugiado en el portal y que miraba a través de los cristales el aguacero que se desplomaba sobre Valencia.

–¡Buenas noches! –le saludó, sin perder la sonrisa.

–Buenas noches, caballero –contestó el mendigo–. Tenga cuidado al salir que hoy llueve a cántaros. Yo voy a esperar a que escampe.

Eduardo vio que aquel hombre ya estaba mojado y temblaba. Miró un momento el chubasquero, se encogió de hombros y se lo ofreció al mendigo.

–Tenga, póngaselo, no lo necesito.

–¿Seguro? Se va usted a empapar.

–Seguro. Y tenga, tómese un café o algo para entrar en calor –añadió Eduardo, sacando un billete de diez euros de su cartera y poniéndolo en la mano de aquel hombre sobre el chubasquero. Este miró su mano, y luego levantó la vista con ojos vidriosos.

–Gracias, gracias, caballero, pensaba que hoy no comería nada. Me da usted la vida...

Eduardo le dio una palmada en el hombro, abrió la puerta y salió a la calle.

Caminó hasta el coche con las manos en los bolsillos y la cabeza levantada hacia el cielo de la noche, recibiendo los miles de goterones que caían implacables sobre él pero que no conseguían borrar la estúpida sonrisa de su cara.

Irene era mucho más joven que él, casi podría decirse que él le doblaba la edad, pero... ¿por qué no?

10 – Inesperado

La mañana del lunes recibió al sol fingiendo que la noche no se había saciado de lluvia.

Eran las once y Eduardo esperaba puntual en la acera junto al edificio de la agencia de detectives y con Eva sentada en su silla de paseo. Había quedado allí con Irene para acompañarla al despacho, presentársela a Laura y que la entrevistase para decidir si era la sustituta que buscaba para Gemma.

Pensaba en cómo debía saludarla cuando llegase. ¿Dos besos en la cara, un beso en la mejilla, un beso en los labios...? ¿Sería mejor dejar que ella le saludase a él? Pensó también que era ridículo sentirse nervioso como un adolescente en su primera cita a sus cuarenta y cinco años, pero era una sensación agradable.

Una moto de gran cilindrada llegó ronroneando y se detuvo junto a ellos. La conducía un hombre alto enfundado en un mono de motorista y detrás llevaba a una chica con chaqueta y cazadora de cuero negros y botas altas de tacón fino.

La chica descendió de la moto, se quitó el casco y sacudió la cabeza hacia atrás para liberar un pelo castaño largo y ondulado. A Eduardo le pareció que la escena se ralentizaba y aquellos cabellos se mecían a cámara lenta cuando reconoció a Irene. Estaba deslumbrante.

Ella metió su casco en un compartimento lateral de la moto y se acercó al motorista. Este levantó su visera e Irene le besó en los labios.

–Gracias por traerme, te llamo luego –le dijo, y se quedó mirando mientras la moto desaparecía rugiendo a toda velocidad. Luego se volvió y caminó con pasos decididos hacia la puerta, sonriendo al reconocer a Eduardo– ¡Hola! Llego bien de hora, ¿verdad?

–Hola, Irene –contestó él, mirando hacia donde ya no podía verse al motorista–, ¿ese chico era...?

–Mi novio, ha tenido el detalle de acercarme y luego pasará a recogerme.

–Ah –contestó Eduardo, enarcando las cejas y asintiendo con la cabeza.

Irene lo miró un momento extrañada, y luego pareció darse cuenta de golpe de la situación.

–¡Ay, pobre...! –exclamó con carita de pena, poniendo una mano sobre la mejilla de Eduardo.

–No, no pasa nada... es que me había parecido reconocerle, por eso preguntaba... no es por otra cosa...

–Ah, sí, eso, vale, no sé... –Irene buscó algo con lo que romper la tensión– ¡Huy, qué niña más cuqui! –dijo, agachándose junto a Eva– ¿Cómo se llama?

–Eva. Creo que es lo mejor que he hecho en toda mi vida –contestó Eduardo, comenzando a sonreír–. Voy a aprovechar estos días para estar con ella todo el tiempo que pueda.

–Eres una monada, ¿lo sabías? –le dijo Irene a la pequeña, dándole pequeños toques con el dedo en la punta de su naricita. La niña sonreía divertida.

–¿Entramos ya? Laura debe estar esperándonos.

Eduardo presentó a Irene como una amiga de un amigo. Cruzaron dos besos y se examinaron la una a la otra de una forma tan rápida que pasaría inadvertida para un hombre.

–Encantada de conocerte, Irene. ¿Has traído tu currículum?

–Lo mismo digo, Laura. Sí, por supuesto –contestó la aludida, sacando un sobre del pequeño bolso que llevaba cruzado en bandolera.

Mientras desdoblaba las hojas y las leía por encima, Laura le indicó a Irene que tomase asiento frente a su mesa de despacho. Eduardo cogió la silla de paseo y se dirigió hacia la puerta.

–¿No te quedas a la entrevista, Edu? –le preguntó Laura, extrañada.

–No, chiqui, no sería objetivo... Voy a llevar a Eva al parque infantil, luego vuelvo y me cuentas.

Irene le sonrió y le hizo un gesto de despedida con la mano pero Eduardo ni siquiera la miró. Desapareció por la puerta del despacho y poco después se oía abrir y cerrar la de la entrada.

Una hora más tarde Eduardo se encontraba sentado en un banco de madera junto a una mujer más joven que no hacía otra cosa que mirar el móvil. Las hijas de ambos, Eva y otra pequeña de más o menos la misma edad, estaban jugando sobre el suelo de goma, entrando y saliendo de un conjunto de tubos de colores. El hecho de entrar por un lado, salir por otro y encontrarse con su compañera de juegos parecía ser muy divertido. Eduardo pensó que podrían estar así horas, sin necesitar nada más.

Como el cruce de palabras con la mujer de su lado se había limitado a un saludo formal y una sonrisa al sentarse juntos y no había surgido ninguna otra oportunidad de entablar conversación, por la forma en que había sido

abducida por su *smartphone*, Eduardo se había dedicado a evaluar las últimas horas vividas y tratar de ser honesto consigo mismo.

Después de todo, ¿qué esperaba? Estaba clarísimo que una chica tan inteligente y atractiva como Irene debía tener novio, o novia, o ambas cosas o, si no tenía ninguna, sería por decisión propia. Los acontecimientos de la noche anterior se habían debido a una confluencia de factores: que ella le estaba agradecida por no haber denunciado sus chantajes, la oferta de trabajo, la lluvia, los gritos de placer de la compañera de piso a través de la pared... Ambos eran adultos, a ambos les apeteció dejarse llevar, y ya está.

De ahí a pensar que seguirían haciéndolo y que ella se iba a enamorar perdidamente de él había un mundo, en concreto el mundo de los sueños erótico-festivos de Eduardo. Llevaba demasiado tiempo en dique seco y eso había nublado sus ya de por sí sufridas neuronas. Enfadarse con Irene por tener novio, en lugar de agradecerle las dos horas de buen sexo pese a tenerlo, era estúpido.

Eva llegó hasta sus rodillas con una carrerita algo inestable pero eficaz. Se le quedó mirando, dijo “papá” sonriendo, y regresó con su amiguita de juegos. Eduardo miró cómo volvía a meterse dentro de los tubos de colores y decidió que la vida era bonita si mirabas la parte buena y dejabas de prestarle atención a lo demás.

Sacó su móvil y se dispuso a mirar las últimas noticias por si encontraba algo interesante. Mientras deslizaba el dedo sobre la pantalla su compañera de banco le miró de reojo con una sonrisa que parecía decir “ya tenemos algo en común” o tal vez “al final también has caído”.

Al pasar la sección de noticias internacionales y llegar a la de sucesos locales le pareció ver algo familiar en una de las fotografías. Hizo descender de nuevo el contenido hasta situar la penúltima noticia en pantalla y la amplió. Leyó el texto con detenimiento mientras un escalofrío recorría su columna vertebral.

A la una y media de la tarde entró en la agencia con la niña dormida en la silla de paseo. Estaba agotada y aguantaría así un rato, pero en breve se despertaría con hambre.

Al pasar junto al primer despacho junto al vestíbulo, que solía estar vacío desde que Gemma cogió la baja, vio que la luz estaba encendida y se asomó desde la puerta. Allí estaba Irene, sentada en la silla frente al ordenador con papeles en un mano y el ratón en la otra. Al verle dio un salto, corrió hacia él

y le abrazó con fuerza.

–¡Tengo el trabajo! –dijo emocionada, sin despegar su cara de la de Eduardo– ¡Laura me ha dicho que si podía empezar hoy mismo y le he dicho que sí!

La joven se separó un momento, le miró a los ojos un instante y volvió a abrazarle mientras le estampaba un sonoro beso en la mejilla.

–¡Gracias, gracias, gracias...!

–Vale, vale –respondió Eduardo, separándose poco a poco de ella–, me alegro de que hayas conseguido el trabajo, es lo que debías hacer. Pero creo que ahora soy tu jefe, así que vuelve a currar que todavía queda media hora para salir a comer.

Irene volvió a su trabajo sin dejar de sonreír y Eduardo continuó hasta el final del pasillo, hasta el despacho de Laura. Ella salía en ese momento y coincidieron en la puerta.

–Parece que te ha caído bien Irene, ¿no?

Laura miró hacia donde estaba su nueva empleada y luego miró a Eduardo.

–Esa chica es tan perfecta que yo, como mujer, no tengo más remedio que odiarla con toda mi alma. Pero como empresaria me he visto obligada a contratarla y ya no buscaré más candidatos. Tiene todo lo que quería y además varios extras, es como si la hubiesen configurado a medida para el puesto. Vamos a ver qué tal se desenvuelve durante esta semana.

–Eso, ya veremos. Ahora pasa y cierra la puerta, quiero enseñarte una cosa.

Laura siguió a Eduardo y la niña al interior de su despacho.

–Me estás intrigando, ¿de qué se trata?

–Mira esto –dijo él, pasándole su móvil–. Es una noticia local de hoy mismo.

–Resúmemela si no te importa, por favor, que no me sobra el tiempo –contestó Laura mientras ampliaba la fotografía.

–Te resumo: esta madrugada han encontrado muerto en Carrer del Miracle a ese pobre hombre que ves en la foto. Le asestaron un único golpe mortal por detrás con un hacha que quedó clavada en su cráneo.

–¡Qué bestialidad! –Laura miró a Eduardo, preguntándose por qué le mostraba aquello– ¿Era cliente nuestro?

–Peor que eso. Anoche yo le di ese chubasquero amarillo que lleva puesto...

11 – Ciprian

–Estas ya son demasiadas coincidencias, Edu, me está empezando a dar miedo.

–¿Coincidencias? Me preocupa lo de anoche como a ti, pero no veo conexión alguna con ninguna otra cosa que me haya pasado, Laura.

–Joder, Edu, en un mes has presenciado un asesinato, te han abierto tu casa de Madrid y han matado a un hombre que llevaba tu chubasquero. En un mes, y me dices que no ves conexión. Alucino.

–Bueno, visto así es para mosquearse un poco, pero ya está.

Laura cogió su móvil de la mesa del despacho y comenzó a buscar en la agenda de contactos.

–Voy a contárselo a Jaume, él sabrá qué hacer.

–Eh, eh, eh –respondió Eduardo, quitándole el teléfono de las manos–, Jaume ya sabe lo del primer asesinato, lo de mi casa no significa nada más que un intento de robo y, en cuanto a lo del chubasquero... ¿de verdad me quieres meter en ese tema? ¿Voy a verme involucrado en otra muerte más sin comerlo ni beberlo? De esta me meten en prisión cautelar, lo veo venir.

–No digo que haya razones objetivas para tener miedo, sino que creo que deberíamos ser prudentes. Por lo menos durante un tiempo. Tenemos una profesión en la que hemos coleccionado muchos enemigos y hace nada te has metido en el enrevesado terreno político.

–¿”Terreno político”? Laura, coño, que solo he hecho un par de trabajitos de infidelidades. Que es nuestra especialidad, te recuerdo. El hecho de que el marido de nuestra clienta sea diputado es circunstancial.

–En política todo es tan circunstancial como en la mafia siciliana, Edu.

–Bueno, vale, entonces, ¿qué hacemos? ¿Me encierro en el hotel todas las vacaciones?

Laura volvió a coger su móvil de manos de Eduardo.

–Cuando estés en Madrid haz lo que te dé la gana, pero mientras estés aquí y sobre todo –Laura remarcó estas últimas dos palabras– mientras estés con nuestra hija vas a llevar acompañante. Y no es negociable.

A la una de la tarde del día siguiente había un sol tan espléndido y tan buena temperatura que Eduardo disfrutaba de una cerveza con tapita de gambas en la terraza de un bar. Junto a él, a su izquierda, Eva dormía en su

silla tras otra intensa sesión de juegos en el parque infantil. A su derecha y con otra cerveza en la mano se sentaba Ciprian, su nuevo compañero no negociable.

En la mesa de al lado estaban sentadas dos señoras de edad indefinida, entre los setenta y los ochenta, que no paraban de conversar sobre las últimas vicisitudes sufridas por un personaje televisivo. Comentaban los hechos con tal vehemencia, implicación y familiaridad que parecía que aquella famosilla fuese su propia nieta y comiesen con ella cada día.

Mientras daba un sorbo de su copa Eduardo miró de reojo a Ciprian. Vestía cazadora y pantalones vaqueros y una camiseta negra con una portada de un disco de The Smiths. Toda la ropa se ceñía apretada alrededor de los músculos que cubrían su cuerpo. Desde las diez de la mañana solo le había oído decir tres cosas: “buenos días”, “sí” y “serveza”. Parecía ajeno al mundo, con sus gafas de sol y su gesto serio e inmutable. De hecho, no sabría decir si en esos momentos estaba despierto o dormido y si la cerveza de su mano se sujetaba por inercia, así que decidió ponerle a prueba.

–No vas armado, ¿verdad? Si alguien nos atacase con un arma, ¿cómo nos defenderías?

Ciprian bajó la barbilla para mirarle por encima de sus gafas de sol con unos ojos de un azul tan claro que parecían transparentes. Se incorporó en el asiento y puso su enorme manaza encima de la de Eduardo, dándole golpecitos tranquilizadores.

–Tú no preocupas. Si alguien ataca yo defiendo.

Las señoras de la mesa de al lado se pusieron en pie para marcharse. Mientras una dejaba dinero en el platito del tique la otra se quedó mirando a Eva.

–Qué niña más guapa –dijo sonriendo y mirando a ambos hombres. Luego se fijó en sus manos unidas sobre la mesa y añadió– Es adoptada, claro.

Eduardo no entendió la frase a la primera pero, cuando Ciprian retiró su mano riendo, cayó en la cuenta y también comenzó a reír.

–Ella cree tú eres novio mío –dijo riendo el gigante, divertido, mientras las señoras se alejaban extrañadas.

–Jajaja, es cierto. Espero que no piense lo mismo tu novio de verdad... ¿cómo se llama?

–Daniel.

–Pues eso, espero que no lo piense también Daniel, ¡es el doble de grande

que yo y no me gustaría que se enfadara conmigo!

–Daniel no enfada, fía de mí –respondió Ciprian, con gesto orgulloso, subiéndose las gafas de sol a la frente.

Eduardo se alegró de que aquel hombre demostrase por fin algo de simpatía. Si iba a estar pegado a él durante varios días al menos ya podrían conversar de vez en cuando.

–Me hace gracia tu forma de hablar, me recuerda a un Yoda apache o algo así. Espero que no te moleste que te lo diga. ¿Cuánto tiempo llevas en España? Los rumanos soléis aprender español enseguida, pero no parece tu caso.

–Un medio de año. No rumano, eslovaco. Cuando llego a España no hablo nada español, ahora ya pido *serveza* y muchas cosas –dijo Ciprian guiñando un ojo.

–¿Conociste aquí a Daniel? ¿Lleváis juntos mucho tiempo?

–Cuatro meses, conocemos en gimnasio y amor primera vista. Daniel buena gente, yo quiero mucho.

A Eduardo le resultaba curioso ver esa extraña mezcla de sinceridad, ternura y espectacular fortaleza física en una misma persona. No es que pensara que los fuertes no pueden tener sentimientos, no era eso. Es que recordaba la primera vez que le vio, junto a la puerta de la agencia, y recordaba también el canguelo que le entró. Hizo otra anotación en su particular agenda mental: confirmar primeras impresiones con segundas y terceras antes de asegurar nada sobre nadie. Los que dicen “yo tengo muy buen ojo para las personas, enseguida los calo” son unos listillos que solo aciertan de vez en cuando y por casualidad.

Un hombre escuálido y desaliñado de unos treinta años se acercó hasta su mesa, tendiéndoles un ejemplar del periódico La Farola.

–¿Me dais algo para comer? –preguntó mirando hacia otro lado.

–Pero, ¿La Farola no era para venderla, que la gente se ganase algo con dignidad y no verse obligada a pedir limosna? –preguntó Eduardo, extrañado– Si me la vendes te la compro, dime cuánto es...

–No la vendo, no tengo más –contestó el aludido.

Luego hizo un gesto con la cabeza como preguntando algo a alguien de alguna mesa tras ellos. Ciprian y Eduardo se giraron para mirar, pero no parecía que nadie estuviese mirando hacia ellos. Al volverse el hombre ya se estaba alejando hacia el parque.

–Qué tío más raro, ni vende ni espera a que le den algo...

–Seguro quiere para droga –añadió Ciprian, volviendo a ponerse las gafas de sol y bebiendo de su cerveza.

–Voy a llamar a Laura a ver si se anima a acercarse con Irene a tomar unas cañas con nosotros, ¿te parece bien?

–Sí.

Eduardo extendió la mano al centro de la mesa, donde siempre solía dejar el móvil cuando se sentaba en una terraza y, al no encontrarlo allí, buscó en el bolsillo interior de su chaqueta. Pero allí tampoco estaba. Empezó a mirar a su alrededor por si se hubiese caído.

–No encuentro mi móvil... –comenzó a decir, cuando de pronto Ciprian pegó un salto tirando su silla al suelo y salió corriendo hacia el parque.

“¡Qué cabrón!”, pensó Eduardo al darse cuenta de lo ocurrido, “¡ha puesto el periódico encima y me lo ha mangado delante de nuestras narices!”. Se puso en pie y vio que el desaliñado ya había empezado también a correr al advertir que Ciprian le perseguía.

–¡Ahora volvemos y pagamos, no se preocupe! –le dijo al camarero, que se había acercado con rapidez para ver qué ocurría– ¡Me han robado!

Sin pensarlo dos veces cogió la silla de paseo y salió a toda prisa con ella hacia donde habían ido perseguidor y perseguido.

Ciprian era mucho más ágil y veloz de lo que nadie hubiese imaginado por su tamaño. En un trecho muy corto redujo su distancia con el ladrón, se lanzó sobre él y lo derribó encima del césped del parque. Se puso en pie enseguida, extendiendo amenazador su mano e increpando al hombre que aún seguía tirado en el suelo.

–¡Tú das móvil! ¡Ya!

Pero el ladrón, en lugar de amedrentarse, lanzó su pierna hacia delante golpeando al eslovaco en los testículos. Este cayó de rodillas expeliendo el aire de los pulmones, pero agarrando por el tobillo a su atacante, que intentaba a la desesperada escapar a rastras. Tiró de él con fuerza, metiéndole entre sus piernas y cerrando una mano sobre su cuello. Entonces llevó una mano a sus riñones y, sin saber de dónde, desenfundó un cuchillo de grandes dimensiones cuya punta colocó a escasos centímetros del ojo izquierdo del caído.

–¡Ciprian, no! –gritó Eduardo, llegando sin resuello con la silla de paseo delante de él. Eva se despertó asustada y empezó a llorar.

El gigante volvió la cabeza, miró a la pequeña, cerró los ojos un momento y después guardó el arma. Rebuscó en los bolsillos del individuo flacucho, se

puso en pie levantándolo en vilo por la pechera, le puso mirando al frente y le propinó tal patadón en el trasero que lo levantó del suelo y lo mandó rodando varios metros por el césped. Cuando dejó de dar vueltas el ladrón se levantó con una mano en el culo y echó a correr todo lo deprisa que pudo.

Ciprian volvió con Eduardo, le soltó cuatro teléfonos móviles en la mano y dijo con voz ronca, colocándose bien las gafas de sol:

–Nadie patea huevos de Ciprian.

12 – Sola

Metida en el agua, rodeada de espuma, con una copa de vino blanco muy frío en la mano y música de fondo, se sintió por fin aliviada después de un día en el que había tenido más trabajo del que esperaba. Le dolían los pies y se sentía cansada, pero el baño relajante la reconfortaría enseguida.

Con el efluvio del vino y la calidez del agua le apetecía echar la cabeza hacia atrás, apoyándola en el borde de la bañera, cerrar los ojos y decidir sin prisas sobre su futuro inmediato. Pensó en lo que podría hacer en las horas que restaban de tarde, mientras extendía el gel de glicerina y miel –su preferido– sobre la piel de sus hombros.

Tenía ropa por planchar pero no lo haría esa tarde.

Salir a comprar lo que se iba acumulando en el listado de la pizarrita magnética de la nevera, tampoco.

Tal vez, solo tal vez, y si se sentía más descansada al salir del baño, se pondría el picardías rojo y buscaría pardillos en Facebook. No le quitaba mucho tiempo libre y ganaba un dinero fácil con los chantajes a hombres casados, que solían perder la vergüenza y el sentido común en cuanto les enseñaba las tetas.

Tener un trabajo honrado estaba bien, no lo podía negar, pero obtener aquellos ingresos extra estaba mejor. La nómina pagaba el alquiler y los gastos fijos, y los extras pagaban sus caprichitos de ropa, copas, viajes... y en cierto modo saciaban su vanidad y su asumida inclinación al exhibicionismo.

Dejó la copa de vino medio vacía en el suelo junto a la bañera y tomó un poco más de gel en sus manos. Le gustaba ponerse frente a la cámara y sentirse tan deseada en tan poco tiempo, le gustaba notar cómo los hombres al otro lado de la pantalla tenían erecciones al verla acariciarse, tal como lo estaba haciendo ahora con sus pezones. Le gustaba encontrar en los ojos de aquellos

pobres infelices ese brillo de excitación máxima, ese ansia en la mirada que desvelaba cuánto les gustaría lamerlos, chuparlos, morderlos...

A ella le encantaba cómo se los comía su novio, esa manera que tenía de capturarlos entre los labios, con los dientes presionando tras ellos, moviéndose de izquierda a derecha y dándole pequeños toquecitos con la lengua.

Si su novio no estuviese a punto de entrar en el turno de noche le habría llamado en ese mismo instante para que fuese a toda prisa allí, se metiese en la bañera con ella y no parar de follar hasta que les fallasen las fuerzas o el agua estuviese tan fría que tuviesen que cambiarse a la cama o el sofá. Pero la obligación era la obligación y tendría que conformarse con pensar en ello, sola.

Pensar en la manera en que a él le gustaba jugar en su sexo con los dedos mientras la besaba con pasión, en cómo a ella le gustaba coger esos dedos y chuparlos, mojarlos con su propia saliva mirándole a los ojos, y llevarlos de nuevo a su entrepierna para sentir cómo la apretaban, y la abrían, y se introducían despacio en ella, y le provocaban una humedad ardiente que preparaba el camino y le hacía desear sentir su miembro en todos y cada uno de los orificios de su cuerpo.

En todo aquello pensaba mientras se masturbaba con sus propios dedos. Una ligera sonrisa asomó a sus labios entreabiertos y jadeantes cuando el sonido del agua espumosa contra el borde de la bañera le recordó el chapoteo de sus sexos al chocar una y otra vez en aquellos momentos salvajes previos al orgasmo. Se imaginaba de rodillas sobre el sofá del salón, mordiendo el respaldo, mientras él la penetraba de pie desde atrás, acariciando su clítoris y besando y mordiendo su nuca. No tardaría en correrse gritando como una loba en celo...

Pero algo la devolvió a la realidad. Un golpe metálico, en alguna parte de la casa. ¿Algo mal colocado en la cocina que se había caído al suelo? No había oído llegar a su compañera de piso, que siempre avisaba asomándose al cuarto de baño si veía luz allí. Se quedó un rato en silencio, escuchando, pero solo se oía la música de Nirvana en el salón.

Salió de la bañera, se puso el albornoz, se secó un poco las piernas para no ponerlo todo perdido de agua y se calzó las zapatillas.

—¿Eres tú, has llegado ya? —preguntó en voz alta, mientras se asomaba a la puerta del cuarto de baño.

Pero la casa estaba en silencio absoluto. Miró hacia la puerta de entrada y la vio cerrada. Se asomó a la cocina y estaba vacía. Parecía no haber nadie más en la casa pero seguía intrigada por el ruido que había oído. Puede que el vecino de abajo hubiese golpeado el techo con la escoba para que bajase la música, no sería la primera vez. Era un envidioso amargado que no habría echado un polvo en condiciones en toda su vida.

Entró al salón y fue hacia la cadena, no quería tener más discusiones con aquel capullo. En ese momento sintió un fuerte golpe en el cuello y cayó de bruces sobre el sofá. Alguien se le echó encima, se sentó sobre sus riñones, cogió sus manos y las sujetó con algo a su espalda. Iba a gritar pidiendo auxilio cuando sintió algo metálico en su garganta y una voz le susurró al oído:

—¿Vas a gritar? Sí, vas a gritar y mucho, lástima que nadie te pueda oír...

Un chillido de terror brotó de su garganta al sentir el cuchillo clavarse lenta y dolorosamente en su hombro. Sus ojos asustados e inundados de lágrimas miraron desesperados hacia todas partes buscando ayuda, pero solo encontraron la figura del Micalet iluminado recortándose contra el cielo nocturno, más allá del cristal de la ventana.

Y, sobreponiéndose a sus gritos, *Smells Like Teen Spirit* sonando a todo volumen.

13 – Declaración

—¡Voy corriendo para casa de Irene! —le decía Eduardo a Laura por teléfono mientras abría la puerta de su coche— Te he enviado la dirección por Whatsapp. La policía ya está allí.

—Jaume acaba de entrar por la puerta —contestó ella mientras el recién llegado la miraba con cara de extrañeza—, ahora le cuento lo que ha pasado y seguro que no le importa acercarse aunque no sea en su horario.

Eduardo llegó a la Plaza de la Reina en diez minutos y, contra todo pronóstico, encontró un hueco para dejar el coche en medio de todo el jaleo provocado por los coches de policía y la ambulancia que cerraban el paso.

Salió a toda prisa del vehículo y, casi llegando al portal, vio a Irene sentada en la escalera. Estaba llorando, recuperándose de un reciente ataque de histeria, y la acompañaban un médico del S.A.M.U. y una agente de policía local. Otros agentes de la nacional subían por la misma escalera llevando un rollo de cinta amarilla en la que se leía “POLICÍA – NO PASAR”.

Al verle, la joven se puso en pie y lo abrazó con fuerza, sollozando y

hundiendo su cara en el cuello de él.

–¡Han matado a Tamara!¡Dios, han matado a Tamara!¡No sabía a quién llamar primero...!

Eduardo trató de calmarla acariciándole la cabeza y dándole suaves golpes en la espalda.

–Respira, respira... tranquilízate un poco. ¿Qué ha ocurrido?

Al hacer esta pregunta Irene se apretó aún más fuerte contra él y lloró con más desesperación, pero no pudo responder.

El comisario Sanz bajó las escaleras y reconoció a Eduardo . Hizo un gesto a la agente local y esta tomó a Irene por los hombros con delicadeza, acompañándola para que se sentase de nuevo en los escalones y ofreciéndole una botellita de agua.

–¡Señor Farra! –dijo el comisario, llegando junto a Eduardo– ¿Es usted amigo o familiar de la víctima?

–Soy... –buscó el término más apropiado pero no lo encontró. Solo conocía a Irene de un par de días, aunque hubiesen tenido una velada de sexo bestial, y a Tamara solo la había visto unos segundos en la puerta tras ese encuentro– ...soy el jefe de Irene –contestó por fin, señalando con un gesto hacia la joven sentada–. Lo único que sé de la víctima es que se llamaba Tamara y era su compañera de piso.

–Tamara de los Santos, sí –añadió Sanz, acercándose a Eduardo hasta que este pudo oírle casi en susurros–, esta pobre chica la ha encontrado muerta al volver a casa. Debe haber sido un golpe tremendo para ella.

–¿Qué es lo que ha pasado, comisario?

–Lo que le he dicho, señor Farra. Perdona que no pueda decirle nada más, pero ya sabe cómo son estas cosas.

–Lo comprendo, lo comprendo. ¿Puedo ayudar en algo?

–Debería. Me encuentro con que usted, que vive en Madrid, está relacionado con dos crímenes parecidos ocurridos con pocas semanas de diferencia en la Comunidad Valenciana.

“¿Dos crímenes parecidos?”. Eduardo sintió que el estómago quería huir de su cuerpo. Un sudor frío comenzó a cubrir su frente y las manos empezaron a temblarle. El comisario Sanz captó todos estos detalles enseguida, como era habitual en él.

–¿Dónde estaba usted esta tarde entre las cinco y las siete, señor Farra? – Eduardo iba a responder pero el policía le interrumpió con un gesto de la

mano— Perdone, si lo desea puede acogerse a su derecho de hablar con un abogado delante.

—No tengo nada que ocultar, comisario —respondió Eduardo, tomando aire—. He pasado toda la tarde ayudando a mi socia con temas de facturas en la agencia de detectives, donde también ha estado trabajando Irene.

—Acabo de corroborarlo, comisario —dijo una voz a sus espaldas. Era Jaime, que entraba en el portal colocándose la identificación.

—Buenas tardes, Vila, gracias por venir a ayudar *motu proprio* —saludó el comisario. Eduardo pensó que era la primera persona, aparte de él mismo, a quien había escuchado decir esa expresión latina de forma correcta—. ¿Cómo ha podido corroborarlo tan deprisa? Qué eficiencia.

—Laura Jiménez, la socia del señor Farra, me ha dicho lo mismo que acaba de decir él hace quince minutos.

—A ver si lo entiendo bien —contestó Sanz pensativo—, ¿ha corroborado la coartada del señor Farra con la señorita Jiménez, que es pareja de usted y ex pareja de él además de su socia en el negocio, y que también ha pasado la tarde junto a la otra única persona implicada en el asesinato que nos ocupa?

Jaime se quedó callado un instante.

—Vaya —dijo—, planteado así también me suena inconsistente...

—Comisario, ¿está usted sospechando de todo el mundo al mismo tiempo? —preguntó Eduardo, molesto.

—Estoy haciendo mi trabajo, señor Farra. Y mi trabajo es dudar de todo hasta que se demuestre que es verdad. No sé si los detectives privados son partidarios de la inocencia presupuesta, pero yo no.

—Desconfía... y no sabe usted ni la mitad.

Sanz miró a Eduardo con expresión incrédula. Este había decidido que las cosas habían llegado mucho más allá de lo que jamás hubiese imaginado y que estaba en la obligación de ponerlo todo en conocimiento de las autoridades. Miró a Irene, que seguía llorando sobre el hombro de la agente de policía, y se le clavaron en la mente las palabras que dijo Laura el día anterior: “en un mes has presenciado un asesinato, te han abierto tu casa de Madrid y han matado a un hombre que llevaba tu chubasquero. En un mes, y me dices que no ves conexión”. Tres. Ya eran tres asesinatos. La conexión tenía que existir.

—¿Le parece bien que vayamos a comisaría y le cuento algunas cosas que podrían estar relacionadas con todo esto? —preguntó Eduardo, mirando a Sanz.

—Me parece lo más correcto, señor Farra. Llévase con usted a su empleada

–dijo señalando a Irene– y, por favor, llame a su socia para decirle que el inspector Vila pasará a recogerla. Porque espero verla a ella también allí esta noche –añadió, mirando a Jaume, y luego volvió a dirigirse a Eduardo–. ¿Ha traído coche?

–Sí.

–Entonces seguirá a un coche patrulla que ahora le indicaré y yo iré tras ustedes. No es que piense que usted miente u oculta algo...

–Lo sé. Es su trabajo.

Laura, Irene y Eduardo fueron interrogados por separado en distintas dependencias de la comisaría.

Poco fue lo que pudo aportar Laura durante los escasos cinco minutos que duró su interrogatorio. No conocía a la chica asesinada ni siquiera de vista, a Irene la había conocido hacía menos de cuarenta y ocho horas y la policía –a través de Jaume Vila– ya estaba al tanto de su devenir sentimental y profesional con Eduardo. Lo que sí consiguió fue demostrar que los tres habían pasado la tarde en la agencia gracias a la declaración del técnico informático que les llevaba el mantenimiento de los ordenadores y que, por fortuna, había estado actualizando el sistema operativo del ordenador de Gemma –y ahora de Irene– entre las cuatro y las ocho.

Irene, por su parte, estaba destrozada. Hacía apenas una hora que había encontrado en su propia casa el cuerpo mutilado de su amiga y compañera de piso y se veía obligada a responder a las preguntas del inspector. Podría haber dicho que no y posponer el interrogatorio hasta el día siguiente, desde luego, pero su único deseo en ese momento era que la policía encontrase al asesino y lo encerrasen lo antes posible.

–Tamara es... era dominicana, llegó a España hace dos años, más o menos cuando yo llegué también a Valencia, y la conocí por un anuncio en un tablón de compartir pisos –explicaba Irene a Jaume–. Nos caímos muy bien enseguida y desde entonces vivíamos juntas.

–¿Sabe si tiene familia aquí?

–Trátame de tú, por favor. Me siento rara cuando me hablan de usted. ¿Puedes?

–Sí, no hay ningún problema. ¿Sabes si Tamara tiene familia en España?

–Creo que no, hablaba por Skype de vez en cuando con su familia de Santo Domingo... –aquí hizo una pausa– Tenéis que decírselo vosotros a sus padres, yo no soy capaz. Va a ser un palo para ellos...

–La policía se encargará de notificar la defunción a la familia, tranquila. Dime con qué otras personas tenía relación tu amiga, que recuerdes.

–Con sus compañeras de trabajo, trabajaba en la tienda de ropa Abigail que hay en el centro comercial de la autopista de El Saler. Se llevaba bien con todas, era su grupo de amigas “oficial” y salíamos de vez en cuando a tomar copas por ahí con ellas... ¡Y su novio, claro! Se llama Rober, tiene unos veintiocho años, es moreno, muy guapo y trabaja de vigilante jurado en el edificio principal de la caja de ahorros.

Jaume le hizo un gesto para que esperase un momento, se levantó de la mesa y se dirigió a un compañero. Le dijo algo en voz baja, el agente anotó algo en un papel y se marchó con otro mientras el inspector regresaba a su asiento.

–¿Van a detener a Rober? –preguntó Irene.

–Vamos a localizarlo para hacerle unas preguntas.

–Rober quería mucho a Tamara, te aseguro que está loco por ella...

–Razón de más para hablar con ese chico. Lo que le han hecho hoy a tu compañera solo se puede explicar por ensañamiento psicótico o por crimen pasional.

–Joder, no me digas eso... –las lágrimas comenzaron a apoderarse de los ojos de la chica.

–Perdona, no me he dado cuenta –respondió Jaume, poniendo una mano sobre la de Irene–, ¿prefieres que lo dejemos para otro momento?

Irene se enderezó, tragó saliva, respiró hondo, retiró su mano de debajo de la del inspector y limpió con su dedo índice una lágrima que se deslizaba por su nariz.

–No, vamos a terminarlo ya –contestó resuelta.

–De acuerdo, casi hemos terminado. Solo tengo una pregunta más que hacerte –dijo Jaume, consultando la última actualización del expediente del caso en su ordenador–. Acaban de encontrar en el portátil de vuestro piso unos videos de “contenido erótico”, cito tal cual está informado, con los que Tamara, presuntamente, hacía o pretendía hacer chantaje a varios hombres a través de las redes sociales. ¿Sabes algo de esto?

Irene palideció. Dándose cuenta de que le temblaría la voz al responder, dio un sorbo de su vaso de agua mientras pensaba la respuesta. Ayer había eliminado todos sus videos comprometedores después de que Eduardo le consiguiese el puesto de trabajo en LyE Investigaciones. Pero por supuesto no

había tocado la carpeta de videos de su amiga que, además de vivienda, también compartía con ella aquella actividad para conseguir ingresos adicionales.

–Ni idea. No sé a qué te refieres –respondió mirándole a los ojos.

El inspector Sanz tenía pinta de estar muy cabreado. Había estado tomando notas de todo lo que le había contado Eduardo y no se explicaba por qué no había dicho nada de todo aquello a la policía.

–Recapitulando –cuánto le gustaba al comisario hacer resúmenes–: sigue sin recordar nada nuevo del crimen del Thailand; alguien rompió la cerradura de su piso de Madrid; la víctima del Miracle, a quien no conocía de nada, llevaba puesto su chubasquero; y la última asesinada vivía con Irene González, a quien usted contrató ayer para su agencia de detectives.

–Correcto, comisario –respondió Eduardo.

–¿Y conocía a la señorita González de...?

–Nos conocimos por Internet, en Facebook. Me pareció una chica interesante, necesitábamos una sustituta para otra empleada que está de baja, reunía los requisitos y la contratamos.

–Se vino desde Madrid hasta Valencia para contratarla sin conocerla de nada. Esa chica debe valer mucho.

–Lo vale, comisario. Es una pena que jóvenes tan bien preparados y con tantas ganas de trabajar estén en paro o tengan que emigrar al extranjero...

–No me suelte discursitos que para eso ya tengo a mi cuñado, gracias, señor Farra. Sigamos con el asunto: visto lo visto, usted cree que hay relación entre todos los hechos que me ha relatado, y piensa que usted puede estar en peligro.

–Eso es, y es un temor fundado. ¿Sabe si la casa de Irene la han abierto haciendo *bumping*?

–El *bumping* es la técnica de apertura de cerraduras más extendida en el mundo. Hasta mi sobrino pequeño sabe hacerlo. No base en eso sus temores, señor Farra. Viéndolo desde mi perspectiva, usted está más cerca del papel de sospechoso que de víctima. Menos mal que tiene coartada para esta tarde. Si tuviese que buscar indicios de acoso yo me inclinaría más por encontrar relación entre los dos crímenes de la Plaza de la Reina. Y reduciéndolos a lo más simple diría que es probable que el asesino viese salir al hombre del chubasquero del portal de Tamara de los Santos y bajo la intensa lluvia creyese que era ella. Cuando descubrió que seguía viva volvió a matarla a su

casa.

Eduardo pensó en la parrafada que acababa de soltar Sanz. Tenía sentido. No podía encontrar ninguna relación entre esos dos crímenes y el del *resort* o el intento de robo en Madrid, salvo que él estaba por medio de una u otra forma. Si él se quitaba de la ecuación la conclusión del comisario era de una lógica abrumadora.

–Entonces, ¿ya me lo ha contado usted todo, señor Farra?

–Todo –Eduardo vio que Laura e Irene, acompañadas por Jaume, esperaban al final del pasillo–. Me gustaría marcharme ya si no necesita nada más. De todas formas tienen todos mis datos y pueden contactarme en cualquier momento. También me gustaría que me mantuviesen informado de cómo avanzan las investigaciones.

–Sí a lo primero, no a lo segundo. Puede usted marcharse, le agradezco que nos haya dado toda la información de que disponía. Y no podemos facilitar datos sobre investigaciones en curso ni siquiera a los implicados en los casos. Pero eso ya lo sabe usted como investigador.

–Era por si colaba –dijo Eduardo sonriendo–. Nos vemos, comisario.

Ya en la calle, Laura se despidió de ellos.

–Me marchó a casa con Jaume. Tengo allí a mi madre y la pobre estará preocupada. Eduardo, mañana tenemos que hablar sobre llevar a Eva a la guardería, ¿vale? Así no dependerá todo el día de unos y de otros. Irene, tómate unos días de descanso y vuelve a la agencia cuando te sientas con fuerzas –le dijo a la joven, apretando su brazo con cariño.

–Gracias. Sois majísimos los dos, de verdad –contestó Irene agradecida, mirando a Eduardo y a Laura.

Cuando la pareja ya se había marchado Irene le dijo a Eduardo:

–Tenías razón en lo que me dijiste.

–¿A qué te refieres?

–Tamara también grababa a casados –Eduardo miró a Irene con gesto serio y en ella aumentó aún más el de culpabilidad–. Es posible que intentase chantajear a quien no debía, y eso ha acabado con su vida. ¡Podría haberme pasado a mí!

–Bueno, no pienses eso, aún no se sabe nada.

–No puedo pensar en otra cosa.

–¿Qué vas a hacer esta noche? No puedes volver a tu piso, todavía tendrá el precinto.

–Sí, eso me ha dicho el novio de Laura, no podré regresar hasta que ellos me avisen.

–Oye... –Eduardo bajó la voz con timidez– la cama de mi hotel es doble y la ocupo yo solo... ¡Pero entiéndeme! Me refiero a que cabemos los dos para dormir, no pienso en nada más, ¿eh?

–Gracias, eres un cielo –contestó Laura, con sonrisa cansada y poniendo su mano sobre la mejilla de Eduardo. Él odiaba ese gesto porque le hacía sentir patético y porque, además, siempre iba seguido de alguna mala noticia–. Pero creo que me quedaré unos días en casa de mi novio.

–Sí, claro, es lógico... No hay problema, te llevo.

14 – Planes

Al conectar el móvil en el cargador, ya tumbado en la cama de la habitación del hotel, cayó en la cuenta de que tenía varios mensajes de Whatsapp pendientes de leer y contestar. Con el lío de aquel día tan intenso se había olvidado por completo de ellos.

Había cuatro de Tomás, uno de su amigo Alfonso y otro de un número desconocido. Leyó primero los de Tomás:

Hola, jefe, lo más seguro es que esta tarde no venga a trabajar porque tengo un poco de fiebre, no sé si he pillado gripe – 13:30 h.

He redirigido el fijo para que si alguien llama a la ofi pase a mi móvil y así los atiende esté donde esté – 13:31 h.

Ha llamado la secretaria de Pablo Fresneda, que la llames para darte cita y que hables con él de un encargo que quiere hacernos, te paso contacto – 13:32 h.

[Contacto: Secretaria Fresneda]

Eduardo añadió el número a su agenda y programó un aviso para que no se le olvidase llamar por la mañana. Como respuesta para todo puso un simple “Ok”. Abrió la conversación de Alfonso:

Edu, celebramos el cumpleaños de Marina este sábado en casa a partir de las 7, por si te quieres pasar un rato – 13:49 h.

Vio que Alfonso estaba en línea en ese momento y pensó antes de contestar. Alfonso y Marina habían sido amigos suyos, de él y de Silvia, su difunta esposa, durante muchos años. Marina, amiga de Silvia desde la infancia, fue quien le presentó a esta última unos meses después de que Alfonso y él se conociesen en una comida de empresa y se hiciesen amigos. Con Alfonso seguía llevándose bien tras la trágica muerte de Silvia pero no ocurría lo mismo con Marina. Aunque esta comprendía los motivos de la muerte de su amiga no aceptaba de igual modo las circunstancias. El hecho de que hubiese otras mujeres de por medio eran para Marina indicio de que no toda la culpa la tuvo Silvia, y no volvió a mirar a Eduardo a los ojos desde entonces pese a que se hubieran visto una decena de veces en aquellos cinco últimos años. En las fiestas de cumpleaños de sus amigos Eduardo se sentía desplazado y podía sentir el rechazo de Marina en cuanto Alfonso le dejaba solo para atender a otras personas. Escribió:

Me gustaría, Alfonso, pero estoy en Valencia hasta el domingo. Dale un beso a Marina de mi parte, a ver si nos vemos para tomar una caña algún día.

Unos segundos después llegó la respuesta de Alfonso:

Ah, no lo sabía. Disfruta entonces de tu hija, ya nos llamamos.

Por último abrió la conversación del número desconocido.

Soy Clara Vidal del Sun. Me gustaría reunirme con usted para hablar de negocios. ¿Ya está recuperado? ¿Está en Madrid? – 20:55 h.

“¿Negocios?”, pensó Eduardo. ¿Qué tipo de negocios podría tener él con aquella periodista? Aquella rubia despampanante le querría pedir que hiciese alguna declaración sobre el supuesto siniestro sufrido en el Thailand Gardens. Pero eso no son negocios a menos que te paguen por ello y él no podía hacer ninguna declaración relacionada con lo ocurrido allí, fuesen verdades o mentiras. Así que contestó:

Mi compañía de seguros ha llegado a un acuerdo justo con la aseguradora del Thailand, todo está ya resuelto y no voy a hablar de ello. Un saludo. – 23:37 h.

Iba a dejar el móvil sobre la mesilla para intentar dormir cuando advirtió el aviso de que Clara Vidal estaba escribiendo. Solo por curiosidad decidió esperar la respuesta.

No tiene nada que ver con el Thailand. El Sun va a abrir franquicia en Madrid y estaríamos interesado en contratar los servicios de LyE Investigaciones – 23:38 h.

Aquello ya era otra cosa.

Estoy en Valencia, puedo acercarme a Benidorm mañana mismo –23:38 h.

¿Quedamos a las 11 en el periódico? – 23:38 h.

Por la mañana estoy con mi hija, ¿por la tarde? – 23:39 h.

Por la tarde le hago una entrevista a un político, imposible –23:39 h.

¿Pasado mañana? – 23:39 h.

Hagamos otra cosa, le invito a tomar una copa en mi casa a las 9, ¿le parece bien? Vivo aquí, en el 3º A – 23:40 h.

[Ubicación: Clara Vidal]

Eduardo guardó a Clara Vidal como contacto junto a la posición GPS recibida.

Me parece bien, allí estaré. Buenas noches – 23:40 h.

Hasta mañana – 23:40 h.

Terminada la conversación, amplió la foto de perfil de su interlocutora. No sabía si aquella mujer le habría parecido tan atractiva debido al entorno hospitalario pero despejó las dudas enseguida. El cosmos debía estar compensándole, por todo lo sufrido, a base de colocarle hermosas –e inteligentes– féminas en su camino. Y ya que iba a Benidorm sería buena idea hacerle una visita a Rodríguez.

Rodríguez era un inspector de policía jubilado que había decidido trasladar su residencia de Madrid a Benidorm para disfrutar de un clima más suave y también, como él mismo decía, para recibir la visita de sus hijos y nietos por lo menos durante los meses de verano. Eduardo no recordaba el nombre del ex inspector porque él mismo se hacía llamar Rodríguez por todo el mundo menos por su familia, para quienes era “papá” o “abu”. Lo tenía guardado en su agenda de contactos como Rodríguez desde hacía un lustro, cuando entre uno de los últimos casos que resolvió este policía retirado estuvo el del propio Eduardo. En aquella ocasión Rodríguez le salvó la vida y le seguía estando muy agradecido, razón por la que había mantenido el contacto con él años después.

Como sabía que Rodríguez no usaba Whatsapp lo llamó por voz.

–¿Diga? –contestó una voz somnolienta al otro lado del teléfono.

Eduardo se dio cuenta de que iban a ser las doce de la noche y que el ex policía podría haber estado ya durmiendo.

–Buenas noches, Rodríguez, soy Eduardo Farra. ¿Le he despertado? ¡No me he dado cuenta de la hora, perdone!

–¡Eduardo! ¿Cómo estamos? No se preocupe, me ha despertado pero estoy en el sofá con un libro encima del pecho. ¡Se supone que hace media hora estaba leyendo!

–Un buen libro, sin duda.

–Un buen compañero de sueños. ¿Qué se cuenta? ¿Cómo está la familia?

–Todos muy bien, gracias, ¿y su señora?

–Mejor que yo. Se apuntó a un club de actividades y no la veo el pelo en todo el día.

–Pues mañana tengo que acercarme a Benidorm por asuntos de trabajo, ¿qué le parece si nos tomamos un café y charlamos un rato?

–Me parece muy bien, usted paga el café y yo el pacherán. A partir de las cuatro y media suelo estar en la cafetería Los Palmerales del paseo marítimo.

¿nos vemos allí?

–Genial, Rodríguez, a las cuatro y media. ¡Buenas noches!

–Buenas noches, Farra.

Eduardo pudo por fin dejar el móvil, apagar la luz y cerrar los ojos. Estaba agotado y se dormiría en poco tiempo pero, antes de entregarse a Morfeo, dio un pequeño repaso mental a todo lo que recordaba del último mes. Tal vez el demostrado instinto policial de Rodríguez arrojase alguna luz sobre los asesinatos.

15 – Rodríguez

Allí estaba el jubilado, a la hora acordada, sentado en una mesa junto a la puerta y mirando hacia el paseo marítimo. Cuando vio llegar a Eduardo se puso en pie y le hizo señas con un brazo para que se acercase.

Rodríguez no había cambiado demasiado en el último año. Tenía la cabeza pelada a excepción del hermoso bigote canoso de siempre. Sin embargo había conseguido reducir la curvatura de su estómago mediante largos paseos y los ejercicios diarios en grupo en la Playa de Levante. Sus ojos seguían teniendo aquel brillo inquisitivo que intimidó a Eduardo la primera vez que se vieron en su puesto de trabajo, pero ahora se revestían con la amabilidad de una incipiente amistad.

Le dio la mano con fuerza mientras palmeaba su hombro.

–¡Farra, está usted igual!

–No sé si eso es bueno o malo, Rodríguez, lo tomaré como un piropo – contestó Eduardo sonriendo y devolviendo las palmaditas.

–¿Café? –preguntó el ex inspector al ver que pasaba el camarero por allí.

–Descafeinado, gracias.

Pasaron los primeros veinte minutos charlando sobre banalidades y contándose algunas anécdotas sin importancia de los últimos meses. Rodríguez agradecía tener alguien con quien conversar que fuese diferente a los mismos jubilados con quienes lo hacía a diario. No porque fuesen jubilados, desde luego, sino porque eran los mismos, a diario, y acabas hablando de fútbol, tiempo o política porque se acaban todos los temas.

Cuando llegaron las copas de pacharán Rodríguez le preguntó a Eduardo por Laura.

–Nos separamos hace un año. Se acabó el amor, como suele decirse.

–Lo siento, parecía una chiquilla encantadora.

–Sigue siéndolo, una cosa no quita la otra. La separación fue amistosa en todos los sentidos y eso es algo que no suele ocurrir.

–Me alegro, Farra. ¿No ha pensado usted en reconquistarla?

–Algunas veces. Pero ella tiene nueva pareja, un inspector de policía de Valencia, y parece feliz con él.

–Uf, los inspectores somos duros competidores...

–No se preocupe, he aparcado la idea de volver con ella. Al menos por ahora.

Siguieron conversando, y conversando... a la segunda copa de pacharán Eduardo le preguntó a Rodríguez por qué no se tuteaban, ya que se conocían desde hacía años. El ex policía tuvo algunas dudas porque era un hombre de la “vieja escuela”, acostumbrado a tratar de usted a todo el mundo que no fuese familia, e incluso a algunos miembros de ella. Pero accedió para que su acompañante se sintiese más cómodo.

Cuando llegó la tercera copa Eduardo ya había empezado a contar todo lo ocurrido en el nefasto último mes. Rodríguez escuchó con suma atención. Volver a oír hablar de asesinatos, policías, interrogatorios... le devolvía la vida y le hacía sentir de nuevo en la brecha.

–Y bien, ¿qué conclusiones sacas de todo esto? –preguntó Eduardo cuando terminó de dar el último detalle.

Rodríguez se quedó pensativo, acariciándose la barbilla y mirando el pacharán a través del cristal de su copa. Tras unos segundos miró a Eduardo a los ojos y dijo:

–¿Sabes qué tenéis en común Jessica Fletcher, la señorita Marple, Hercule Poirot y tú?

–Pues no sé... ¿que todos somos grandes detectives? Me halagas al compararme con esos personajes...

–Que sois gafes.

Eduardo se quedó mirando perplejo al inspector.

–Sí, gafes –continuó Rodríguez–. Atraéis los crímenes hacia vosotros. Fiesta donde vayáis, viaje que hagáis, lugar que visitéis... acabará complicándose con algún asesinato.

Eduardo hizo memoria, recordó la antigua serie de televisión “Se ha escrito un crimen” y advirtió que era cierto: en todos los episodios eran los asesinatos los que ocurrían allá donde se presentaba la señora Fletcher. Y a los dos personajes de Agatha Christie les ocurría lo mismo. ¡Pero él no era un

personaje de novela!

–Puede ser por mi profesión, recuerda que ahora ya no soy administrativo sino detective privado.

–Eres un cotilla de infidelidades entre parejas, Eduardo. Yo fui inspector de homicidios pero siempre me llamaban a mí para que acudiese al escenario del crimen, nunca vino el escenario a buscarme a mí, no sé si me entiendes... y a ti te ha pasado tres veces en un mes.

–Vale, vale, habrá que considerarlo. Pero, aunque sea gafe, alguien debe estar detrás de esos crímenes. Seguro que tu intuición, la que me salvó la vida una vez, ya te está susurrando cositas al oído, ¿eh?

–He visto varias cosas, por supuesto –contestó Rodríguez adoptando pose interesante–, pero me falta más información para atar cabos si es que existe relación entre todos los sucesos. Necesitaría que escribieses en papel todo lo que me has contado ,durante los próximos días, y fueses añadiendo todos los detalles que recuerdes de cada lugar, persona, conversación... y si además incluyes fotos mucho mejor. Luego me lo das y me dejas un tiempo para digerirlo y darte mi opinión de sabueso retirado.

–Prometo hacerlo. Laura le sonsacará información a Jaume poco a poco – aquí Rodríguez hizo un leve gesto de desaprobación– y la iré añadiendo a mis recuerdos y anotaciones. Pero ahora, así, con lo que ya sabes, ¿qué piensas?

–Para empezar, te diría que los asesinatos no parecen obra de la misma persona.

–¿No? –Eduardo no había pensado en aquella posibilidad.

–Cuando hay tanta sangre y ensañamiento puede tratarse de psicóticos o de psicópatas. No estamos ante asesinos psicóticos porque, tal como me has dicho, no han encontrado pruebas en los escenarios y este tipo de gente es muy impulsiva y desordenada. Así que se trataría de psicópatas, con mente fría y calculadora y que aparentan ser normales en su vida cotidiana.

–De los que te dan los buenos días en el ascensor, parecen buenas personas y jamás hubieses pensado que iban matando gente por ahí, como se suele decir.

–Exacto. No sé si el asesino del hotel es el mismo del piso, para eso necesito más datos, pero sí sé que el del callejón es otro casi con toda seguridad. Un psicópata acostumbra a usar los mismos métodos y herramientas para cometer sus fechorías. En el hotel usaron un cuchillo y en el callejón un hacha, es más que probable que sean diferentes criminales. Cuando sepas qué

arma usaron en el piso sabremos a qué asesinato se parece más, pero tampoco será algo concluyente. Podrían ser uno, dos o tres asesinos, con el mismo móvil o con ninguna relación entre ellos.

–Ninguna relación salvo el que estoy yo en medio, porque soy gafe...

–Y otra cosa: puede que el asesino del hotel conozca los métodos policiales porque no dejó nada incriminatorio ni orientativo en el escenario y eso no es fácil.

–¿Un policía?

–Policía, fiscal, forense, abogado... incluso podría ser detective, como tú. Alguien que haya investigado o trabajado sobre crímenes anteriormente y sepa cómo procede la policía en esto.

–Al menos es un punto de partida.

–Podré decirte más cosas cuando me traigas el informe completo que te he pedido.

Eduardo miró su reloj. Eran ya casi las ocho y media de la tarde.

–Estoy en la gloria conversando contigo y el pacharán que sirven aquí es de categoría –dijo apurando lo que quedaba de su copa– pero he quedado con un cliente aquí cerca.

–Ha sido un placer verte, amigo Eduardo. Por favor, ven en persona a traerme el informe y pasamos otra tarde como esta, ¿de acuerdo? Podemos incluso comer juntos.

–Me encantará, Rodríguez. Espero volver pronto.

Cuando se puso en pie fue consciente de que había ingerido demasiado alcohol. Esperaba que no tanto como para no refrescarse con la brisa de la noche. Se despidieron con un abrazo y salió por la puerta.

El bloque de apartamentos donde vivía Clara Vidal estaba a apenas quince minutos caminando, también en primera línea de playa. A esa hora los locales del paseo marítimo ya habían comenzado a prepararse para recibir a los posibles clientes, que no serían demasiados a finales de octubre y entre semana. Un escultor estaba encendiendo de nuevo las velas que se habían apagado sobre su creación de arena, un vaquero durmiendo sobre un caballo tumbado. Varias parejas y grupos de sexagenarios iban y venían por la acera y, de vez en cuando, se veía a algunos jóvenes con ganas de juerga que aliviaban la media de edad.

Llegó por fin al edificio y se colocó frente al portero automático, mirándolo con detenimiento. Por lo que le costó encontrar y pulsar el botón

del tercero A supo que la brisa marina no había sido suficiente para diluir todos los efluvios del licor ingerido.

–¿Quién? –oyó que decía una voz femenina con respiración agitada.

–Soy Eduardo Farra.

–Suba.

Eduardo decidió subir andando por las escaleras en lugar de tomar el ascensor por dos motivos. El más importante era intentar que un último esfuerzo físico le despejase la cabeza. El segundo era darle tiempo a la señorita Vidal para acondicionar un poco la situación. Por su forma de respirar entrecortada parecía que su llamada al portero había interrumpido algún encuentro apasionado con otra persona.

Esperó unos segundos en el descansillo, tocó el timbre y Clara Vidal abrió la puerta. Llevaba el pelo recogido en una coleta pero, aún así, un húmedo mechón rubio se había escapado y lo llevaba pegado a la frente. Iba vestida con unos pantalones negros cortos de ciclista y una camiseta gris ajustada y empapada en sudor. Sobre el cuello se había puesto una toalla con la que se secó las manos antes de estrechar la de Eduardo e invitarle a pasar dentro.

–¿Ya son las nueve? Me ha pillado en mi sesión diaria de *spinning*, perdone la pinta que tengo.

–No hay nada que perdonar, así estás muy sexy.

“¡Joder! ¿He dicho esto en voz alta?”, pensó Eduardo mientras notaba subir el sonrojo en sus mejillas.

–¡Perdóneme! Vengo de tomarme unas copas con un viejo amigo y creo que el pacharán me ha desinhibido demasiado. Sé que no es excusa, pero le pido perdón por la grosería...

–Relájate, no pasa nada –respondió la periodista con una sonrisa y un guiño–, Agradezco un piropo cuando es espontáneo. Y así hemos roto el hielo más deprisa. Ya que me has tuteado yo haré lo mismo aunque no haya tomado alcohol.

Eduardo aprovechó el capote que le habían tendido para regresar a la primera pregunta.

–Son las ocho y media, he sido yo el que se ha adelantado media hora.

–Entonces vamos aún sobre el horario programado.

Entraron en el salón. En el centro de la estancia y frente a un televisor de gran tamaño estaba situada la bicicleta estática sobre la que Clara había estado haciendo ejercicio momentos antes. Todo allí era minimalista y con

tendencia a los colores claros. Solo destacaba del conjunto, por la variedad de tonos y lo apretado de sus texturas, la gran cantidad de libros y revistas que ocupaban las estanterías de uno de los rincones.

La mujer se dirigió al mueble bar, sirvió un poco de güisqui en un vaso ancho y se lo ofreció a Eduardo.

–Ve disfrutando de este magnífico bourbon mientras me doy una ducha rápida.

–No sé si debería...

–No me lo desprecies, por favor. ¡Es carísimo!

Asintiendo con la cabeza, Eduardo dio un buen sorbo del vaso.

–Es muy bueno, cierto –dijo lamiéndose los labios.

–Ya te lo había dicho. Regreso enseguida, ¿vale?

Y, diciendo esto, se marchó en dirección a su cuarto. Según pasaba junto al equipo de música pulsó el botón de encendido y comenzó a sonar *As long as you follow* de Fleetwood Mac . Eduardo la miró sonriendo para agradecerle el detalle del acompañamiento sonoro, ella le devolvió la sonrisa, se giró y, antes de haber llegado a cruzar la puerta del dormitorio, se quitó la camiseta y el sujetador y los dejó colgados sobre el picaporte. Por la naturalidad del movimiento no podría decirse si Clara había hecho aquello con propósito de provocar, pero el espejo de la pared del fondo había obsequiado a Eduardo con un reflejo de lo más sugerente y prometedor.

Con la imagen aún retenida en su retina, suspiró y dio otro sorbo de bourbon. Al cerrar los ojos sintió que la cabeza comenzaba a darle vueltas sin control.

“Estoy mucho peor de lo que creía, los años no pasan en balde”, pensó restregándose las sienes, “necesito aire fresco cuanto antes”. Dejó el vaso sobre la mesa, fue hasta la puerta de la terraza, la abrió y salió a la frescura de la noche. Se apoyó en la barandilla con ambas manos, respirando con ansia. Frente a él, la luna arrancaba brillos ondulantes de la negrura del mar. Llegaba a sus oídos el murmullo de la música pachanguera que pinchaban en una cafetería situada tres pisos más abajo.

Respiró hondo por enésima vez y de pronto notó unas náuseas incontenibles. Se inclinó sobre la barandilla y vomitó de golpe todo el contenido de su estómago. Le siguieron varias arcadas sucesivas que apenas le daban oportunidad de tomar aire. En la última arcada todo comenzó a girar a su alrededor, perdió el conocimiento y cayó por encima de la balastrada

hacia el vacío.

16 – Reencuentro

Recuperó la consciencia de nuevo en una cama del hospital de Alicante, mientras la enfermera le estaba regulando el flujo de suero. Al ver que despertaba salió de la habitación. Intentó seguirla con la vista pero se lo impidió un agudo dolor de cabeza que le obligó a cerrar los ojos un momento. La enfermera regresó un poco después con alguien que a Eduardo le resultaba conocido.

–Hola, doctora Ruiz –saludó a la recién llegada intentando ser simpático.

–Tenemos que dejar de vernos así, señor Farra. Seguro que hay maneras menos melodramáticas de volver a ver a una mujer –contestó la médica al llegar a su lado, mientras echaba un vistazo por encima de las gafas a la botella de plástico junto a la cama. Después se las quitó, dejándolas colgando del cordón que rodeaba su cuello, y miró a Eduardo a los ojos–. ¿Recuerda lo sucedido?

En esta ocasión Eduardo vio a la doctora de una manera diferente. Tal como le pareció en la primera ocasión era una mujer que debía rondar los cincuenta años. Tenía el pelo corto, negro y peinado de esa forma en que parece siempre despeinado. La vez anterior tenía un gesto serio y cansado y con las gafas puestas resultaba algo intimidante pero ahora, con ellas quitadas y mirándole con semblante relajado, Eduardo notó que tenía unos bonitos ojos verdes. No destacaba mucho por su aspecto físico pero despedía esa atracción y sensualidad natural propia de las mujeres maduras que saben lo que quieren y, sobre todo, que tienen muy claro lo que ya no quieren. No llevaba anillo de casada ni marca de haberlo llevado. Aunque eso no significaba nada.

–Recuerdo que me mareé y vomité desde una terraza. El resto ya...

–Se lo cuento yo: cayó desde esa terraza, arrancando dos toldos por el camino, y aterrizó envuelto en ellos sobre el techo de una cafetería. Una caída desde un tercer piso y ha salido casi ileso, quitando algunas contusiones. ¿Nunca le han dicho que tiene usted mucha suerte?

–Me lo han dicho, sí. Y que soy gafe. Ambas cosas.

–Le hemos repetido el escáner pero todo parece correcto, tiene usted la cabeza muy dura. Le dije que vigilase determinados síntomas como vértigos, dolores de cabeza o pérdida de visión, ¿ha notado algo de eso en los últimos días?

–Nada de nada, de haber sido así habría acudido a mi médico de cabecera enseguida.

–Porque no preferiré esperar a tenerlo todo junto y venir al hospital cuando me toca guardia, ¿no? –preguntó la doctora Ruiz, sonriendo.

–No, doctora, se lo prometo. Creo que me sentaron mal unas copas que tomé y eso fue el motivo del mareo.

–Unas cuantas, había bastante presencia etílica en su sangre.

–Mezclé pacharán con bourbon... –confesó Eduardo, pillado *in fraganti*.

–Usted sigue en periodo de observación, señor Farra. Los efectos de un golpe en la cabeza como el que se dio pueden revelarse todavía a estas alturas. Le aconsejo que no tome alcohol y, sobre todo, que deje de recibir golpes durante un tiempo. Tal vez la próxima vez no me pille de guardia.

–Sería una pena, es usted muy maja.

–Tengo mi genio, puede que acabase cayéndole mal.

–Creo que me caerá muy bien si sigue mirándome de esa forma, doctora –respondió Eduardo sonriendo.

–Estoy observando la dilatación de sus pupilas, señor Farra. En el trabajo evitamos ligar con los pacientes.

–Perdón.

La médica le levantó los párpados un instante, hizo un gesto de asentimiento y dio media vuelta para marcharse. Cuando estaba a punto de salir por la puerta se detuvo, volvió la cabeza y añadió:

–Y recuerde lo que le he dicho antes...

–No se me olvida: que vigile los síntomas y vaya al médico si noto algo.

–Me refería a que puede encontrar maneras más normales de volver a encontrarse conmigo fuera del trabajo, si de verdad cree que es buena idea. Pero eso que ha dicho también es importante, vigílese. Buenas noches y descanse, señor Farra.

A las once y media permitieron pasar un momento a las personas que esperaban para visitarle. Entraron a la habitación Laura, Jaume y Clara Vidal. Eduardo vio que Alberto Teixeira se quedaba en el marco de la puerta, bastante ocupado con su móvil.

La bronca que le echó Laura a su ex fue digna de figurar en los registros de las mejores arengas de batalla. Entre un preocupado “¿a ti es que te da igual morirte que no?” y un contundente “y ya no te lo digo más” hubo recriminaciones, opiniones y consejos de todo tipo. Eduardo asintió a todo sin

atreverse a abrir la boca. Cuando Laura terminó la regañina la habitación quedó en completo silencio. Entonces fue cuando Alberto Teixeira preguntó con voz apagada:

–Mas, ¿el paciente está bien o no?

Laura se sonrojó y miró al hospitalizado con expresión avergonzada. Ni siquiera le había preguntado por su estado.

–Estoy bien, Laura, tranquila. Sé que no me has preguntado cómo estoy porque llevabas bastante tiempo esperando fuera muy nerviosa y tenías que desahogarte o explotarías por algún sitio.

Jaume asintió con la cabeza. Aquel hombre conocía bien a su socia, tenía que reconocerlo.

–¡Me alegro muchísimo de que todo haya quedado en un susto! –dijo Clara Vidal, colándose entre Laura y Jaume y besando a Eduardo en la mejilla– Me quedé aterrorizada cuando salí de la ducha, vi la puerta de la terraza abierta y oí los gritos en la calle. ¡Casi me da algo al asomarme y verte tendido sobre aquel techo!

Laura había escuchado estas palabras con expresión atónita. Jaume le hizo una seña para que se diese cuenta de que tenía la boca abierta y ella la cerró de inmediato. Luego miró a Teixeira, que parecía indiferente a todo lo que ocurría allí. Debía ser de ese tipo de personas a quienes no les afecta nada o, por lo menos, no expresan emociones con tanta facilidad como el resto de los humanos. Eduardo también miró al brasileño con curiosidad.

El periodista advirtió las miradas y dijo:

–Clara y yo no somos *namorados* si es lo que les preocupa, solo somos socios.

Eduardo sonrió aliviado y Laura frunció el ceño cuando vio que la mujer rubia tomaba la mano de Eduardo y le daba palmaditas cariñosas.

–Alberto es un liante –dijo Clara–, sabe de sobra que Eduardo había venido a visitarme para una reunión de trabajo.

–Una reunión. En su casa. A las nueve de la noche. Mientras se duchaba. Por supuesto –comentó Laura–. Creo que usted y yo no tenemos el mismo concepto de lo que significa “trabajo”, señorita Vidal.

Clara estaba disfrutando de aquel momento y se notaba mucho el placer que sentía al vengarse de Laura por haberles expulsado de la habitación la vez anterior. En aquella ocasión eran unos desconocidos pero, ahora, la detective no sabía si entre la periodista y su socio había o no algún tipo de relación

amistosa, sexual o ambas. Por su parte, Jaume tampoco tenía del todo claro en ese instante si lo que parecía notar en los ojos de su novia era rabia o un acceso de celos, y eso le atenazaba.

–Le recuerdo que soy socia de Eduardo en la empresa. Las decisiones importantes las tomamos entre los dos. Y las menos importantes también. Lo decidimos todo entre los dos. Así que ¿me puede usted contar de qué se trata?

Clara mantuvo la mirada desafiante de Laura sin pestañear. La tensión estaba alcanzando tal nivel que todos los demás agradecieron que volviese a hablar Teixeira.

–Vamos a abrir una franquicia en Madrid, el diario *Madrid Sun*, más agresivo y ambicioso que el de Benidorm. Queremos saber si ustedes gustarían de investigar algunos casos para nosotros.

Laura evaluó con cuidado las palabras del periodista. Luego miró a Eduardo, quien con una simple mirada pareció decirle “Madrid es mi zona pero lo decides tú”.

–Saben que solo investigamos infidelidades y que solo las parejas de los o las infieles investigados son los que pueden contratar nuestros servicios, ¿verdad? No podemos investigar esas conductas para terceros.

–Lo sabemos, Laura –Clara había decidido tomar algo de confianza con su antagonista–, pero nos han dicho que son ustedes buenos profesionales y tal vez puedan pensar en ampliar su campo de acción y su clientela. Empezaríamos en Madrid pero si la idea demuestra ser rentable lo haríamos también en Benidorm, ustedes tendrían trabajo en ambas sucursales.

–Lo pensaremos –dijo Eduardo retirando despacio la mano de la de Clara. La periodista rubia le gustaba, pero no le agradaba ver a Laura tan tensa y creyó que era buen momento para disolver la reunión–. Laura y yo hablaremos de ello y os diremos si aceptamos o no, ¿te parece bien?

–Muy bien. De todas formas no tardará en venir una enfermera a desalojar esto así que nos vamos ya. Me alegro de que solo haya sido un susto, ya lo sabes –contestó Clara, y le dio otro beso en la frente–. Quedamos a la espera, buenas noches.

Teixeira se sumó a la despedida con un ligero levantamiento de cejas y ambos salieron de la habitación.

Laura miró cómo desaparecían y luego se volvió para Eduardo. Tenía muchas preguntas que hacerle, pero Jaume la cogió por los hombros diciendo:

–Debemos irnos también, cariño.

Ella pareció darse cuenta de pronto de la presencia de su novio y reaccionó como quien despierta de un letargo.

–Ah, sí, tienes razón –le dijo, agarrando una de sus manos. Luego se dirigió de nuevo a Eduardo–. ¿Te han dicho cuánto tiempo vas a estar aquí?

–Me han hecho pruebas y estoy bien. Con lo mal que andan de plazas hospitalarias mañana a primera hora me echan de aquí seguro –contestó sonriendo–. Además, tengo que ir a ver a otro cliente por la tarde.

–Pues mañana te veo. Que pases una buena noche –dijo ella mientras se iban.

Jaume ni siquiera se despidió.

17 – Adri

Se presentó en la agencia a las doce y media de la mañana del jueves. Eva había empezado ya a ir a la guardería así que solo podría verla algunos ratitos durante los tres días y pico que le quedaban de estar en Valencia. Podrían haber esperado a la semana siguiente para llevarla pero corrían el riesgo de perder la plaza y el centro infantil era perfecto, tanto por la proximidad como por la profesionalidad de los cuidadores que trabajaban allí. Por tanto, Eduardo renunció a sus ratos en el parque en pro del beneficio de la pequeña, a corto plazo, y el de su madre a medio y largo plazo porque podría atender el negocio con más facilidad.

Le abrió la puerta Irene, peinada con coleta alta y vestida con una camisa color rojo intenso y una minifalda negra tan breve que la vista resbalaba y caía desde ella, rebotando por sus largas y bonitas piernas, hasta los zapatos también negros de tacón de aguja. Vio la sonrisa de agrado de Eduardo y comentó, justificándose: –Este conjunto no es mío, me lo ha prestado una amiga hasta que pueda volver el sábado a casa.

–Pues deberías hacerte con uno idéntico porque te sienta de miedo – contestó él después de darle dos besos en la mejilla–. ¿Qué tal te encuentras?

–Psch... –respondió ella, ladeando la cabeza y entornando los ojos– Trato de no pensar y concentrarme solo en trabajar, pero es difícil. Tengo mis momentos.

Eduardo advirtió algo extraño en el rostro de la joven. El maquillaje había ocultado el color pero no el ligero aumento de volumen.

–¿Y eso? –preguntó, señalando con el índice el abultamiento del pómulo.

–¿El qué? ¿Esto? –preguntó ella, restándole importancia– No es nada, Adri y yo discutimos por una tontería y, entre empujones del uno al otro, me dio un pequeño golpe sin querer, pero ya está.

–¿Cómo que ya está...? –Eduardo sentía que le empezaba a hervir la sangre.

–Que ya está, que eso es todo. Los dos tenemos un carácter bastante fuerte y cuando ocurre eso pues la gente discute, pero todo va bien. ¡Fíjate que hasta me ha propuesto que me vaya a vivir con él! Y mira, el primer día y ya nos peleamos, no tenemos remedio... –explicó ella sonriendo como si lo sucedido fuese lo más normal del mundo.

–Irene, no quiero meterme donde no me llaman pero este golpe “sin querer” ya es suficiente como para que pienses en mandarle a tomar por culo de inmediato, ¿eh?

La joven puso sus dedos sobre los labios de Eduardo para que bajase la voz, mientras miraba de reojo hacia el despacho de Laura.

–Chsst... vale, vale, confieso que lo he pensado más de una vez pero me cuesta dar el paso. Luego comemos juntos y me echas una charla en condiciones para darme un empujoncito, ¿puedes?

No podía decir que no, aquella chiquilla tenía que quitarse de encima a aquel individuo cuanto antes. Le diría a su socia que fuese a recoger a Eva ese mediodía y que él iría por la tarde.

–Puedo y debo echarte la charla, claro que sí. Venga, vamos a trabajar un rato y aprovechemos esta hora y media.

–Yo sí, pero ¿tú no estabas de vacaciones?

–Mis vacaciones siempre son muy relativas. Si alguna vez eres autónoma o empresaria ya lo descubrirás.

Laura no puso objeciones al cambio de turno de recogida de niña. Así podría ir por la tarde a buscar a Jaume a la salida de su trabajo para darle una sorpresa, la noche anterior le había parecido algo distante y no sabía por qué.

–Puede que no le haga gracia que yo esté aquí tanto tiempo, contigo y con la niña –apuntó Eduardo–. Quieras que no, le robo tiempo de estar con vosotras.

–No es eso, él sabe que eres el padre de Eva, lo respeta y asume el hecho de que estarás con ella todo el tiempo que puedas.

–O porque soy tu ex desde hace un año y aún así estoy mucho tiempo contigo.

–Tampoco son celos, sabe de sobra que con quien quiero estar es con él y tú ya no me interesas...

“Eh, que estoy delante, un poco de tacto”, pensó Eduardo.

–...mas que como padre de nuestra hija y socio en la empresa –terminó Laura–. Y, hablando de empresa, ya he terminado de poner al día las facturas así que no necesito tu ayuda. Disfruta de las vacaciones un poco, hombre.

–De eso quería hablarte. Tengo que reunir y ordenar algo de información y me vendría bien usar mi antiguo despacho estos días, ¿puedo?

–“¿Puedo?¿Puedo?” –repitió Laura remedándole con una sonrisa– Eres tan dueño como yo del local, mientras dejes mi espacio tranquilo haz lo que

quieras con el resto.

Al abrir la puerta y encender la luz del que en su día fue su despacho Eduardo tuvo un acceso de melancolía. Allí dentro había pasado muchas horas de trabajo, penurias, incertidumbres, decepciones... pero también de ilusiones, alegrías y momentos muy especiales que jamás olvidaría.

Deslizó la punta de sus dedos por el borde de los muebles, con la mirada perdida. Allí, tumbados sobre aquella misma mesa, Laura y él habían hecho el amor más de una vez, en la época en que intentaban que su nueva empresa despegase y aún no tenían empleados. En la mesa, en el sillón, en el sofá de cortesía...

Eduardo sacudió la cabeza y con ello sus recuerdos. “¡Vamos, a trabajar!”.

A las dos menos cinco pararon para salir a comer. Laura se marchó a la guardería y Eduardo e Irene pasearon por la acera camino de la zona de restaurantes que comenzaba pasada la esquina.

Estaban decidiendo si italiano, mediterráneo u oriental cuando una motocicleta llegó a toda velocidad y frenó en seco un par de metros delante de ellos. El motorista subió la visera del casco y Eduardo reconoció a Adrián, el novio de Irene.

–Sube, vamos a casa –dijo con un tono que no admitía réplica, señalando el asiento trasero con un movimiento de la cabeza.

–No, lo siento, hoy como con mi jefe. Te veo esta noche, ¿vale? –respondió Irene, despidiéndose con un gesto y continuando su camino.

El chico se quitó el casco, colocó de una patada el apoyo de la moto, se bajó de la misma y fue hasta la joven, agarrándola del brazo y tirando de ella.

–He dicho que vamos a casa, tenemos que hablar.

–¡Eh! –intervino Eduardo– Déjala en paz...

No vio venir el golpe. El casco impactó contra su estómago haciendo salir el aire de sus pulmones y tirándole de espaldas sobre la acera.

–No te metas que te llevas otra, gilipollas –dijo el motorista amenazador con el casco levantado sobre su cabeza.

–¿Estás loco? ¿Qué estás haciendo? –exclamó Irene, arrodillándose para ayudar a Eduardo a incorporarse.

En ese momento un coche patrulla apareció por la siguiente bocacalle, el joven dudó un segundo, se colocó el casco de nuevo, montó y desapareció a toda velocidad.

Eduardo se levantó con una mano sobre el hombro de Irene y otra sobre su

estómago.

–Si llegamos a comer antes echo hasta la propina... –dijo, recuperando el aire.

–¡Joder, me siento fatal! –la chica estaba casi histérica– ¡Nunca había hecho algo así!¿Estás bien?

–Estoy bien, tranquila. Sé caer de un tercer piso sin romperme nada, no voy a asustarme por un casquito.

Cuando habían recorrido unos pasos Irene dijo:

–Vamos a comer pero ya no necesito charlas, Edu. Se acabó, esta noche duermo en tu hotel.

Eduardo se volvió hacia ella sorprendido.

–En otra habitación, claro –añadió la joven–. Total, van a ser solo dos noches...

18 – Encargo

Llegó con puntualidad, a las cuatro y media de la tarde, al restaurante del hotel donde le había indicado la secretaria de Fresneda que le estaría esperando el diputado.

Nunca había estado allí antes y le encantó el lugar. Un diseño contemporáneo basado en luz natural, acero y cristales, todo en blancos y negros, con suelos y paredes de mármol, techo de madera oscura y, como elemento diferenciador sobre sus competidores, los cimientos de una muralla árabe del siglo XII dominando los espacios aquí y allá.

Pablo Fresneda estaba sentado en una mesa acompañado por una mujer. Habían terminado de comer hacía un buen rato y disfrutaban de un café cuyo importe sería superior al de los menús que acababan de pagar Eduardo e Irene. En la mesa de al lado se sentaban los dos guardaespaldas con los que tuvo sus más y sus menos en el aparcamiento subterráneo la primera vez que habló cara a cara con el diputado. El calvo le sonrió burlón cuando le vio acercarse.

–Siéntate –dijo Fresneda señalándole una silla frente a él–. Te presento a Ana Sánchez.

Antes de sentarse Eduardo hizo intención de saludar con dos besos a la mujer pero ella, sin levantarse, tendió la mano al recién llegado.

–Encantado. Soy Eduardo Farra, de LyE...

–Ya sabe quién eres –interrumpió Fresneda, que debió faltar a clase el día que enseñaron modales–. ¿Tomas algo? ¿Un café, una copa...?

–Café, gracias. Descafeinado.

–¡Chaval! –dijo en voz alta el diputado para llamar la atención del camarero que atendía una mesa cercana.

Mientras Fresneda hacía el pedido Eduardo escudriñó a la mujer sentada a su lado. Una edad entre los treinta y los cuarenta difícil de definir con exactitud, debido a lo castigada que tenía la piel. Debía ser adicta a tomar el sol a todas horas hasta tostarse como un torrezno y eso le pasaba factura. Llevaba el pelo cortado a media melena, con las puntas curvadas hacia dentro y mechuras rubias sobre un tono castaño claro. El color de sus ojos también era complicado, a caballo entre el marrón y el verde. Eso sí, llevaba con mucha elegancia un vestido color crema de alguna boutique cara.

–Ana es la mujer de Alfredo Valverde, buen amigo mío desde el internado –explicó Fresneda cuando hubo pedido el café–. Ella cree que su marido le pone los cuernos con una pelandusquilla de Barcelona, pero no está segura.

–Un momento –dijo Eduardo–, ¿Valverde no es diputado de la Comunidad por el partido en la oposición?

–Amigos desde niños, estudiando juntos en los mejores colegios y ya ves, tomamos caminos muy distintos al llegar a la política. Pero sabemos distinguir el trabajo de la amistad. Rara es la semana que no cenamos juntos o vamos por ahí de... –hizo una pausa mirando de reojo a la señora Valverde– ...de asambleas y esas cosas.

–Ciertas personas me han dicho que Alfredo, mi Alfredo, se ve con una tal Miryam –comentó por fin la mujer, que no había abierto la boca hasta ese momento–. Puedo creerlo o no porque no me han enseñado pruebas. Se lo he preguntado a Pablo y él insiste en que no es cierto, que conoce a Alfredo como si fuese su hermano y que pondría la mano en el fuego por él. Pero a ver qué va a decir, entre hombres se tapan siempre las vergüenzas...

–Total –cortó Fresneda–, que he pensado que lo mejor es que salga de dudas y para eso nadie mejor que un detective experto en infidelidades y además discreto –añadió guiñando un ojo.

–Las mismas personas me han chivado que esa Miryam ha reservado habitación en el hotel Sol y Arena de Alicante para este sábado. Mi marido me ha puesto una excusa para salir de casa pasado mañana entre la una y las tres de la tarde. Quiero que usted vigile la habitación de esa chica durante ese tiempo.

–¿Y si su marido se presentase allí? –preguntó Eduardo.

–Tráigame una foto suya junto a la chica. Sin eso preferiré seguir creyendo que todo es una mentira asquerosa.

–Hacer fotos dentro de una habitación de hotel es complicado si no podemos instalar cámaras ocultas. Y eso es imposible a estas alturas.

–Le pagaré dos mil euros por el trabajo en cualquier caso, me crea o no lo que me diga después.

–¡Y yo te pagaré otros tres mil si traes la foto, coño! –agregó Fresneda dando un manotazo sobre la mesa, y añadió mirando a la señora Valverde– Para que veas que me fío por completo de Alfredito.

–Pues creo que no hay más que hablar entonces, acepto el encargo –dijo Eduardo–. Supongo que no querrán que figure en nuestro libro de registro ni

que les extienda recibo, ¿no?

–Farra, no me jodas... –respondió el diputado.

Ya estaba metido en la cama aquella noche cuando oyó que llamaban con suaves golpecitos a la puerta de la habitación. Se levantó de mala gana, abrió y la mala gana desapareció. En el pasillo estaba Irene, descalza sobre la moqueta y vestida solo con una camiseta XXL que sobraba por todas partes menos por abajo, donde cubría lo indispensable para el decoro.

–No puedo dormir sola esta noche. ¿Te importa que me quede contigo? – dijo con expresión triste.

–No creo que sea buena idea, Irene.

–Solo dormir. Han sido muchas cosas en poco tiempo y necesito un abrazo.

Poniendo cara de resignación, Eduardo se apartó para que pasase. Ella dio una pequeña carrerita hasta la cama y se metió por el lado que aún estaba sin abrir. Eduardo se acostó por el otro, apagó la luz y se quedó inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho. Irene reptó bajo las sábanas hasta donde estaba Eduardo, cogió una de sus manos y tiró para que la abrazase con el pecho de él pegado a su espalda. La joven entrelazó sus dedos con los de Eduardo. Giró un poco la cabeza, le miró a los ojos apenas visibles en la oscuridad, le dio un brevísimo beso en los labios y dijo susurrando:

–Gracias. De verdad.

Poco después, por su respiración pausada y la laxitud en sus dedos, Eduardo supo que Irene ya dormía.

Él tardaría mucho en dormirse.

19 – Recopilando

Por la mañana llegaron al mismo tiempo a la puerta de la oficina Laura, Irene y Eduardo. Al colgar la chaqueta en la percha de la entrada este último no pudo reprimir un bostezo que intentó disimular sin éxito.

–Pobrecito –comentó Irene acariciándole la mejilla con la palma de la mano. Él ya se estaba acostumbrando a esa manía–, no te he dejado dormir bien esta noche, ¿verdad?

–No ha sido culpa tuya, estuve dándole vueltas a varias cosas en la cabeza y tardé en conciliar el sueño. Ni siquiera me he dado cuenta de que te habías levantado antes que yo.

–Tuve que volver a mi habitación a vestirme, no iba a venir a trabajar solo con una camiseta –contestó la joven sonriendo mientras entraba en su cuarto de trabajo.

Eduardo se volvió hacia el pasillo y casi chocó con Laura, que aún no se había movido de allí.

–Laura, tienes la boca abierta...

Ella pestañeó y cambió el gesto de inmediato.

–Ya lo sé, la he abierto yo –respondió con sequedad–. Ven un momento a mi despacho que te quiero comentar algo.

Laura cerró la puerta tras ellos, fue hasta el borde de su mesa y se apoyó de espaldas con los brazos cruzados. Miró con seriedad a su socio y dijo:

–Edu, comprendo que eres un hombre libre y que tienes derecho a rehacer tu vida como lo he hecho yo. Comprendo que puedes gustar a las mujeres. Yo diría que los años y esa nueva seguridad en ti mismo te van haciendo más interesante cada día...

A Eduardo le gustaba lo que estaba oyendo. Nadie rechaza halagos que ayuden a levantar un poco el ego y a ciertas edades se convierten en música celestial para los oídos. Pero no alcanzaba a entender a dónde quería llegar su ex.

–...Bueno, que lo te quiero decir es que eres un hombre maduro y atractivo, a tu manera, y que, como no tienes pareja, entiendo que te guste aprovechar todas las ocasiones en las que una mujer guapa se te ponga a tiro – al llegar aquí se la notaba tensa–. Que yo sepa, en una semana te has cobrado al menos dos piezas de bandera... y oye, que te puedes cepillar a quien te

apetezca cuando te apetezca y las veces que te apetezca...

“¿Está celosa?”, se preguntó Eduardo. “Laura, un año después de nuestra ruptura, con un *geyperman* en su vida, ¿está celosa porque cree que me acuesto con Clara y con Irene?”. Su ego había rebasado la línea de peligro y comenzaba a asomar a su rostro en forma de sonrisa prepotente.

—...pero no me parece ni medio bien que te acuestes con una empleada nuestra. No me parece ético ni profesional. Si te la quieres seguir tirando habrá que despedirla, porque no quiero relaciones entre jefes y empleados en esta empresa. Solo pueden traer problemas —concluyó por fin, dejando congelada la sonrisa en la cara de su socio.

—Vaya —fue todo lo que se le ocurrió contestar.

Laura siguió hablando pasados unos segundos durante los que las manecillas de un reloj de pulsera habrían sonado como martillazos en un gong.

—Me entiendes, ¿verdad? Habría favoritismos, preocupaciones, coincidencia de vacaciones... pienso como empresaria y creo que no debes salir con una empleada de la agencia. Ya está.

Eduardo recobró la compostura y habló con voz muy seria.

—Tal vez te suene poco creíble pero lo que te voy a resumir es la pura verdad: Irene ha dejado a su novio porque es un maltratador y va a dormir en mi hotel hasta que pueda entrar a su casa pasado mañana. Estamos en habitaciones separadas. Pero esta noche se sentía asustada por todo lo que le ha pasado, pidió dormir en mi cama y yo accedí. Solo hemos dormido. Esta noche he sido para ella como un hermano mayor. Solo eso.

Su ex guardó silencio unos segundos más, encajando la explicación. Se incorporó y fue hacia él, mirando sus ojos muy de cerca. Ese color azul que le enamoró hace años parecía de pronto un mar amenazante.

—¿Me juras que no te la has tirado? —le preguntó sin pestañear.

—Te juro que jamás me he tirado a nadie que fuera empleada nuestra —respondió Eduardo sin inmutarse. Técnicamente era verdad: su velada sexual con Irene tuvo lugar antes de contratarla.

Laura aguantó la mirada de Eduardo un rato más, escudriñando sus pupilas.

—Está bien, te creo —dijo relajándose por fin—. Pero tienes que comprender que haya pensado así, si delante de mí tonteáis como adolescentes y no me contáis las cosas que pasan en realidad.

—Culpa mía, lo reconozco. Lo del ex novio de Irene me pareció algo suyo y

que no tenía por qué saber nadie más.

–Dejemos el tema. ¿Hoy sí vas a por la niña?

–Sí, voy a mediodía y me gustaría ir también por la tarde. Mañana tengo que ir a Alicante y no sé el tiempo que me quedará libre para estar con ella antes del domingo.

–No hay problema. Por cierto, ¿en qué estás trabajando en tu despacho? No tienes ordenador instalado allí.

–No lo necesito, Irene me imprime alguna foto si me hace falta y ya está. Ven, te lo enseño.

Laura acompañó a Eduardo por el pasillo hasta el otro despacho. Cuando encendió las luces enseguida le llamó la atención algo que cubría la pared del fondo.

–Siempre he querido hacer algo así –explicó Eduardo con una sonrisa infantil en la cara–. No me ha quedado tan chulo como en las películas pero tiene su aquel, ¿eh?

–¿Para qué leches es esto? –preguntó Laura intrigada.

Su socio había ido pegando sobre la pared una gran cantidad de hojas de papel de distintos colores con textos escritos a mano, algunas de las cuales llevaban una foto sujeta con un clip. Entre unas y otras había trazado una compleja red con cintas de colores.

–Es para Rodríguez. Quiere echarnos una mano intentando encontrar alguna pista sobre los asesinatos. Si me ayudas esta mañana a completarlo lo desmontaré y se lo montaré en su casa el domingo, cuando pase por Benidorm camino de Madrid.

Laura se acercó, leyó los textos y estudió las relaciones mientras Eduardo seguía explicándose.

–Estamos todos. Todos los que hemos tenido algo que ver con los hechos durante este mes, quiero decir. Quiénes somos, en qué fechas, horas, lugares y circunstancias coincidimos, el tipo de relación que hay entre nosotros... También todos los detalles que sé de cada asesinato, pero ahí voy más flojo.

–¿Has incluido a Jaume y al comisario! –exclamó Laura, atónita.

–A todos, es lo que me pidió Rodríguez. Y, ya que mencionas a tu novio, ¿te ha contado algo nuevo?

–Me ha ido soltando comentarios por aquí y por allá, y yo no le pregunto para no ponerle en un aprieto. Sé, por ejemplo, que a la compañera de Irene la torturaron con un cuchillo, como a la estudiante del hotel. Y puedo recordar

algún detalle más...

–Pues haz memoria y vamos a completar el mural cuanto antes. Esta tarde quiero disfrutar de mi hija y atar un cabo suelto.

La moto llegó rugiendo hasta el único aparcamiento libre. El piloto apagó las luces y el motor, sacó las llaves, colocó el apoyo y bajó del vehículo. Se quitó el casco y miró su reloj. Eran las once de la noche. Se encaminaba hacia el portal de su casa cuando oyó que alguien le nombraba.

–Buenas noches, Adri.

Se volvió y, aunque la iluminación de la farola no era demasiado buena, reconoció sin problemas al tipo a quien había tumbado en el suelo el día anterior.

–¿Qué coño quieres? –preguntó, caminando con pasos amenazantes hacia él– ¿Me estás espiando?

–Sería investigando, no espiando –respondió Eduardo sin amedrentarse–, pero no me ha hecho falta porque ya hice de taxista una vez hasta aquí. He venido solo a decirte una cosita y me marchó.

–¿Qué me quieres decir tú a mí, gilipollas? –el individuo se estaba poniendo violento por momentos.

–No vuelvas a acercarte a Irene nunca más en toda tu puta vida. ¿Te ha quedado claro o te lo repito más despacio?

–¿Claro? ¡Te voy a reventar la cabeza...! –gritó, levantando el casco.

Pero cuando intentó lanzar el brazo hacia delante para golpear con él a Eduardo casi se dislocó el hombro. Una mano de gran tamaño le había agarrado con fuerza la muñeca y le había inmovilizado por completo.

–Te presento a Ciprian. Me quedo a ver cómo te mete la primera hostia y luego os dejaré solos para que os conozcáis mejor.

20 – Duplicados

–¿Qué ha dicho que trae? –preguntó la joven, extrañada, tras el mostrador de recepción del hotel.

–Una declaración de amor cantada –repitió el individuo que esperaba al otro lado, recolocando con mimo las rosas del enorme ramo que llevaba en brazos. Sacó una tarjeta de entre ellas y pareció leerla con dificultad– para una tal Miryam... nosequé, no se entiende bien. Ha llegado hoy.

–¿Con i latina o griega?

–Aquí me viene con y griega.

La recepcionista tecleó el nombre y consultó la pantalla.

–Solo hay una Miryam alojada en este hotel y ha hecho *checking* esta mañana, así que debe ser ella. Le recogemos el ramo y ya se lo entregamos nosotros, gracias.

–Por mí de acuerdo –respondió el hombre tendiendo el ramo hacia la joven. Pero cuando ella iba a cogerlo lo retiró de golpe–. Un momento, ¿le van a cantar también la declaración? Si no se canta yo no cobro.

–¿Cómo?

–Pues eso, que si le van a cantar la declaración de amor. El ramo se entrega como sorpresa cantando esto –carraspeó para aclararse la garganta y empezó a entonar–: Por lo que yo te quiero...

–¡Déjelo, déjelo! –interrumpió la recepcionista al ver que los clientes que había cerca se quedaban mirando– Mejor entréguelo usted, habitación trescientos veintiuno.

–Muchas gracias, señorita. Trataré de cantar bajito para no molestar a los demás huéspedes.

–Espere un momento, por favor, dígame una cosa –dijo la chica, haciéndole un gesto para que se acercase un poco más hacia ella y continuando en voz baja–: ¿se gana dinero con este trabajo?

–No es gran cosa –respondió él– pero a mi edad ya no puedo elegir.

La chica hizo un gesto de comprensión y se dirigió hacia los otros clientes que estaban esperando.

–Buenas tardes, ¿en qué puedo servirles?

“Un pantalón negro, una camisa blanca de manga larga y una pajarita negra y ya tienes uniforme para hacerte pasar por quien quieras y para colarte en

cualquier lugar como empleado”, pensaba sonriendo Eduardo mientras subía en el ascensor hasta el tercer piso. Laura tenía razón cuando decía que estaba mucho más seguro de sí mismo, y podría deberse a las veces que había tenido que engañar a otras personas en su profesión. Hace años no hubiese podido mentir a nadie con tal descaro sin ponerse colorado como un tomate, pero ahora no solo le costaba poco sino que demostraba unas dotes teatrales excelentes.

Cuando salió al pasillo y comprobó que no había nadie por allí metió la mano dentro del ramo y extrajo una botella de cava y una servilleta que llevaba ocultos entre las flores. Dejó el ramo sobre un aparador, se colgó la servilleta del brazo y caminó hasta la habitación que le había indicado la recepcionista. Dentro se oía una risa femenina. Se puso firme ante la puerta y golpeó con los nudillos.

Un minuto después la hoja se entreabrió y Eduardo pudo ver asomarse a un hombre sudoroso de unos cuarenta años, pasado de peso, con una calva pronunciada sobre la que se alborotaban unos cuantos mechones de pelo despeinados, el torso desnudo y unos pantalones mal puestos a toda prisa.

–¿Qué ocurre? –preguntó con evidente mal genio.

–Buenas tardes, el hotel desearía obsequiarles con una botella de cava para hacer más agradable su estancia entre nosotros –respondió el falso camarero con una perfecta sonrisa.

–Pero si ya tenemos una botella en el enfriador.

–Oh, vaya... mis compañeros se me han adelantado. No obstante, sería una pena devolverla a la bodega después de haberla puesto en vertical. Si quiere usted aceptar una segunda botella como compensación por la molestia estaré encantado de entregársela.

–Muy bien, pase y déjela, pero dese prisa.

Entró a la habitación intentando pasar desapercibido. En una esquina de la cama y con las piernas cruzadas en actitud modosa estaba sentada una señorita de largo pelo moreno, bastante atractiva y ataviada con el albornoz color azul pálido del hotel. Tenía toda la pinta de no llevar nada debajo.

Se dirigió hacia el enfriador, depositó la botella junto a la otra y se giró hacia la puerta despidiéndose.

–Buenas tardes y disculpen las molestias.

Dando por finalizada la presencia del camarero, el hombre regordete se sentó junto a la chica, comenzando a besuquear su cuello e introduciendo su

mano bajo el albornoz.

–¿Dónde nos habíamos quedado? –preguntó resoplando sobre la piel de la joven, que echó la cabeza hacia atrás, sonriendo, no se sabía si para facilitarle el trabajo o para esquivar con disimulo el sudor de su frente.

–Retómalo donde tú quieras, tigre –contestó ella, zalamera.

El hombre sudoroso le había bajado el albornoz hasta la cintura a la chica y se disponía a zambullirse entre sus bonitos pechos cuando recayó en que no había oído el “clac” del cierre al irse el camarero. Se volvió hacia la puerta de la habitación y se encontró con que allí seguía aquel hombre de la pajarita, haciendo fotos con una cámara compacta.

–¡La madre que te parió...! –exclamó, levantándose furioso de la cama.

Eduardo ya tenía lo que necesitaba y optó por huir a toda prisa. Abrió la puerta, salió corriendo al pasillo y chocó de bruces contra otra persona que se encontraba allí, cayendo con estrépito al suelo tumbado sobre ella. El inquilino de la habitación ya estaba saliendo a por él pero, al ver quién estaba debajo de Eduardo, murmuró un “¡joder!”, se metió dentro de nuevo y cerró la puerta de golpe.

–¡No te escondas, cabrón, que te he visto! –gritó la mujer que el detective tenía debajo mientras se retiraba de la cara los cabellos pelirrojos y mostrando una ira salvaje en su mirada tras las gafas– ¡Y tú, quita de encima!

–Soy Eduardo Farra, investigador privado, perdone que la haya embestido –se excusó él levantándose y dando la mano a la mujer para que hiciese lo mismo–. ¿Quién es usted, si me permite preguntarlo?

–Soy la mujer de ese desgraciado que está ahí dentro... –contestó ella mirando furiosa hacia la puerta cerrada de la habitación trescientos veintiuno.

Dos horas y media más tarde Eduardo estaba sentado de muy mala leche frente a un Pablo Fresneda que trataba de quitarle importancia a lo ocurrido.

–No te cabrees, Farra, coño, un trabajito es un trabajito, ¿qué más te dan las formas?

–Que no son las formas, Fresneda –respondió Eduardo, que ya había decidido retirarle el tratamiento de usted a aquel personaje–, que me has engañado y así no se hacen las cosas.

–Bah, engañado, engañado... cambié un poco la información para que aceptases el encargo.

–Engañado. Y yo me lo tragué como un gilipollas y me lancé al lío sin

comprobar nada antes. ¿Quién era la individua que se hizo pasar por la esposa de Valverde en el restaurante?

–Una actriz que suele salir en nuestros anuncios de campaña. Es buena, ¿eh?

–Sabías que solo la pareja de alguien puede encargarnos investigar una infidelidad de ese alguien y me tendiste la trampa.

–Era para poner a prueba tus dotes y ver si podías conseguirlo. Pero el dinero no es de mentira, Farra, eso es lo que cuenta. Cinco mil euros por una foto de Valverde con la catalana está muy bien pagado, joder.

–No vas a tener ninguna foto, Fresneda, lo siento.

–Siete mil. Diez mil por esa foto, y a partir de ahí otros diez mil por cada foto parecida que me consigas de las personas que yo te vaya diciendo. No vas a ganar tanto dinero en tu puta carrera de detective como el que puedes ganar conmigo, Farra.

–Así que ese es el verdadero encargo, ¿no? Tener material comprometido con el que poder manejar a otros políticos a tu antojo. Seguro que la pobre Miryam también es actriz.

–Buena deducción. Y folla que no veas –respondió el diputado con una carcajada.

–Y seguro que Alfredo Valverde no es amigo tuyo.

–En eso no te mentí, Alfredo y yo somos íntimos amigos desde pequeños. Pero la política es una guerra constante y no se pueden hacer prisioneros.

–Me das asco.

–Última oferta –continuó Fresneda ignorando la última frase–: quince mil por la foto, y las copas y putas pagadas siempre que vengas por Valencia.

–Tu problema es que nunca te han dicho que no a nada y ya va siendo hora. Tal vez yo no sea un ejemplo de decencia pero, si aceptase entrar en tu juego, podría dañar a personas que me importan y eso sí que no. Métete el dinero por el culo –le espetó Eduardo poniéndose en pie para marcharse.

–Eh, piénsalo un momento... – dijo Pablo Fresneda sujetándole por la manga de la chaqueta.

Eduardo dio un brusco tirón para librarse de él. El guardaespaldas calvo se incorporó con intención de hacer algo pero el diputado le indicó que se estuviese quieto con un movimiento de la cabeza.

–No hay nada que pensar. No vuelvas a ponerte en contacto conmigo jamás. Jamás –concluyó Eduardo antes de marcharse de allí.

21 – Desatando cabos

Sentado en la silla observaba cómo ella se desabrochaba muy despacio los botones de la camisa sin apartar la mirada. La dejó caer al suelo, adelantando su pecho para que él se perdiese unos segundos dentro de la profundidad de su escote.

Con la misma lentitud, Clara fue bajando la cremallera de su falda de cuero hasta que cayó a lo largo de sus piernas y acabó sobre la camisa. Hizo un suave movimiento con el pie y apartó ambas prendas a un lado. A Eduardo le costaba mucho seguir sentado en aquella silla, en mitad del salón, con aquellas curvas tan perfectas exigiendo sexo inmediato a solo medio metro de distancia, pero ella lo quería así.

Segundos que se le hacían horas mientras Clara repetía la misma operación con su sujetador y su tanga y se quedaba ante él vestida solo con sus zapatos negros de altísimo tacón. Dio un paso y se colocó de pie frente a él, con sus piernas a los lados de las de Eduardo, para que él pudiese contemplar con insoportable excitación la belleza de aquel cuerpo rasurado tan próximo.

Las manos de Eduardo se elevaron anhelantes pero ella las apartó con gesto de reproche. Él debía estarse quieto hasta que ella quisiera.

Suspirando por la dulce tortura de ser espectador pasivo, Eduardo dejó que ella le desabrochase y quitase su camisa. La respiración se le aceleró todavía más cuando Clara desabrochó sus pantalones y, agachándose hacia atrás con un movimiento felino, los bajó junto con sus bóxers hasta los tobillos.

Después volvió a colocarse de pie sobre él, cogió un frasco de aceite corporal, echó la cabeza hacia atrás y dejó que el líquido se le derramase sobre el cuello. Lo extendió con las manos por sus propios hombros, sus brazos, y se entretuvo en sus pechos, acariciándolos en círculos, volviéndolos brillantes frente a los ojos de Eduardo.

Derramó más aceite sobre su escote y lo extendió hacia abajo con la punta de sus dedos, pasando por su ombligo, su vientre y deteniéndose en su vulva, lubricándola muy despacio, arriba, abajo, fuera, dentro... mientras clavaba sus ojos de gata en los de Eduardo y sus carnosos labios palpitaban pidiendo más placer.

Dejó caer el frasco de aceite al suelo y adelantó su pelvis, colocando su

sexo sobre el pecho de él, que sintió la intensidad de su calor y su humedad y supo que no podría estarse quieto mucho más. Pero ya había llegado el momento. Ella deslizó sus dedos por los brazos de Eduardo, llegó hasta sus manos, las cogió y las llevó a su pecho para que la acariciasen, la pellizcasen... mientras ella iba deslizando su sexo despacio, muy despacio, sobre la piel de él, hacia abajo. Puso el dedo índice sobre los labios ansiosos de él, que intentó lamerlo con una lengua que, en lugar de dedo, se encontró con la de ella, que seguía mirándole con lascivia.

Mientras sus bocas se rozaban, se buscaban y se mordían, la mano de ella se deslizó por su pecho, hacia su vientre, para sujetar su miembro mientras colocaba su sexo en la posición adecuada y, de fondo, sonaba la melodía de *Careless whisper*.

“¿*Careless whisper*? Mierda, ya es la hora...”

Eduardo desactivó de muy mala gana la alarma del móvil y abrió los ojos. Tardó unos instantes en recordar dónde se despertaba ese día. Había pasado una semana muy intensa y encontrarse otra vez solo en su viejo piso de Madrid era a la vez un alivio y una decepción.

Se levantó y caminó hacia el cuarto de baño. Esa mañana tenía que hacer muchas cosas: ir a la “tienda de los espías” para reponer material de grabación, pasarse por la armería, ir a comisaría a poner denuncia por el intento de robo y llevar una copia al seguro y, si le quedaba tiempo, acercarse a una inmobiliaria para encontrar un nuevo piso de alquiler más cerca de la agencia.

Se quitó el pijama y vio que su amigo calvete seguía en pie de guerra por el sueño con la periodista rubia. Esperaba que la ducha caliente consiguiera bajarle los humos.

–Bienvenido de nuevo, jefe –le saludó Tomás cuando hizo acto de presencia en la agencia a las cuatro de la tarde–. ¿Has tenido buenas vacaciones? ¿Qué tal Evita?

–Hola, Tomás –respondió Eduardo mientras tomaba asiento en su mesa. A diferencia del local de Valencia, el de Madrid tenía todas las mesas de trabajo en un único espacio diáfano. Para las conversaciones que requerían discreción utilizaban una pequeña sala de reuniones situada al fondo que, por regla general, era la más usada porque todos los clientes de LyE preferían hablar a puerta cerrada– Eva está preciosa, creciendo muy deprisa. Ya va a la

guardería –dijo con sonrisa orgullosa de padre primerizo–. Y, sobre las vacaciones, vas a alucinar cuando te ponga al día.

–¡Esto prométe! ¿Conseguiste localizar al pibón de Facebook?

–Eh, un poco más de respeto hacia tu compañera de trabajo.

Tomás puso ojos como platos.

–No me mires así, que eso no es lo más interesante de todo lo que te voy a contar...

Tardó casi una hora en poner a su empleado al corriente de la gran cantidad de sucesos que habían tenido lugar durante lo que había creído que sería una apacible semana de descanso.

Que localizó y conoció a Irene –olvidando mencionar su encuentro íntimo, como era lógico–, que en lugar de ser una delincuente resultó ser una sustituta perfecta para Gemma y ahora formaba parte de la empresa; que entraron en su piso pero que ya le había echado el ojo a un apartamento muy majo a tres manzanas de allí; que consiguió un doble negocio redondo con los Fresneda sin esperarlo pero que, a cambio, tuvo que tragarse un engaño que no resultó lucrativo; que con dos días de diferencia habían asesinado a un mendigo que llevaba su chubasquero y a la compañera de piso de Irene y, por fin, que había caído desde el balcón de un tercer piso al visitar a unos periodistas que querían contratarles para un nuevo periódico de Madrid.

El rostro de Tomás fue alternando del asombro a la incredulidad, de la incredulidad a la preocupación, de la preocupación a la sonrisa y vuelta a empezar.

–Digerir todo esto junto cuesta, Edu –dijo el pelirrojo–, ten en cuenta que yo solo sabía que te ibas para un día a ver a tu chiquilla y que decidiste empalmar vacaciones.

–Unas vacaciones dignas de un guión de cine negro. Me río yo de los que necesitan hacer deporte de riesgo para sentir correr la adrenalina. A mí me basta con vivir mi vida.

–Es mucho para tan poco tiempo y un mismo sitio, ¿hay algo más por ahí que no me has contado?

–Eso mismo dice Rodríguez, que algo se nos escapa. No se baja del burro de que soy gafe pero también dice que, aún siéndolo, nadie es tan gafe como para eso.

–¿Rodríguez? ¿El inspector? ¿El que te salvó la vida?

–El mismo. Le he dejado toda la información que recordaba para que se

entretenga en elucubrar sobre ella.

–¡Eso es genial!;El famoso inspector Rodríguez, ayudando a LyE investigaciones a esclarecer unos crímenes!

–Joder, Tomás, tú has nacido para tertuliano de televisión. Ni Rodríguez es famoso ni LyE va a investigar crímenes. El inspector es un jubilado con mucho tiempo libre que va a estar entretenido tratando de atar cabos y, si encuentra algo en lo que no hayamos caído, nos lo contará por si puede ser útil para la policía. Pero es la policía la que está investigando los asesinatos, ¿vale?

Tomás se quedó con cara de *miss* a quien le colocan la corona por error y luego se la retiran para ponérsela a otra.

–Pero no te desilusiones del todo –continuó Eduardo–, es probable que te llame de vez en cuando para que le consigas información sobre algo o sobre alguien.

El joven pareció evaluar esa posibilidad.

–Me gusta –contestó–. Me servirá para cambiar un poco de tareas, que tantos cuernos cansan, y para calentar motores y estar más suelto cuando investiguemos para el periódico.

–Tampoco te veas ya con un Pulitzer, ¿eh? Laura y yo tenemos que decidir si aceptamos la oferta de Vidal y Teixeira. A mí me parece bien todo lo que sea ampliar el negocio, pero a tu jefa se le ha atragantado Clara y no sé...

–Seguro que esa Clara está buena.

–Lo tuyo es incurable.

–Se me pasará con la edad o con una novia... Oye, ¿eso que suena son los Ramones?

Eduardo tardó un poco en reaccionar. Por la mañana había cambiado todas las canciones del móvil y no se había acostumbrado aún a ellas.

–¿Sí? –contestó, sin mirar quién llamaba.

–¡Eduardo, buenas tardes! Soy Rodríguez.

–¡Hablando del rey de Roma! Precisamente le estaba diciendo a Tomás que se ponga a tu disposición para todo lo que necesites.

–Ah, muy bien. Tengo apuntadas varias cosas que tendrá que mirarme, luego le llamaré al fijo que me dejaste apuntado.

–Está deseando empezar –dijo Eduardo guiñándole un ojo al joven, que parecía encantado con la idea.

–Pero, antes de hablar con él, me gustaría hablar un rato contigo sobre lo que he ido viendo en el mural.

–¿Te sirve así, como te lo monté?

–A mí, sí. A mi mujer casi le da algo cuando vio la pared del tendedero llena de papeles y fotos, creía que se me había ido un tornillo. Pero luego le expliqué que es un favor para un amigo y ya hasta agradece que no lo hayamos puesto en el dormitorio.

–Pues cuéntame lo que has visto.

–¿Estás solo? Prefiero que no haya nadie cerca de ti mientras hablemos.

–Solo está Tomás –dijo Eduardo bajando el tono.

–Cierra la puerta o aléjate.

Le pareció demasiado descarado meterse en la sala de reuniones sin un cliente, Tomás tendría clarísimo que evitaba hablar delante de él.

–Creo que lo tengo en la guantera del coche, voy a verlo –dijo en voz ya más alta, sacando las llaves del vehículo del bolsillo y haciendo un gesto de “ahora vuelvo” a su empleado.

–Buena táctica –susurró Rodríguez al aparato.

–Ya estoy solo –avisó Eduardo cuando hubo bajado un par de pisos por las escaleras– ¿Qué es eso tan importante o secreto que no puede escuchar Tomás?

–Ah, no es por Tomás en concreto –respondió el ex inspector–, es por la sencilla razón de que no te puedes fiar de nadie hasta que se encuentre al culpable. Y casi todos los que tenemos en el mural podrían serlo.

22 – Enumerando

–Os salváis tú y algunos más –decía Rodríguez con esa voz que se le ponía cuando ejercía de sabueso–. Pero cualquiera del resto podría ser un homicida.

–¿En serio?

–Objetivamente, sí. No estoy sobre el terreno ni he podido entrevistar en persona a nadie así que me baso en las circunstancias, las oportunidades o la acumulación de coincidencias, no en la posible motivación, ¿de acuerdo?

–Entendido. Es que me dejás descolocado porque, con sinceridad, a mí me pasaba lo contrario: no veo que ninguno de los incluidos en el mural pueda ser un asesino serial.

–Y eso que deberías saber mejor que nadie que cualquiera puede ser lo que nunca dirías que es.

–Vaya que sí.

–¿Te cuento mis conclusiones sobre cada uno hasta el momento?

–Cuando quieras –respondió Eduardo, sentándose en un escalón. La luz de la escalera se había apagado pero entraba un sol agradable por una de las ventanas del descansillo.

–Partimos de la base de que el asesino puede ser hombre o mujer. Tienes recuerdos confusos en los que te pareció ver una figura masculina, pero no viste bien a quien te atacó en Thailand Gardens, ¿correcto?

–Correcto.

–No hace falta tener una fuerza concreta para usar un cuchillo como arma. Para un hacha sí, pero si se usan las dos manos ningún sexo es determinante a la hora de abrir un cráneo de un hachazo.

–Joder, qué gráfico. Pero sí.

–Vayamos crimen por crimen. En el primero las personas más cercanas eran... –Eduardo escuchó cómo Rodríguez pasaba las hojas de un bloc de notas– Pablo Fresneda, el guardaespaldas calvo de nombre desconocido que te persiguió y una chica con bikini rojo. Ninguno de ellos podía ser la persona del cuchillo porque, sencillamente, estaban en otro bungaló.

–Cierto.

–Pero en el encuentro que tuviste con Fresneda en el aparcamiento dices que había dos guardaespaldas. ¿Dónde estaba el guardaespaldas–no–calvo en el Thailand? ¿Lo viste?

–Ni idea –respondió Eduardo, reconociendo que al jubilado no se le pasaba nada por alto.

–Lo tengo apuntado para averiguar más cosas sobre él. Sigamos. Los siguientes en incorporarse al mural, en orden cronológico, son la doctora Ruiz, el comisario Sanz y el inspector Vila.

–Que quedan descartados, claro.

–¿Por?

Eduardo se desorientó con la pregunta.

–Bueno, la doctora Ruiz estaba en el hospital, no en el hotel.

–Eso no lo sabes. Estaba en el hospital cuando tú estabas en el hospital. Las dos veces que estuviste en el hospital, para más señas. Y un médico experimentado sabe bastante sobre crímenes.

–¿Entonces también es sospechosa? –preguntó un poco apenado por la posibilidad. La última frase que le había dirigido la doctora Ruiz le había parecido prometedora.

–Por supuesto que no, no digas tonterías. Has ido dos veces al hospital de Alicante pero ha sido casualidad, desde mi punto de vista la doctora Ruiz tiene pocas trazas de haber cometido alguno de los crímenes. Me refería a los otros dos.

–¿A Sanz y a Vila? –ahora sí que no podía dar crédito a sus oídos. ¿Rodríguez, acusando a otros miembros de las fuerzas del orden?

–Ambos saben, o se les supone, más que nadie sobre asesinatos. Podrían hacer desaparecer pruebas u obtener información sobre cualquiera con muchísima facilidad. Pero el comisario tiene muy buena reputación en la costa y no se le conocen deslices ni puntos oscuros, tenemos conocidos comunes. Lo descartaría también.

–Así que nos queda Jaume.

–Jaume es el inspector Vila, ¿no? Ah, sí, ya lo veo... Lo tengo apuntado como sospechoso por cúmulo de coincidencias y oportunidades. Policía, actual novio de tu ex mujer, lleva las investigaciones personalmente y, el día que llamaste a Laura para contarle que habían matado a Tamara de los Santos, “volvía de por ahí”. Eso dice el mural.

–Porque vendría de trabajar.

–Eso tampoco lo sabes. Lo tengo apuntado para preguntar qué turnos tuvo ese día aunque, claro está, lo considero un sospechoso de segunda. Es inspector.

–Y eso es un rango.

–Lo es. No admito coñas en ese sentido.

–No pretendía ofender, Rodríguez...

–Continuemos. Laura estuvo contigo la tarde del tercer asesinato y eso os exculpa a ambos. Ahora entran en escena... –nuevo sonido de hoja de papel al deslizarse– Clara Vidal y Alberto Teixeira, los brasileños propietarios de un periódico de aquí. No sé si el periódico es bueno o malo porque lo que sí es malo es mi inglés.

–Prefiero no opinar sobre la calidad de la publicación por si al final trabajamos para ellos.

–De tener que elegir entre uno y otro me inclinaría por Teixeira, porque tiene cara de bruto y según tus anotaciones es una persona brusca y poco educada. Los psicópatas con los que me he encontrado en mi carrera no empatizaban con nadie y solían ser bordes.

–Si es por eso podría conocer a cientos de psicópatas en potencia...

–Ni te imaginas lo que hay por esos mundos, Farra. Pero, aunque Teixeira da más el perfil de asesino múltiple, Vidal tiene más cúmulo de coincidencias. Él te ha visitado dos veces en el hospital, ella también pero añade además mensajes por móvil y un encuentro en su propia casa que acabó contigo estampado en el techo de una cafetería.

–Pero de eso tuvieron la culpa mis vértigos sumados a un montón de pacharán del que, te recuerdo, tú pagaste la mitad.

–Mal vas si tratas de culparme por eso, yo llegué a casa sano y salvo. Pero claro, no todos los hombres tenemos el mismo aguante...

–No era una acusación, es más un recordatorio para que la próxima vez nos tomemos solo la mitad.

–Lo recordaré y después del primer pacharán solo te dejaré tomar refrescos. Alguien tiene que ser responsable de los que no conocen sus límites.

–Tocado y hundido. Pero nos estamos yendo por las ramas, Rodríguez. Decíamos que Clara y Teixeira entran también en la lista de sospechosos.

–Pero los metería también en segunda línea. Si lo que parece más evidente suele ser lo más probable, su relación con todo esto es más profesional que criminal. Van a abrir un nuevo periódico en Madrid y un reportaje sobre una ola de asesinatos en la costa mediterránea sería un buen reclamo para un lanzamiento. Tenlo presente cuando firmes el contrato con ellos: puede que no te quieran como detective sino como fuente de información de primera mano.

Saben que estás relacionado con las tres muertes.

–No es correcto del todo. Nadie que no sea la policía, salvo Laura, Tomás, tú y yo, sabe que en el Thailand Gardens hubo un asesinato.

–Y salvo el S.A.M.U., la familia de la víctima, los que limpiaron la sangre, el personal de seguridad del hotel...

–...Y el *Benidorm Sun* tiene chivatos en el complejo, dicho por ellos mismos. Tienes razón. Va a resultar que la señorita Vidal es más retorcida de lo que creía y pretende aprovecharse de mí para su nuevo negocio.

–Yo ya soy perro viejo, Farra, pero a ti todavía pueden engañarte si no andas con cuidado. Dime una cosa: ¿Vidal es atractiva?

–Mucho.

–Te van a engañar más veces de las que yo creía. ¡Jajajaja...!

–¿Podemos seguir? –preguntó Eduardo, molesto con su propia ingenuidad.

–Bueno, pues aquí llegamos a la candidata número uno: Irene González.

–¿Cómo? ¿Irene es la sospechosa principal? No me lo puedo creer...

–¿También es atractiva?

–Joder. Vale. Sigue, por favor...

–Lo tiene todo en su contra, no sé cómo la policía no la ha detenido aún. Puede que tengan alguna información que a nosotros nos falta, pero yo deduzco sobre lo que manejo en el collage.

–¿Y todo eso que tiene en su contra es...?

–Allá va: esta chica no parece tener relación con la muerte del hotel pero sí con las otras dos: el mendigo cerca de donde vive y la chica en su propia casa. Aunque no me cuadra que un asesino use dos armas tan diferentes, creo que ya te lo dije. Aquí tengo anotado que el crimen del hachazo debe ser pura coincidencia y nos está despistando. La víctima llevaba tu chubasquero, pero porque se refugió en el portal y tú estabas allí, esa es la coincidencia. Luego lo mataron a un par de calles de allí, ¿por qué no en el mismo portal? Si se hubiese metido en otro portal le habrían matado en el mismo sitio, solo se relaciona contigo por el chubasquero. Coincidencias que, insisto, no deben despistarnos. En el hotel y en casa de González usaron un cuchillo contra dos chicas jóvenes y atractivas. Esos son los factores comunes en los que debemos centrarnos.

–Con ese proceso lógico Irene solo tendría relación con el asesinato cometido en su propia casa, y estaba en la oficina con nosotros esa tarde.

–¡Ay, qué corta es la vista del profano! –exclamó Rodríguez al otro lado.

Suspiró y siguió hablando— ¿Estuvo con vosotros a mediodía?

—Pensaba invitar a comer a Laura y a ella ese día, pero tras el intento de robo de mi móvil que evitó Ciprian al final no lo hice.

—¿Ciprian? ¿Quién es Ciprian? —más hojas pasando delante y atrás.

—No lo incluí porque no tiene nada que ver en todo esto.

—Eso me gustaría decidirlo a mí, si no te importa. Me has dicho que te dé conclusiones y sin información no se concluyen las cosas. Dime quién es Ciprian.

—Es una especie de fuerza de choque al que le encargamos trabajos puntuales. Eslovaco, treinta años, casi metro noventa, todo músculos, seis meses en España, con pareja. Ha sido vigilante y portero de locales nocturnos. Suele ir armado con un cuchillo.

—¿Su chica es española o es también eslovaca?

—Su chico es español, decorador de interiores.

—Chico, has dicho.

—Sí.

—¿Y no te parece raro?

—¿Qué tenga novio? No, ya estamos en el siglo veinti...

—¡Qué coño siglo ni sigla! —le interrumpió Rodríguez— ¡Digo que si no te parece raro que conozcas a un hombre corpulento, que acostumbra a llevar un cuchillo encima, y hayas olvidado pegarle en el mural!

—Es que... no sé... me parece buena gente...

—Señor, qué cruz... —oyó murmurar al ex inspector— Olvidemos por ahora a Ciprian, ya lo tengo apuntado para investigar. Me decías que la señorita González no estuvo con vosotros durante la comida el día que mataron a su compañera de piso.

—Correcto. Se marchó a comer a las dos y volvió a las cuatro a trabajar. Luego se marchó a casa a las ocho y allí encontró a su amiga muerta.

—Dos horas son tiempo suficiente para matar a alguien en tu misma ciudad. Es difícil precisar la hora de la muerte de una persona sin contemplar un rango bastante amplio. Un cadáver tendrá el mismo aspecto a las dos que a las tres horas de haber sido asesinado. Pudo matarla a medio día y fingir encontrarla a las ocho y pico.

—Pero estaba muy afectada por lo ocurrido...

—Eduardo, por favor. Objetividad. A la oportunidad sumemos que es chantajista profesional y que su compañera asesinada también lo era.

¿Sabemos si la chica del hotel estaba metida de igual modo en el negocio de grabar casados?

–No, no sé más de la primera víctima que lo que te puse en su ficha. Podría ser. Y, si fuese así... ¡eso querría decir que grabaron a alguien que prefirió matarlas antes que ceder al chantaje!

–O que se mataron entre ellas para quitar competencia en su negocio. No descartes nada.

Eduardo quedó en silencio unos instantes, dándole vueltas a todo en su cabeza.

–Rodríguez, me alegro muchísimo de contar contigo para que nos eches una mano con esto, de verdad. Tienes una experiencia impresionante y un cerebro privilegiado, y eso se nota por la forma en que adviertes cosas que, al menos a mí, me pasan desapercibidas.

–Gracias, solo cumplo mi deber. Lo que era mi deber, vamos.

–Pero me dan escalofríos todas las posibilidades que vas dando. Creo que, desde hoy y hasta que se resuelva esto, voy a tener miedo de quedarme a solas con cualquiera de las personas que figuran en el mural...

–Esa es la forma más segura de vivir: no te fíes de nadie, nunca.

–No creo que alcance jamás tanto nivel de seguridad. Por cierto, sobre lo de los chantajes... te agradecería que lo mantuvieses en secreto. Irene no volverá a hacerlo, ahora trabaja para nosotros y me gustaría que siguiera haciéndolo en el futuro. Si no es la asesina, pos supuesto, pero estoy casi seguro de que no lo es. Laura no sabe nada y tardaría medio segundo en despedirla si se entera de sus chanchullos en las redes sociales. Esa parte de su pasado reciente solo la conocemos nosotros dos y Tomás.

–Que es el último sospechoso que nos queda en la lista.

–¿También Tomás? Pero si tampoco lo incluí en el mural...

–Lo incluí yo por mi cuenta cuando vi que aparecía en la ficha de Irene y me comentaste que sería él el que me ayudaría a buscar información complementaria. Fue él el que descubrió la ubicación del piso de Valencia, tal como dice aquí. ¿Dónde se encontraba este chico cuando se cometieron los asesinatos?

–En Madrid.

–¿Y tú?

–En Alicante, Valencia... depende.

–¿Y sabes que Tomás estaba en Madrid porque...?

–...Porque me lo dijo él, claro. Estaba aquí, en la agencia. ¿Dónde iba a estar?

–Pues podría estar donde quisiera.

–Un momento.

Eduardo abrió el Whatsapp y miró los últimos mensajes de Tomás el día en que asesinaron a Tamara de los Santos:

Hola, jefe, lo más seguro es que esta tarde no venga a trabajar porque tengo un poco de fiebre, no sé si he pillado gripe – 13:30 h.

He redirigido el fijo para que si alguien llama a la ofi pase a mi móvil y así los atiendo esté donde esté – 13:31 h.

Debía estar volviéndose paranoico. Rodríguez le estaba volviendo paranoico. ¿Tomás, un psicópata? Estuvo casi un mes viviendo en su casa y durante ese tiempo no solo no notó nada raro sino que confirmó que era una persona extrovertida, noble y generosa. El policía jubilado sospechaba de todo el mundo pero él no podía hacer lo mismo.

–He comprobado que sí estuvo aquí esos dos días, atendiendo a unos clientes –mintió al volver a hablar con Rodríguez.

–Muy bien, pues un sospechoso menos. Y me alegro, porque debo pedirle que me consiga un poco de información y sería incómodo si el chaval estuviese en la lista de posibles asesinos.

–¿Le vas a llamar ahora?

–Como en media hora o así. Meriendo, ordeno los apuntes y le llamo.

–Muy bien, yo me subo otra vez a la oficina. Gracias de nuevo por tu inestimable ayuda, Rodríguez.

–No hay de qué, es un placer hacer lo que a uno le gusta. ¡Ah, por cierto, esto es importante! No olvides que el asesino también puede ser alguien que no esté puesto en este mural. Si vas recordando cosas o conociendo gente nueva que pudiera guardar alguna relación me envías información, ¿vale? Estamos en contacto, Farra.

–No lo dudes, amigo. Hasta pronto.

Unos minutos más tarde Eduardo entraba por la puerta de la agencia.

–Creí que te habías ido del todo sin avisar, jefe –dijo Tomás al verle aparecer.

–Rodríguez habla mucho y me ha liado, no había manera de que callara – contestó sonriendo mientras golpeaba el móvil con su dedo índice–. Ha dicho que te llamará al fijo dentro de media hora y te contará lo que tienes que

buscarle.

–Estupendo. Tienes una visita esperándote en la sala de reuniones.

–¿Una visita? No he visto subir a nadie... ah, bueno, habrá subido en ascensor. ¿Quién es?

–Se llama Manuel Pozas –dijo Tomás mirando un pósit pegado en el borde de su monitor–, ha dicho que quiere hablar contigo.

–No me suena de nada. Un posible nuevo cliente, tal vez, luego te cuento.

Cruzó el local hacia la sala del fondo. Antes de llegar vio dentro a un hombre de unos cincuenta y tantos años, de calva muy avanzada, sentado en una de las sillas. Tenía los ojos hundidos, la espalda encorvada y una profunda expresión de abatimiento en el rostro. Cuando Eduardo entró por la puerta se puso en pie y le tendió la mano para estrechársela.

–Buenas tardes, señor Pozas, ¿en qué puedo ayudarle?

–Llámeme Manuel, por favor. Soy el padre de Esther, la chica que mataron en el Thailand Gardens.

23 – Manuel

–Perdone que le pregunte esto, Manuel, pero tengo que saberlo antes de seguir esta conversación: ¿le ha dado mi nombre la policía?

Eduardo estaba desorientado. Oficialmente nunca había habido un asesinato en el resort y, oficialmente también, él había sufrido el desplome de parte del techo del bungalow mientras se hospedaba allí. Aunque el padre de la víctima debía saber que sí hubo un crimen no tendría por qué saber si hubo un testigo y, menos aún, quién sería ese testigo y dónde encontrarle.

–La policía no me ha dicho nada de nada, nunca. Esa es la razón por la que haya venido a verle, señor Farra.

–Llámemme Eduardo. A ver si lo entiendo: la policía no le ha dado mi nombre pero ha venido a verme hasta Madrid desde Alicante. Porque usted vive en Alicante, ¿me equivoco?

–No se equivoca. Vivo en Alicante, donde soy taxista desde hace más de treinta años. Tengo muchos amigos en el gremio que también son o han sido conductores de ambulancia. Hablando con unos y otros acabas sabiéndolo casi todo. He tardado mucho pero terminé por enterarme de que fue usted quien cayó por accidente sobre la cama donde habían matado a mi hija...

Al decir esto aquel hombre se encogió como si hubiese recibido un puñetazo en el pecho y las lágrimas comenzaron a aflorar a sus ojos. Eduardo abrió una botella de agua mineral de las que siempre tenían sobre la mesa de reuniones y se la ofreció.

–Gracias –continuó diciendo Manuel–. Un padre no se repone en la vida tras algo como esto y solo han pasado unas semanas. ¿Es usted padre?

–Sí, tengo una hija de dos años. Pero aunque le diga que sí no puedo llegar a imaginar el dolor por el que debe estar pasando.

–Te come por dentro, te vacía, te deja roto para siempre. Te aleja de los que te quieren como si todo el mundo tuviera la culpa y no dejas de preguntarte por qué a ella...

–Siéntese, Manuel –dijo Eduardo señalando la silla, en un intento de parar los pensamientos autodestructivos de aquel padre, y sentándose frente a él–. Sí, fui yo quien entró por accidente en aquel bungalow. Le juro que lamento no haber caído allí antes, tal vez hubiese podido ayudar a su hija de alguna forma.

–¿Puede contarme cómo fue, por favor?

Eduardo no pudo negarse. Con el máximo detalle que le fue posible le contó a Manuel todo lo que recordaba de aquella tarde. Al terminar un denso silencio se apoderó de la estancia. Fue Manuel quien lo rompió con voz trémula:

–Mi hija era muy buena persona. No lo digo porque sea su padre, es que es verdad. Muy buena con todo el mundo, siempre dispuesta a ayudar en casa, trabajadora, estudiosa, responsable... No sacaba las mejores notas del mundo pero nunca suspendió ninguna asignatura, y eso es un orgullo para un padre como yo, que ni siquiera terminé la obligatoria. Nuestra hija lo era todo para su madre y para mí. Cuando la enterramos fue como si también nos enterraran a nosotros en vida.

–Piense solo en los buenos recuerdos que tiene de ella, Manuel –dijo Eduardo en un intento de animarle. No se le daba bien reconfortar a la gente. Se sentía fatal cuando los demás a su alrededor no estaban bien y eso le solía dejar sin palabras. Si decirle a un marido que su esposa le era infiel ya le costaba un mundo, tratar de levantar la moral de un padre que ha perdido una hija era para él misión imposible.

–La policía vino a casa dos veces, ¿sabe? La primera vez para decirnos que la habían matado. Fueron muy amables y se preocuparon mucho por nosotros, sobre todo el psicólogo que venía con ellos. Se lo agradezco muchísimo porque nos ayudó a pasar el mal trago. Cuando vinieron la segunda vez creí que iban a decirnos que ya habían atrapado al asesino, pero no fue así. Traían una orden judicial, registraron la habitación de nuestra Esther y se llevaron su ordenador. Iban a investigarlo para ver si nuestra hija había chantajeado a gente por Internet. ¿Se lo puede creer? ¡Mi hija! Pasó de ser la víctima a ser una criminal.

–No se altere, Manuel, eso tiene explicación...

Eduardo le contó también lo del asesinato de Tamara de los Santos y que la policía barajaba la posibilidad de que, tal como ellos habían pensado en algún momento, aquel crimen estuviese relacionado con el chantaje que la chica hacía a hombres casados.

–Hay demasiadas coincidencias entre ambos homicidios, Manuel. Es normal que investiguen todo lo que pueda resultar sospechoso o tenga pinta de ser la causa.

–Sé –contestó el taxista sin dejar espacio a dudas– que mi hija nunca haría algo así. Como sé que la llevaron al hotel en contra de su voluntad.

–Comprendo que confíe al cien por cien en la decencia de su hija, Manuel, pero ella era ya una mujer adulta y no tenía por qué contarle a nadie, y discúlpeme la franqueza, dónde y cuándo tenía sus encuentros íntimos. Y la policía creará que se vio con alguno de los chantajeados o puede que con intención de chantajear a alguien allí mismo. Que no digo que lo hiciera, ¿eh?, solo que es lo que debe pensar la policía...

–Le digo que mi hija nunca hubiese ido a un hotel con un hombre casado, si es eso lo que piensan usted y la policía. Sé que la llevaron allí a la fuerza porque Esther nunca hubiera ido a un hotel con un hombre, hace años nos confesó a su madre y a mí que le gustaban las mujeres.

Eduardo se quedó callado unos segundos, asimilando la información.

–¿Se lo ha dicho a la policía?

–La policía sabe todo lo que puede saber por nuestra parte, señor Farra. Perdona, Eduardo. Hemos colaborado al máximo desde el primer momento. Pero ha pasado más de un mes y cuando llamo para preguntar solo me dicen que “nos informarán cuando puedan hacerlo”, que estas cosas son lentas. Y yo creo que cuanto más tiempo pasa más lejos están de la verdad, si es que se han acercado. Entre nosotros, Eduardo, creo que no saben por dónde andan y que nunca sabrán quién lo hizo.

–No pierda la esperanza, hombre, aún es pronto...

–Desde que nació mi hija lo único que hice en mi vida fue trabajar para que no le faltase de nada. Las cosas no han sido fáciles, pero me dejé los cuernos trabajando día y noche y nos privamos de todas las comodidades para que estudiase en los mejores colegios que podíamos pagar y para que nunca le faltase el dinero para estudiar una carrera universitaria. Ahora me la han quitado, Eduardo. Me han quitado a mi hija para siempre, y ya solo me queda un objetivo en esta vida –Manuel introdujo su mano en el bolsillo interior de su abrigo y sacó un revólver–: meterle dos tiros en la cabeza al hijoputa que la mató.

–¡Joder, guarde eso, Manuel! –exclamó Eduardo alarmado, poniéndose en pie– Guárdelo, por favor, y sigamos hablando, ¿vale?

–Ya le he dicho que no es para usted –respondió Manuel guardando de nuevo el arma mientras comenzaba a llorar de nuevo–. ¿Me ayudará a encontrar a ese cabrón? Se lo suplico...

–Pero, buen hombre, ¿cómo piensa que puedo ayudarle? ¡Si ya le he contado todo lo que sé! Y, aunque le ayudase, ¿de verdad cree que le dejaría

delante del posible culpable para que le descerrajara dos balazos? ¡Entiendo su ánimo de venganza de padre, pero entiéndame usted a mí!

–Solo le pido que lo encuentre, solo eso. Si se lo quiere entregar a la policía hágalo, yo no le pediré que me lo dé a mí. Quiero que se haga justicia. Si lo encuentro yo antes le mataré, pero no le pondré en un compromiso a usted.

–Joder, Manuel... ¡si es que no sé qué decirle! No sabría por dónde empezar a buscar. Tengo un amigo que es experto en estas cosas, y cuando le digo experto es porque lo es, y no tiene tampoco una idea clara de quién puede ser el asesino. Imagínese yo, que me dedico a casos de infidelidad entre parejas...

–Le contrato.

–¿Cómo?

–Que le contrato. Pídame lo que quiera, se lo daré. Usted es la persona que más cerca ha estado de mi hija cuando la mataron, y es detective, no hay nadie más en el mundo que pueda ayudarme si no es usted.

–Manuel, no sé nada de investigar asesinatos, en serio... Y contratar los servicios de una agencia de detectives privados es caro, muy caro. No sabemos cuánto tiempo podríamos estar con esto, suponiendo que algún día llegásemos a algún sitio, ¿sabe usted cuánto costaría eso?

–Pediré un préstamo en el banco, hipotecaré mi casa, lo que haga falta. ¡Les haré de chófer! Les llevaré donde quieran, cuando quieran, sin preguntar y sin cobrar, nunca, aunque sea a dos mil kilómetros. Tendrán un chófer en la puerta para lo que necesiten, sin rechistar, y aparte de eso les pagaré lo que me pidan para que encuentren al asesino de mi hija. Se lo imploro, Eduardo, me pongo de rodillas si hace falta... –dijo Manuel dejándose caer de la silla hacia el suelo.

–¡Levántese, hombre!

Eduardo tardó mucho en tranquilizar a Manuel y conseguir que le escuchase. Aquel hombre estaba desesperado, obsesionado con que el culpable pagase por lo que había hecho a cualquier precio, pero tenía que aceptar las cosas como eran y tratar de ser sensato. LyE solo era una agencia de detectives privados que se dedicaba a hacer fotos de parejas infieles, Eduardo no sabía más de lo que había dicho y las oportunidades de conseguir algo donde la policía estaba estancada eran ridículas. Tal vez algún desalmado sin escrúpulos se habría aprovechado de la situación y hecho de oro a costa de

arruinar para siempre a aquel pobre taxista, pero no era el caso de Eduardo. Sacaba partido de las circunstancias siempre que podía pero tenía sus límites, y un padre lloroso era un límite intraspasable. También le gustaría saber quién podía ser el asesino, para eso le había entregado toda la información a Rodríguez, pero una cosa era dejar que un jubilado fuese sacando conclusiones en sus ratos libres y otra poner a toda la agencia a trabajar en un ámbito que no era el suyo.

Tras casi una hora de hablar sin cesar y de ofrecerle dos tilas consiguió convencerle de que lo mejor que podía hacer era regresar a Alicante con su esposa y esperar a ver qué encontraba la policía. Se quedó con su teléfono y le juró que, si en algún instante sabía algo nuevo, sería el primero en saberlo. Con esta promesa y un fuerte apretón de manos el padre de Esther Pozas abandonó las oficinas con el mismo encorvamiento de tristeza que había traído pero algo más desahogado.

–No sabía si entrar a la sala o no, os he visto muy alterados en algunos momentos –dijo Tomás cuando el visitante se hubo marchado–. ¿Todo bien?

Eduardo iba a contestar cuando sintió vibrar el bolsillo derecho de su pantalón. Antes de entrar a la sala de reuniones había puesto el móvil en silencio por educación y lo había notado moverse un par de veces. Lo sacó mientras le hacía un gesto a Tomás de que esperase un momento.

–Debe ser la jefa, ha llamado antes para preguntarme si estabas ocupado –respondió el joven mientras Eduardo contestaba a la llamada.

–Dime, chiqui.

–Hola, Edu, ¿tienes un momento?

–Sí, claro, ¿qué ocurre?

–Nada importante, es que me ha llamado tu amiga la rubia y quería pedirte tu opinión.

Eduardo tardó unos segundos en identificar a la persona a la que se refería su socia.

–¿Clara Vidal?

–Sí, la rubia.

–¿Te ha llamado a ti?

–Me ha dicho que los asuntos de negocios se tratan mejor entre mujeres. ¿Esta tía no te había llevado ya a su casa para engatusarte?

–Ya te lo contó su amigo en el hospital, era una reunión de trabajo.

–Sí, si es lo mismo que ha estado hablando conmigo. Teixeira y ella siguen

queriendo que trabajemos para el nuevo periódico. ¿Tú cómo lo ves?

–Lo que digas tú, chiqui. Sé que Clara no te cae bien.

–Me cae como el culo, hay algo en ella que no soporto. No sé si es su aire de sabelotodo, su pinta de modelo de pasarela, que es una creída, o todo junto. Pero estoy hablando de negocios, no de amistad. ¿Tú qué piensas sobre eso?

–No sé, Rodríguez me dijo que tuviera cuidado por si lo que querían era solo tirarme de la lengua por lo del Thailand Gardens, y todo es posible.

–Vaya, eso también lo ha mencionado la rubia.

–¿El Thailand?

–No, me ha dicho que la oferta es sincera y que no esconde nada. Que no es un truco para enterarse de cosas y que si quisiéramos contarlas ellos pagarían lo que correspondiese.

–Si eso es verdad entonces podría pensármelo. Pero te devuelvo la pregunta: ¿qué te parece a ti?

–Pues no sé... Ahora mismo tenemos trabajo en Valencia pero ya sabes que va flojeando poco a poco. La crisis no ayuda mucho, las cosas como son. Si trabajáramos para el *Madrid Sun* obtendríamos unos ingresos que nos vendrían genial y si la cosa fuese bien los doblaríamos cuando reconvirtiesen la edición de Benidorm. Aunque la rubia sea insoportable, y su amigo el moreno sea de lo más maleducado que he visto nunca, el dinero es el dinero.

–¿Te han hecho alguna oferta?

–Nos han invitado a una fiesta benéfica este sábado, aquí, en Valencia, para que hablemos del asunto y presentarnos a su socio capitalista. A la fiesta va a ir lo más escogidito de la costa. Aunque no cerremos acuerdo con los brasileños es posible que podamos entregar algunas tarjetas de visita. ¿Te viene bien volver el fin de semana?

–Creo que sí, luego miro la agenda con Tomás y si hay algún problema te lo digo, pero estoy casi seguro de que no tengo nada. Además, hace mucho que tú y yo no vamos como pareja a una fiesta, ¿eh?

–No te hagas ilusiones. Vidal me ha ofrecido seis invitaciones y voy a aprovecharlas para hacer piña con la gente de la agencia. Me gustaría que viniese Jaume, que libra ese día, y también se vendrán Irene y Ciprian. El novio de Ciprian va invitado por otro lado así que tenemos una invitación libre. Si te traes a Tomás aprovechamos para que se conozcan todos.

–Me parece bien, ahora se lo digo por si acaso pero cuenta con que sí querrá venirse. Seguimos hablando hasta que llegue el sábado, ¿vale?

–Hablamos, un beso.

–Besos.

Eduardo apagó su móvil y se volvió hacia Tomás, que estaba de pie tras él, casi pegado a su espalda.

–Supongo que a esta distancia lo habrás oído todo, ¿verdad? –preguntó Eduardo, resignado.

–¡Pues claro que me voy contigo a Valencia! –respondió el pelirrojo con una enorme sonrisa en la cara– Qué ganitas tengo de conocer en persona a mi nueva compañera...

24 – La recepción

Llegaron a la entrada de la finca con la hora muy justa. La aplicación GPS del móvil se había hecho un lío al abandonar la A-3 pasado Buñol y habían estado dando vueltas entre urbanizaciones durante más de veinte minutos.

La recepción benéfica comenzaba a las ocho de la tarde, eran las ocho menos cinco y aún tenían que cruzar la extensa finca de naranjos hasta la entrada principal. Tomás no dejaba de enviar mensajes a Laura comunicando su posición y calculando el tiempo restante. Laura no dejaba de repetir que ya sabía que eso iba a pasar, que se lo había dicho a Eduardo, que debían haber salido antes de Madrid y que hay que ser más serios en la vida.

Por fin detuvieron el vehículo ante la puerta de la enorme y blanquísima masía valenciana. Uno de los aparcacoches montó cuando ellos se bajaron mientras el de delante ya se marchaba con una lujosa limusina. Eduardo hizo un gesto que sonaba a “lo siento, te ha tocado el peor” al chaval que retiraba su pequeño utilitario, cruzaron a toda prisa el portón flanqueado por antorchas de diseño y llegaron al patio interior donde esperaban sus compañeros de la agencia.

Laura fue la primera en adelantarse hacia ellos, levantando y sujetando por los lados su largo vestido de color malva para poder dar zancadas más largas. Aunque los tacones retumbaron amenazantes sobre los adoquines del patio y la expresión contenida de su rostro no presagiaba nada cordial Eduardo pensó que su ex seguía siendo una mujer muy guapa. Anchita de caderas, con poco pecho, tirando a bajita, con un carácter de mil demonios cuando la llevaban la contraria, de acuerdo, pero una mujer preciosa por dentro y por fuera de la que estuvo muy enamorado y que seguiría enamorando hombres en el futuro.

–¡Somos los últimos en entrar! ¡Ya os vale, Edu, qué vergüenza voy a pasar! ¿Es que no sabes que a los últimos los mira todo el mundo? ¡Habéis tenido todo el día para venir y tenéis que llegar con la hora pegada al culo!

–Hola, chiqui, yo también me alegro de que hayáis llegado bien – respondió Eduardo sonriente.

–Que te den. Venga, vamos dentro, nos terminamos de saludar por el camino –contestó Laura girando sobre sí misma e indicando a todos que la siguiesen con un movimiento de cabeza.

–¡Hola, Eduardo! –dijo Irene cuando llegaron donde les esperaba el resto.

Le obsequió con un sonoro beso en la mejilla y a continuación le limpió la marca de carmín con los dedos. La velocidad de crucero a la que les obligaba Laura no le permitía a Eduardo detenerse para observar a la joven y deleitarse tal como merecía, pero sí concluyó que aquel vestido negro ajustadísimo con pequeños detalles de plata y amplísimo escote era lo único que faltaba para dejar sin aliento a los que la mirasen.

–Hola, Irene, te sienta muy bien el pelo así... –contestó él, señalando el peinado ondulado y recogido a un lado con que se había adornado la joven para la ocasión. Pero Irene ya había dejado de prestarle atención y se había vuelto hacia el otro lado.

–Tú eres Tomás, ¿verdad? –le preguntó al pelirrojo, que no dejaba de mirarla arriba y abajo como si lo que hubiese ante sus ojos no fuese una mujer sino un yo-yo– ¡Eres muy mono! –añadió, deteniéndose y haciendo que el joven se parase también.

–¡Pues tú eres aún más guapa que en la webcam! –contestó el pelirrojo con una sonrisa enorme– ¿Sabes que te tengo de fondo de escritorio?

–Joder, qué vergüenza... –respondió Irene, sonrojándose por un momento– ¡Bueno, ya tengo poco que esconderte! –agregó, y ambos empezaron a reírse al tiempo que se daban dos besos.

Eduardo se había quedado con el dedo señalando al vacío, sin saber si detenerse también o continuar para no avivar las iras de Laura. Jaume le sacó del apuro:

–Buenas. Llevas torcida la pajarita.

–Ah, gracias... –respondió Eduardo colocando el cuello de su camisa– ¿Qué tal todo?

–Luego te cuento, no nos quedemos atrás.

Se encontraron con los dueños del *Benidorm Sun* en el gran salón donde ya habían empezado a servir el catering. Cruzaron saludos mientras un camarero les ofrecía unas copas de vino blanco y otro una bandeja de canapés.

–Colita de langostino sobre cama de queso y oliva con mahonesa de cítricos –recitó el joven al tiempo que Jaume cogía uno de ellos.

–Vaya nombre *mais* largo para una *coisa* tan pequeña –contestó Alberto Teixeira mirando la bandeja con desdén.

–Alberto, por favor... –le recriminó Clara Vidal en voz baja, y luego se volvió hacia Laura y Eduardo– Nos alegramos de que hayáis venido. A nuestro socio le gusta mucho la idea de contar con reportajes de investigación para el

nuevo periódico y está deseando conocerlos. Si me permitís voy a buscarlo.

–Por supuesto, aquí te esperamos –respondió Laura mientras la reportera rubia se perdía entre gente ataviada con vestidos de noche y chaqués.

Se hizo el silencio en el grupo.

–¿Vuestro socio es alguien conocido en Valencia? –preguntó Laura a Teixeira en un intento de romper el hielo.

–Hay personas que lo conocen y personas que no –fue la breve respuesta del aludido, sin ni siquiera mirar a Laura. A continuación bebió de un trago el vino que le quedaba en la copa y alargó el brazo para coger otra de la bandeja de un camarero que pasaba cerca.

Eduardo miró a Laura y se encogió de hombros. Su socia tenía mirada de querer darle un puñetazo en los dientes al brasileño. En ese momento llegaron Ciprian y Daniel, ambos vestidos con esmoquin gris marengo. El diseñador los saludó con efusividad.

–¡Laura, guapísima! ¡Dame dos besos!

–¡Hemos tardado en encontrar! –añadió Ciprian apretando la mano de Eduardo con fuerza.

Mientras Laura, Jaume y los dos gigantes hablaban de lo bien que le quedaba a cada cual la ropa que llevaba puesta Eduardo echó un vistazo a la sala.

Teixeira seguía ignorándolos, centrada su atención en las bandejas que iban y venían. Un poco más allá Irene y Tomás charlaban animados como si se conociesen de toda la vida. Eduardo sintió algo de celos por la complicidad que se había creado entre ellos en tan brevísimo tiempo, pero era lógica entre dos jóvenes que tenían más o menos la misma edad y trabajaban en la misma empresa.

Forzándose a no olvidar las pautas que había ido imponiéndose en los últimos años, durante su transformación de oficinista en detective privado, comenzó a repasar una por una las caras de los demás hombres y mujeres que tenía más próximos. Salvo contadas excepciones, que debían ser invitados como ellos, se adivinaba que la mayor parte de aquella gente se movía en entornos de poder o, por lo menos, de alto poder adquisitivo. Ignoraba lo que podía haber costado cada invitación para aquel evento y prefería seguir sin saberlo. No dudaba –o no debía dudar– de que lo recaudado iría a parar a algún objetivo solidario digno de alabanza, pero sí dudaba de que aquellas personas no pudiesen hacer más por ese objetivo que acudir a un par de fiestas

benéficas cada año.

Su mirada se cruzó con la de otro hombre que también le estaba mirando unos metros más allá. Se conocían de algo, estaba seguro, y la expresión del otro indicaba que también trataba de recordar de qué. Ambos cayeron en la cuenta al mismo tiempo. “¡Coño, es Valverde!”, pensó. Reconocer políticos a los que solo había visto medio desnudos junto a una jovencita se estaba convirtiendo en una actividad demasiado frecuente. Por su parte, Alfredo Valverde había sacado su móvil sin apartar la mirada y daba instrucciones a toda prisa. Eduardo miró a su alrededor esperando ver aparecer a algún guardaespaldas en su busca –lo que también iba siendo costumbre– pero no advirtió ningún movimiento inusual en la gran sala ni vio entrar a nadie por las puertas. De todas formas ese día contaba con la presencia de Ciprian en caso de que alguien intentase pasarse de la raya. El político guardó el móvil y continuó conversando con sus acompañantes.

Clara Vidal regresó del brazo de un hombre que rondaría los sesenta años y una atractiva mujer en torno a los treinta, e hizo las presentaciones.

–Laura, Eduardo, os presento a los señores de Benavides. Lola, Juanjo, os presento a los detectives de los que os había hablado.

Durante la siguiente hora la conversación entre Clara, Teixeira, Laura, Eduardo y Juan José Benavides se centró en el asunto que les atañía a todos. El nuevo socio de los periodistas era, además de un próspero hombre de negocios que había hecho fortuna comprando y vendiendo inmuebles en el pasado, propietario de varias naves industriales en distintas capitales del país. Una de ellas iba a ser la que albergaría las instalaciones y rotativas del futuro periódico *Madrid Sun* ahora que había puesto el ojo en la prensa como nueva plataforma de inversión.

Su joven esposa había optado por disculpar su escaso interés en el mundo de los negocios, abandonado el grupo y estaba hablando con Jaume, del que no se había separado ni un segundo.

Eduardo seguía mirando de reojo a su alrededor. No había que ser un lince para darse cuenta de que Lola Benavides se sentía muy atraída por el inspector y que estaba flirteando con él. No sabía si el empresario lo estaba advirtiendo o ignorando pero sí sabía que, si Laura no hubiese estado tan centrada en los pormenores de la lucrativa colaboración que les estaban ofreciendo, habría terminado la negociación enseguida y habría puesto de vuelta y media a la señora Benavides delante de toda la concurrencia.

Tomás e Irene seguían a lo suyo, riendo sin parar y con evidentes signos de caerse muy bien. Daniel y Ciprian se habían alejado un poco más para saludar al dueño de una galería de arte y conversaban con él. Viendo al eslovaco vestido de gala y sujetando con tanto estilo la copa de vino parecía casi imposible recordarle poniendo un cuchillo sobre la cara de un ladrón de móviles.

Tras haber expuesto su oferta, que en líneas generales consistía en que el futuro periódico contrataría los servicios de *LyE* para llevar a cabo determinadas investigaciones sobre temas de actualidad con las que nutrir a la publicación de reportajes atrayentes, los señores de Benavides y los dueños del *Benidorm Sun* se despidieron de Laura y Eduardo para poder atender a otras personas presentes en la fiesta.

–Prometedme que lo pensaréis y nos daréis una respuesta cuanto antes – dijo Clara Vidal mientras besaba a Eduardo en la mejilla pero tan, tan cerca de la comisura de los labios que dejaba la sensación de haberlo hecho en la boca.

–Lo pensaremos –contestó Laura dando la mano con desgana a Alberto Teixeira.

–¿Nos vamos, querida? –preguntó Benavides a su esposa, que reía con su mano apoyada sobre el hombro de Jaume. La mujer mudó la expresión como si le hubiesen echado un cubo de agua por encima, le susurró algo al oído al inspector y se despidió de él con dos besos lentos y pausados. Eduardo creyó notar durante un instante un ligero rubor en las mejillas del novio de Laura. Por suerte ella estaba aún de espaldas, despidiéndose del empresario.

Una hora más tarde todos los miembros de la agencia de detectives se encontraban en la entrada principal de la masía. La luna llena se reflejaba en el agua de la gran balsa situada frente al edificio y la noche era muy agradable pese a estar en los últimos días del año, pero estaban cansados de hablar con personas con las que tenían tan poco en común. Los aparcacoches ya habían traído los vehículos y entregado las llaves a sus propietarios.

–Hoy te he hecho muy poco caso, cariño... –le dijo Laura a Jaume con carita de pena.

–No pasa nada –respondió el inspector–. Los negocios son los negocios.

Laura se pegó al cuello de su pareja y le susurró al oído:

–Te lo compensaré. Cuando lleguemos a casa nos metemos en la ducha y hacemos eso que tanto nos gusta, ¿te apetece?

–¿Qué hacemos aquí todavía? –contestó Jaume.

–Edu, mañana te espero a las once para pasear a la peque, no lo olvides – le recordó Laura a su ex. Cruzaron besos y apretones de manos con el resto, montaron en su coche y se marcharon.

–¿Cómo nos repartimos? –preguntó Eduardo.

–Daniel y Ciprian nos acercan a Tomás y a mí a la ciudad –respondió Irene–. Voy a enseñarle la noche valenciana a mi compañero de curro.

–No te importa, ¿verdad, jefe? –dijo el pelirrojo– Mañana por la tarde me volveré en AVE a Madrid y ya está.

–Entonces, ¿no vas a dormir hoy en el hotel? –preguntó Eduardo.

Tomás miró a Irene, trasladándole la pregunta en silencio.

–Lo más seguro es que se quede a dormir en mi casa –respondió la joven con naturalidad. Tomás, por su parte, disimuló muy mal su alegría al escucharlo.

–De acuerdo, pasadlo bien –suspiró Eduardo dándole dos besos a su empleada.

–Tú cuidas mucho, ¿sí? –dijo Ciprian dándole un breve abrazo.

Las dos parejas subieron a su vehículo y desaparecieron entre las hileras de naranjos. Eduardo se quedó solo en la entrada, donde no había nadie más que los dos aparcacoches que miraban sus respectivos teléfonos móviles y un vigilante jurado que no le prestaba atención. No eran ni las once de la noche. Demasiado pronto para irse al hotel. ¿Seguiría Clara Vidal en la fiesta? No la había vuelto a ver desde hacía bastante tiempo pero puede que continuase allí. Recordó el vestido color crema con raja lateral abierta hasta casi la cintura que llevaba puesto la periodista y no tuvo que pensar más: entraría a buscarla y trataría de terminar la noche tomando algo con ella. O lo que fuese. Le dio de nuevo las llaves del coche a uno de los dos jóvenes, le pidió perdón por el cambio de idea y caminó hacia el interior.

Al llegar al patio adoquinado le alcanzó casi corriendo un hombrecillo bajito con traje claro que llevaba un maletín metálico en una mano.

–¿Señor Eduardo Farra? –preguntó medio sofocado.

–¿Sí? –respondió Eduardo, deteniéndose sorprendido y mirando al recién llegado. Por la forma de vestir no era uno de los invitados a la recepción, y por las prisas estaba claro que había venido expresamente hasta aquella finca a buscarle a él.

–Soy el abogado personal del señor Valverde –continuó el hombre bajito,

recuperando el resuello— ¿Podemos hablar un momento en privado?

Eduardo miró a su alrededor unos instantes.

—Claro, dígame.

—Aquí no. Sígame, por favor —contestó el abogado, echando a andar con pequeños y rápidos pasitos en dirección a una puerta del lado oeste del patio.

Eduardo le siguió intrigado. Aquel hombre sacó una llave de enorme tamaño del bolsillo de su chaqueta, la introdujo en la cerradura, la giró y empujó la gruesa hoja de roble, que se abrió con un suave chirrido de goznes. Un soplo de aire frío golpeó a Eduardo en el rostro. El hombrecillo se adentró sin reparos en la oscuridad para buscar el cuadro de luces tras la puerta. Eduardo se preguntó si aquella masía sería propiedad de Alfredo Valverde. Y, si no lo era, su abogado estaba acostumbrado a moverse por ella con soltura.

Sonó un *clac* y montones de bombillas —tal vez más viejas que la puerta— se fueron encendiendo una tras otra. Aquella estancia era una bodega centenaria. Barriles de madera tan grandes como una persona se alineaban en dos alturas durante decenas de metros, dejando un único pasillo central que terminaba en una mesa rodeada de sillas sobre la que había un botellero y varios vasos. El abogado fue hasta allí, dejó el maletín sobre la mesa y se volvió hacia Eduardo, que seguía aún en la puerta.

—Venga aquí, por favor.

Eduardo miró la bodega y luego de nuevo el patio. Tras los sustos de las últimas semanas ya no se fiaba. No parecía que hubiese nadie más por allí escondido. El hombrecillo podría llevar un puñal o una pistola encima, o en el mismo maletín, pero no parecía probable. El sonido de un disparo a solo unos metros de un vigilante de seguridad y de una fiesta abarrotada llamaría demasiado la atención. Y, si aquel individuo sacaba un cuchillo, estaba seguro de correr más rápido que él. Con estas conclusiones presentes recorrió el pasillo entre las viejas barricas de roble.

—Antes de nada: ¿le ha dado usted las fotos del señor Valverde a alguien?

—preguntó el abogado cuando llegó a la mesa de cata.

—Ya me imaginaba que preguntaría algo así —respondió Eduardo—. No, no se las he dado a nadie. Pero la mujer del señor Valverde sabe bien lo que su marido estaba haciendo allí, lo vio con sus propios ojos.

—La señora Valverde no es un problema —dijo el hombrecillo, abriendo el maletín y mostrando unas hojas de papel bajo las que se adivinaban varios fajos de billetes de diversos colores—. Aquí hay cincuenta mil euros. Estoy

autorizado a entregárselos si me firma este acuerdo.

Sacó una pluma estilográfica del bolsillo de su camisa y se la tendió junto con los papeles. Eduardo, extrañado, comenzó a leer.

–Léalo si quiere, se lo resumo: mediante la presente usted se compromete a que jamás entregará, ni usted ni nadie contratado por usted, directa o indirectamente, ninguna fotografía del señor Valverde a terceras personas sin su consentimiento explícito. En caso de romper este acuerdo usted deberá indemnizar al afectado con la suma que figura en el documento.

–Sí, ya lo veo... ¿Sabe que no voy a ganar esta cantidad, la de la supuesta indemnización, en toda mi vida?

–Esa es la idea. Usted firma el documento, destruye todas las fotos del señor Valverde y no vuelve a hacerle más de aquí en adelante. ¿Le parece bien?

–El acuerdo parece justo –respondió Eduardo, mirando por el rabillo del ojo los billetes del maletín.

Leyó el documento, lo firmó en todas las páginas y, cuando terminó, le devolvió los papeles y la pluma al abogado.

–Ha sido un placer, señor Farra –dijo el hombrecillo, dejando el maletín con el dinero sobre la mesa y marchándose de la bodega con los documentos en la mano.

Eduardo estuvo a punto de soltar una carcajada cuando se volvió hacia la mesa. Había visto a aquel hombre tan interesado en cerrar el trato que le había dado pena contarle que ya había destruido los archivos de las fotos el mismo día que las hizo, poco después de su bronca con Fresneda. Y, pensando en Fresneda, se dio cuenta de que había estado cobrando importes muy por debajo de lo que podía llegar a pagar un político bajo presión. ¿Cincuenta mil euros en metálico por unas fotos que ya no existían? Genial. Cerró el maletín y se dirigió a la puerta de entrada de la masía.

Los planes acababan de cambiar. Pidió que le trajeran el coche, colocó el móvil con la aplicación GPS sobre el salpicadero, el maletín en el asiento del copiloto y puso rumbo al hotel. No podía perseguir a una periodista por una fiesta de gala con aquel montón de dinero en la mano, y no se fiaba de dejarlo ni en el ropero ni el auto.

Al enfilarse en la autovía en dirección a Valencia ya había decidido a qué iba a destinar aquellos ingresos inesperados que acababan de caer del cielo. En primer lugar cambiaría el pequeño utilitario por una berlina en condiciones,

con navegador, cambio automático y demás pijotadas. De segunda mano o kilómetro cero, claro, no pensaba gastar más de la mitad del maletín en un coche. Y el resto del dinero lo usaría para arrancar una espinita que llevaba clavada toda la semana y no podía quitarse de la cabeza.

Cuando llegó a la habitación del hotel le envió un mensaje a Tomás:

No vuelvas mañana a Madrid. Vamos a ayudar a Manuel Pozas y tratar de averiguar quién mató a su hija. No le digas a nada a Irene ni a Laura, te llamo a la hora de comer.

25 – Matices

La temperatura de aquella mañana de domingo fue benévola con los paseantes. Había pocas nubes en el cielo, el sol se asomaba más que se escondía y los pájaros lo celebraban aportando sus trinos al entorno del parque. Tan solo, de vez en cuando, soplaba una ligera brisa fresca para recordar que seguía siendo invierno aunque no lo pareciese.

Laura llevaba de la mano a Eva que, a su vez, arrastraba a un perrito de juguete que se suponía debía rodar sobre el suelo. Eduardo iba empujando una silla que la niña cada vez utilizaba menos. Que ambos padres saliesen de paseo con su hija no era frecuente. Lo normal es que se la llevara Eduardo cuando le tocaba o Laura y Jaume cuando no era así. Pero el inspector Vila había quedado ese día con el comisario para quitar de en medio algunos papeleos atrasados y revisar algunos detalles de lo que ya habían bautizado como “el caso Thailand”.

–Es bonito que estemos así, ¿verdad? –preguntó Eduardo.

–Sí que lo es –respondió Laura. Pestañeó un momento y luego continuó—. Bueno, a ver, esto es bonito, supongo, sí, pero... ¿a qué te refieres exactamente?

–A esto, a que estemos tú y yo de paseo con Eva, de tan buen rollo, sin tener que pelearnos por custodias o derechos paternos.

–La pena es que no sea siempre así para las parejas que se separan. Debe ser porque el amor deja una herida al salir de una persona y duele durante mucho tiempo.

–¿Tú no tienes esa herida?

Laura se detuvo en seco, ocasión que aprovechó la pequeña Eva para soltarse de su mano, correr hasta el césped y tirarse de rodillas.

–¡Eva, no, el vestido blanco...! Bueno, ya da igual, disfrútalo, anda – exclamó su madre, y luego se giró hacia Eduardo—. ¿A qué viene esa pregunta ahora?

–¿Venir? No viene a nada, era por seguir la conversación...

–Venga, Edu, déjate de tontunas que nos conocemos. ¿A dónde quieres ir a parar?

Eduardo dejó la silla en el borde del sendero de gravilla y se volvió hacia Laura. Aquel era el momento de soltar de un tirón lo que tantas veces había

pensado.

–Por mi parte, me gustaría volver a intentarlo. Ya sabes que nunca he dejado de quererte. He cambiado durante este año sin ti, ahora soy más seguro y estoy más seguro de lo que quiero. Me ha parecido notar algunas señales de que a ti te puede estar pasando lo mismo...

–Para, Edu.

–No, déjame terminar...

–No, no te dejes. Si te dejas seguir hablando la situación se va a poner más tensa aún. Mejor te digo qué es lo que pienso y lo que siento ahora y así podemos continuar disfrutando de la mañana tan contentos, ¿vale?

–De acuerdo, te escucho.

Laura se aflojó un poco el cuello del abrigo, fingió recolocarse las gafas de sol, suspiró, tomó aire y miró a Eduardo de nuevo.

–Has confundido las señales, Edu. Hay veces que me has visto preocupada por ti, veces que me has notado interesada en lo que haces y veces en las que estamos tan bien trabajando juntos que parece que no ha pasado nada y todo está igual que antes. Todo eso es porque te quiero. Pero lo importante no es que sepas que te quiero, sino que entiendas cómo te quiero.

Eduardo bajó la vista hacia el suelo, desanimado. La última frase era bastante clarificadora. Laura continuó explicándose.

–Te quiero como a alguien que es uno de mis mejores amigos, que es mi socio en la empresa de la que vivo, que fue el amor de mi vida durante casi cinco años...

–Esa frase es rara. Una vida de cinco años...

–Ya me entiendes, joder. Te quiero porque eres el padre de mi hija y no querría que mi hija tuviese otro padre que tú. Y quiero que sigas siempre en mi vida, que no te vayas nunca de ella. Pero no te quiero como tú quieres que te quiera. Ese apartado de mi amor ahora lo tiene ocupado Jaume. Ya, ya sé que no te cae bien, que llevamos poco tiempo y que puede que todo se acabe cuando menos me lo espere, pero hoy por hoy es lo que hay.

Eduardo levantó la vista del suelo.

–Entonces, ¿quieres que volvamos a intentarlo, o no? –preguntó.

–¡Pero...!

–¡Es broma! –dijo Eduardo sonriendo– Lo he entendido, gracias por dejarlo claro. A los hombres nos cuesta entender los distintos matices del amor tanto como los matices de los colores. Pensamos que solo hay azul,

verde, rojo... y nos perdemos cuando se habla de blanco roto o de rosa palo.

–Los matices lo son todo en las relaciones.

–Pero me gusta que quieras que siga en tu vida, chiqui.

–Ven aquí, payaso –contestó Laura sonriendo y abrazándole. Al verles así, Eva se levantó y corrió hacia ellos abrazando a su madre por las piernas–. ¡Mira, se ha puesto celosa!

Continuaron el paseo. La tensión se había esfumado por completo y aprovecharon para discutir la oferta que los periodistas y el inversor les habían hecho la noche anterior en la masía.

–Me gusta la idea de tener un cliente permanente –comentaba Laura–. Te asegura unos ingresos fijos a lo largo del año.

–Lo que yo te decía.

–Pero hay otras cosas en la propuesta que no terminan de gustarme. Una de ellas es la preferencia en las investigaciones. Si estamos investigando algún caso y el *Sun* nos pide algo tenemos que aparcar el primero para atender al segundo en el momento. Eso da imagen de poca seriedad y profesionalidad ante los demás clientes.

–Podríamos contratar detectives *freelance* para llamarles cuando sea necesario.

–Eso nos dejaría muy poco margen de ganancias, Edu. Es más rentable contratar a alguien para que esté siempre en la agencia, que sirva de apoyo y pueda continuar casos ya empezados.

–Eso también reduce nuestro margen.

–He echado cuentas esta mañana y he pensado hacerles una contraoferta: aceptamos las investigaciones con preferencia a cambio de una participación en los beneficios del periódico. Por ejemplo un tres por ciento.

–¿Y crees que van a aceptar?

–Déjame que hable con la chica Blondie y ya veremos.

–¿Clara?

–Sí, la llamaré mañana y, consiga lo que consiga, quedaré con ellos para firmar el contrato el miércoles. ¿Puedes volver a Valencia ese día?

–De hecho pensaba quedarme aquí unos días en lugar de volver a Madrid. Como hago tantos kilómetros he decidido comprarme otro coche, que tenga navegador, manos libres y esas cosillas, y los concesionarios de la costa suelen tener buenas ofertas de vehículos de ocasión.

–¿Has conseguido ahorrar suficiente para un coche? Me sorprendes.

–Dejaste escapar a un ahorrador nato, que lo sepas.

–Una faceta que no conocía de ti, va a ser verdad que estás cambiando en todos los sentidos. Por cierto, hablando de cambiar. Con respecto a Clara Vidal..

–¿Sí?

–Esa individua no me gusta para ti. Y ahora ya sabes que no es por celos, es porque me gustaría que encontrases a alguien que te merezca y esa tía tiene pinta de quererse solo a sí misma.

–Tendré en cuenta tu opinión.

Laura le miró enarcando las cejas.

–En serio, la tendré en cuenta. Perdóname un momento, que tengo que hacer un par de llamadas.

Eduardo se alejó unos metros de su ex y su hija para hablar con discreción. En primer lugar llamó a Rodríguez para decirle que querían visitarle y hablar con él, y fijar una hora y lugar de reunión. Después llamó a Manuel Pozas para preguntarle si podía acercarse a Benidorm aquella tarde para comunicarle algo importante. El taxista no solo no puso reparos sino que se mostró muy agradecido de que le hubiese llamado y le dijo que allí estaría sin falta. Por último marcó el número de Tomás.

–He quedado con Rodríguez a las cuatro de la tarde, paso a recogerte a las dos y media –dijo en cuanto terminaron de sonar los tonos de llamada.

–No sé si voy a poder ir, jefe... –respondió Tomás con voz preocupada.

–¿Y eso?

–Estoy en la puerta de la comisaría. Han llamado a Irene para interrogarla otra vez.

26 – Intenciones

–¿Lleva mucho tiempo dentro? –preguntó Eduardo al llegar a las escaleras de entrada al edificio de la Jefatura de Policía.

–Unos tres cuartos de hora. No te he llamado porque sabía que estabas con la jefa y ella no sabe nada de los videochats. Porque sigue sin saber nada, ¿verdad?

–¿Crees que la han llamado por los videos?

–Ah, no sé, son suposiciones mías. ¿Por qué otra cosa iba a ser?

Eduardo recordó a Adri, el ex novio de Irene, rodando por el suelo tras recibir la primera bofetada a mano abierta de Ciprian. “¿Habrá puesto alguna denuncia ese cabrón?”, pensó.

–Laura sigue sin saber nada y prefiero que siga así. Irene ha demostrado ser una buena empleada y eso es lo que cuenta –respondió Eduardo.

–Pues seguro que se enterará tarde o temprano, porque ha sido Jaume el que ha bajado a buscarla aquí y la ha acompañado dentro.

–No sé, Jaume suele ser bastante callado en lo que se refiere a personas conocidas. Cuando le cuenta cosas a Laura lo hace como anécdota y nunca le da nombres.

–Tal vez debería decírselo Irene. Decírselo a Laura, me refiero. Nos la jugamos a que la despida pero, si se entera por otro lado, el despido es seguro.

–¿”Nos la jugamos”? Se la jugará ella, quieres decir.

–Bueno, eso. ¡Mira, está saliendo!

Irene cruzó las puertas blanquiazules con una sonrisa en la cara. Se sorprendió al ver a Eduardo allí.

–No hacía falta que vinieses, Edu, pero gracias por preocuparte –dijo la joven. Luego se volvió hacia Tomás y le dio un rápido beso en los labios.

–¿Qué te han preguntado? ¿Qué es lo que querían? –preguntó el pelirrojo impaciente, tomándole ambas manos a la chica.

–Huy, huy, huy... –comentó Eduardo con un tonillo pícaro– Aquí hay algo más que compañerismo.

Tomás miraba a Irene como si no hubiese más personas, ni árboles, ni coches, ni edificios, ni mundo alrededor de ellos. Irene bajó un momento la mirada al suelo, sonriendo con timidez. Eduardo pensó con cierto

paternalismo que a esa expresión sí le pegaba el pijama de gatitos rosas, y no a la que tenía la última vez que se lo vio puesto. Estaba claro que la pasada noche aquellos dos jóvenes habían alcanzado un alto nivel de compenetración que había sobrevivido a la salida del sol.

–Un empleado del Eastern Union me ha reconocido en una fotografía que le enseñó la policía –respondió por fin Irene–. El comisario Sanz me ha estado preguntando por qué unas veces iba Tamara a recoger dinero allí pero otras veces iba yo.

–Están comprobando hasta el más mínimo detalle, por lo que veo –dijo Eduardo.

–También me ha dicho que les están presionando desde arriba, metiéndoles caña para que resuelvan cuanto antes este caso. Me ha pedido perdón por llamarme para interrogarme en domingo, pero que no tienen más remedio.

–Es que a nadie le interesa que haya por ahí suelto un asesino en serie. Ni a los ciudadanos, ni a los hoteles, ni al turismo en general. Por ahora lo han mantenido en secreto pero podría salir a la luz en cualquier momento.

–¿Y qué les has contestado? –preguntó Tomás.

–Que algunas veces mi compañera de piso me pidió que recogiese un dinero para ella, porque estaba trabajando o a mí me pillaba de paso, pero que yo nunca pregunté de dónde venía ni por qué. Que creía que tenía algún familiar rico en la República Dominicana.

–¿Dinero desde allí hacia aquí y no al revés? Eso es una excusa bastante floja y lo sabes –comentó Eduardo.

–Joder, no se me ocurrió otra cosa mejor. Pero eso es todo, no pueden sospechar más por ese lado. En Eastern Union el dinero llega asociado a un código y no a una persona, y en el portátil no han encontrado nada que me relacione con eso. La pobre Tamara sí dejó varios videos... –Irene pareció a punto de ponerse a llorar.

–Vale, pues ya está –dijo Tomás pasándole un brazo por los hombros–. Vámonos a comer y dejemos el tema. ¿Dónde vamos, jefe?

–Hay un bar ahí enfrente en el que ponen unos platos combinados bastante apañados. Así tardamos menos, que vamos apretados de hora.

Mientras cruzaban la avenida por el paso de peatones Eduardo vio que Jaime salía por la puerta de la Jefatura. Esperó que el inspector fuese discreto y no le contase a Laura nada sobre el nuevo interrogatorio de Irene. Tal vez Tomás tuviese razón y fuera mejor que la joven explicase todo. Estaba

pensando en ello cuando advirtió que Jaume cruzaba la pequeña calle frente al edificio y se paraba en la entrada del Metro. Siguió caminando cada vez más despacio con la cabeza vuelta hacia atrás, observando al policía. Unos instantes después vio a Lola, señora de Benavides, subir las escaleras y encontrarse con él. Se dieron dos besos y se retiraron a un lado para hablar junto a la barandilla metálica.

–¿No vienes, Edu? –preguntó Irene, que se había parado con Tomás al ver que se quedaba atrás.

–Seguid vosotros e id pidiéndome lo que os parezca mejor –contestó él–. Voy enseguida, tengo que saludar a alguien.

Cruzó a media carrera la calle paralela, luego media avenida hasta la zona ajardinada central y por último la otra mitad, sorteando los vehículos y con cuidado de que el gran cartel metálico con el mapa de líneas que había sobre la entrada de Metro permaneciese en todo momento entre él y los dos conversadores. Se parapetó tras el soporte, se pegó al borde del mismo y prestó atención para escuchar lo que estaban diciendo.

–... sorprendido de que me llamas al trabajo –acababa de decir Jaume.

–Es que no sabía cómo o dónde hablar contigo. Le pregunté a otro amigo policía si podía darme tu teléfono del trabajo, me dijo que hoy estabais haciendo horas extras y, aprovechando que Juanjo está jugando al golf, pues he pensado que era un buen momento para acercarme e invitarte a comer – respondió la señora Benavides.

–Estamos a punto de salir ya pero, aunque quiera, no puedo quedarme a comer contigo. Laura me está esperando en casa.

–Llama y di que tienes que quedarte más rato, y que no te espere.

–No puedo hacer eso, Lola. Ni tampoco puedo quedarme mucho rato aquí. ¿Qué es lo que querías decirme?

–Vale, voy directa al grano: me gustaría volver a acostarme contigo.

Eduardo dio un respingo tras el cartelón. “¿Ha dicho ‘volver’?”, pensó, volviendo a pegar la cara al borde.

–No, no puede ser –contestó Jaume, con voz incómoda.

–¿Por qué? –insistió Lola.

–Por muchos motivos. Uno de ellos es que tú y yo solo nos acostamos una vez...

–Pero fue genial, ¿no?

–¡Lola, coño, que fue en la facultad, hace casi diez años!

Una mezcla confusa de sensaciones se apoderó de Eduardo. Había creído que Jaime le estaba poniendo los cuernos a Laura con la señora de Benavides y ahora resultaba que no era así. El resultado es que se sentía a medias decepcionado porque don perfecto no fuese infiel y a medias aliviado porque su ex no estuviese siendo engañada.

–Con lo que hemos aprendido durante estos años sería aún mejor, Jaime. Lo sé, algo me hace presentirlo. ¿No sientes curiosidad?

–Prefiero no imaginarlo, la curiosidad acaba trayendo complicaciones.

–Aún hay alguna parte de mi cuerpo que podrías estrenar, ¿sabes? –respondió Lola con una entonación tan provocadora que Eduardo se sorprendió al darse cuenta de que él mismo, aún ejerciendo de espía, se había excitado por aquella sugerencia. No se lo estaban poniendo nada fácil a Jaime Vila.

–Mira, Lola, te lo diré una única vez así que préstame atención, por favor: me halaga mucho que me desees, eres una mujer muy atractiva y estoy segurísimo de que sabes cómo volver loco a un hombre en la cama. Pero tengo pareja.

–A mí no me importa.

–Pero a mí sí.

–¿Entonces por qué no le dijiste a nadie en la fiesta que me conocías?

–Porque cuando me saludaste ya nadie nos prestaba atención, estaban hablando de sus cosas y no creí que fuese importante. ¿Por qué creías que era?

–Está claro que por eso no. Me esperaba una razón más morbosa y excitante.

–Tal vez yo no sea ni morboso ni excitante. Siento haberte creado falsas expectativas, Lola. Pero nunca he engañado ni voy a engañar a Laura, y no hay más.

–Como quieras, Jaime. No voy a enfadarme contigo, no es culpa tuya ser tan soso. Pero no sabes lo que te pierdes, ¿eh?

–Sé lo que gano, con eso me basta.

–Bueno, pues me marcho.

Al oír que Lola se despedía Eduardo abandonó su escondite y cruzó de nuevo a toda prisa la avenida entre los coches antes de que alguien pudiese verlo.

Mientras caminaba hasta el bar donde le esperaban Tomás e Irene iba recordando la conversación que acababa de escuchar. “¿Es que este tío no

tiene ni un puto defecto?”, pensó.

27 – Reuniones

Rodríguez estaba tan alborotado como un niño en la mañana del día de Reyes. Les estaba mostrando a sus invitados las mejoras que había hecho en el mural de Eduardo, al que había ido añadiendo nuevos rostros, información complementaria sobre personas y lugares y nuevos hilos de relación. Los cuatro hombres se apretaban como podían en el estrecho hueco del tendedero.

–Ya os trasladaré con tranquilidad mis conclusiones hasta ahora –decía mirando a Tomás y a Manuel–. Eduardo, a ti ya te conté bastante en su momento y esa parte apenas ha cambiado. No merece la pena que aguantes otra vez todo el rollo para ponerte al día de lo nuevo, que es muy poco y no reviste importancia.

–Como quieras –respondió el aludido–, ellos dos son los que van a ser tus investigadores de campo.

–Bueno, yo solo soy taxista –precisó Manuel Pozas–, pero además de conducir echaré una mano en lo que pueda.

–Tal vez no sea necesario desplazarse a ningún sitio –aclaró Rodríguez–. Hoy en día las nuevas tecnologías... ¿se dice así? ¿Sí, no? Pues eso, las nuevas tecnologías allanan mucho camino sin moverse del ordenador. Ojalá hubiese habido todo esto en mis tiempos. Cuando entré en el Cuerpo Nacional de Policía lo más moderno que teníamos eran máquinas de escribir con cinta correctora...

Al advertir la mirada nostálgica del ex inspector Eduardo se dio prisa en retomar el tema antes de que comenzase a relatar batallitas.

–Tomás maneja muy bien los ordenadores, solo tienes que decirle qué buscar y dónde.

–Tengo que sacar el portátil de tu coche –comentó Tomás–, que no se nos olvide.

–El de Esther todavía lo tiene la policía –añadió Manuel– pero compraré uno nuevo si hace falta.

–No hace falta, gracias, con el que ha traído Tomás es suficiente.

–Siempre me lo llevo a todas partes –dijo ufano el pelirrojo–, nunca sabes cuándo puedes necesitarlo.

–Y el wifi del hotel funciona bastante bien –sugirió Eduardo.

–Me quedaré en casa de Irene, jefe –respondió Tomás–, dice que todavía

se siente incómoda en el piso sin nadie más a su lado.

–Ah, vale... –Eduardo no había caído en cómo había cambiado la situación– Pero no se te ocurra decirle nada de lo que estamos haciendo, ¿de acuerdo? Laura insistiría en que la costa es su zona, tendríamos que explicárselo todo y tendría también que explicarle que esta investigación es subvencionada. Dile que tienes que ajustar facturas o algo así.

–¿Subvencionada? –preguntó sorprendido Manuel.

–Sí, así que no se preocupe por el dinero, Manuel. Está todo pagado.

Los ojos de Manuel Pozas se cubrieron de lágrimas de alegría y gratitud y abrazó con fuerza a Eduardo, que le quitó importancia al hecho y trató de volver enseguida a la conversación.

–Durante estos días me he suscrito a dos servicios de hemeroteca, tengo que darle las claves de acceso –dijo Rodríguez dirigiéndose a Tomás–. Lo próximo que vamos a hacer, a partir de mañana, es intentar encontrar crímenes parecidos en otras fechas o en otros lugares. Homicidios con ensañamiento en los que aparezcan cuchillos y las víctimas sean jóvenes.

–Hay muchos asesinatos por violencia de género con esas características, Rodríguez –comentó Eduardo.

–Que no sean de violencia de género –el jubilado remarcó la palabra “no”–. En los dos que estamos investigando la segunda de las víctimas, Tamara de los Santos, tenía pareja pero la primera no. Que sepamos.

–Y, de tenerlo, hubiese sido del mismo género –agregó Eduardo. Manuel asintió con la cabeza.

–Esa será nuestra estrategia durante los próximos días –prosiguió Rodríguez–. Si no encontramos más, que ojalá sea así, habría que suponer que el del Thailand Gardens fue el primer crimen de una serie que puede que solo sea de dos.

–¿Y si encontramos más? –preguntó Tomás.

–Trataremos de saber cuál fue el primero e iremos formando un perfil del asesino con las posibles coincidencias de lugares, horas y otros indicios.

–¿Interfiere esto con la investigación policial? Quiero decir, ¿pueden empapelarnos por entrometernos? –preguntó Eduardo.

–No, si no coincidimos en tiempo y lugar, no alteramos ninguna posible prueba o escenario y les informamos de todo aquello que podamos descubrir.

–Pues a por ello entonces.

–¿Hace un pacharán?

–No pienso volver a probar el pacharán, pero un cafetito estará bien.

–Café para Farra y pacharán para el resto entonces. Salgan ustedes primero, por favor.

Eduardo pasó la mañana siguiente visitando concesionarios de vehículos de alta gama. Ya que cambiaba de coche quería hacerlo con estilo y comprar algo duradero. Vio un par de ofertas que no estaban mal del todo y entraban dentro del presupuesto que se había marcado pero no quería precipitarse hasta terminar de visitar todos los concesionarios de Valencia y alrededores.

Sobre la una y media de la tarde se acercó hasta la agencia para hablar con Laura pero ella no estaba allí.

–Ha ido con Ciprian a entregar unas fotos a una clienta –le explicó Irene.

–¿Se ha llevado a Ciprian para entregar fotos? –preguntó extrañado Eduardo.

–Es que la clienta se ha empeñado en que Laura le diese las fotos cuando estuviese su marido delante, para poder montarle un pollo en plan teatral, tirándole las fotos a la cara y todo eso.

–Menudo cuerpo se le va a quedar al hombre.

–Que se joda. ¿Por dónde iba? Ah, sí, que Laura dice que el marido de esta clienta “es muy grande y tiene cara de mala hostia” y por eso prefiere que Ciprian esté con ella, no sea que el tío intente pagarlo con el mensajero.

–Son los inconvenientes de nuestro oficio, qué le vamos a hacer. ¿Va a volver por aquí? Es por esperarla o llamarla al móvil.

–Me dijo que volvería antes de cerrar, así que estará a punto de llegar.

–Bien, pues la espero abajo entonces. Hasta luego –Se despidió.

–Hasta luego, jefe.

Eduardo se volvió cuando estaba ya en el pasillo.

–Irene, por cierto...

–Dime.

–¿Con Tomás todo bien?

Irene sonrió con cara de niña abrazando un peluche.

–Es un encanto de chico.

–Me alegro. Por los dos.

–Gracias.

Eduardo estuvo apenas cinco minutos esperando en la calle hasta que llegaron Laura y Ciprian.

–¿Qué tal ha ido? –les preguntó.

–Pedazo de bronca la que ha montado la señora, ni te imaginas –respondió Laura sacudiendo la mano.

–Marido acojonado sin mover –agregó Ciprian con su voz ronca.

–He cogido el dinero y nos hemos marchado, porque la cosa tenía pinta de ir para largo. Irene sigue arriba, ¿no? –preguntó Laura.

–Sí, claro.

–Pues voy a subir a por ella y nos tomamos una cañita, ¿os parece bien?

–Eso sí es una buena idea. ¿Algo que celebrar? Aparte de que hayas cobrado el pago, quiero decir.

–Los brasileños han aceptado mi propuesta –contestó Laura sin intentar disimular su satisfacción–. Firmamos contrato este miércoles por la tarde en las rotativas del *Benidorm Sun*.

–¡Qué me dices!

–Lo que oyes. Con algunos pequeños cambios: nos dan el dos por ciento en lugar del tres y a cambio les hacemos un diez por ciento de descuento en las investigaciones.

–Lo subimos antes, lo descontamos luego y arreglado.

–Eso he pensado yo. Id adelantándoos Ciprian y tú que ahora vamos nosotras.

Laura desapareció dentro del portal y los dos hombres comenzaron a andar por la acera en dirección a la cafetería donde solían tomar el aperitivo.

Iban a cruzar el paso de peatones cuando un vehículo de color negro con cristales tintados se detuvo delante de ellos cortándoles el paso. La puerta se abrió y en el interior vieron a Pablo Fresneda con el rostro congestionado.

–¡Farra, hijo de puta! –gritó haciendo intención de bajarse.

Eduardo sorteó el coche, ignorando por completo al político que ya iba detrás de él, y siguió caminando. La puerta del lado contrario se abrió también e hizo su aparición el guardaespaldas calvo, que se plantó delante de Eduardo y le golpeó en el pecho con las palmas de las manos para obligarle a retroceder hacia Fresneda. En ese momento Ciprian se interpuso entre Eduardo y el guardaespaldas, golpeando a este también con las manos abiertas pero con un resultado mucho más efectivo: el calvo cayó de culo contra la calzada.

Furioso, el caído se puso en pie de un salto y sacó una navaja de su bolsillo, abriéndola frente a Ciprian. El gigante metió la mano en su espalda y sacó su enorme cuchillo. Al verlo, el guardaespaldas se quedó paralizado y

consultó a Fresneda con la mirada. Este le hizo un gesto de negación y el hombre de la cabeza rapada guardó su navaja. Ciprian guardó su cuchillo pero permaneció entre el guardaespaldas y Eduardo con los brazos en jarras.

–Ahora que hemos visto quién la tiene más larga ya podemos marcharnos, ¿no? –dijo Eduardo mirando a Pablo Fresneda de reojo.

–Farra, eres un cabrón –respondió Fresneda dando un paso hacia delante. Al ver que Ciprian le miraba con recelo retrocedió de nuevo–. ¡Tenías otra cámara y le diste las fotos del jacuzzi a mi mujer!

–No te engañé. No me preguntaste si había otras fotos aparte de las de la cámara que me robasteis. Tómallo como que ahora estamos en paz por lo de Valverde –dijo Eduardo, dándole la espalda y comenzando a andar de nuevo.

–Te arrepentirás de esto. Como me hayas jodido la vida te juro que te arrepentirás... –masculló el político mientras entraba de nuevo en su coche.

–Laura y tú hacen mucho enemigos –dijo Ciprian al llegar al otro lado de la calle, mientras el vehículo negro se perdía a lo lejos.

–Otra de las pegas de este trabajo –dijo Eduardo–. Si me tocase la lotería te juro que lo dejaba todo y me marchaba a una isla del Caribe a montar un chiringuito en la playa. Con poco que me tocase.

Aquella tarde, mientras esperaba en la puerta de la guardería a que llegase la hora de recoger a su hija, recibió una llamada de Tomás.

–Hemos encontrado algunas cosas, jefe –decía el pelirrojo–. Rodríguez esperaba que el del Thailand hubiera sido el primero pero parece que no es así.

–¿Ha habido otros asesinatos parecidos antes?

–Dos que hayamos visto. Buscar en hemerotecas online no es fácil, te filtran mucho pero acabas teniendo que leer los artículos uno por uno y la mayoría aparecen en prensa local. Pero hemos encontrado dos.

–Pues si vosotros los habéis encontrado seguro que la policía también. Cuatro asesinatos similares en la Comunidad Valenciana son demasiados.

–Esa es la cuestión, jefe. Los otros dos crímenes se han cometido fuera de aquí y hace bastante tiempo. Uno en Roquetas de Mar, hace cosa de un año, y el otro en Marbella hará dieciséis meses.

–¿Y estáis seguros de que es el mismo asesino?

–Manuel y yo no somos expertos, solo buscamos lo que se nos ha dicho que busquemos: chicas jóvenes muertas con ensañamiento por arma blanca sin detención de pareja. Le hemos pasado toda la información a Rodríguez para

que la estudie.

–¿Qué es lo próximo que vais a hacer?

–Esperar instrucciones. Mientras Rodríguez no nos diga nada Manuel irá haciendo carreras con el taxi y yo iré contestando correos de la agencia, porque nos están preguntando si es que hemos cerrado.

–Tendríamos que haber puesto un cartel en la puerta, pero no sabíamos que habría cambio de planes y no abríamos hoy.

–Lo pondré en la página web, sugiriendo que nos contacten por email o teléfono.

–Buena idea. Es la hora de entrar a por Eva. Cuando vayas teniendo noticias nuevas me llamas y me sigues contando todo, ¿de acuerdo?

–Ningún problema. Pero ojalá no encontremos más crímenes como estos.

–Eso. Ojalá.

28 – Socios

–...Aquí, aquí... y aquí.

Clara Vidal iba colocando las páginas del contrato sobre la mesa e indicándole a Eduardo dónde debía firmar. A él le costaba mantener la mirada sobre el papel porque la brasileña estaba de pie, enfrente, inclinada sobre la mesa, y su generoso escote estaba a tan solo un par de palmos de su cara. Y ella lo sabía porque no dejaba de sonreír y mantenía la postura. Con lo que él consideró una fuerza de voluntad digna de alabanza logró terminar sus rúbricas sin echar ni un pequeño vistazo y se puso en pie cediéndole el asiento a Laura.

–Chiqui, tu turno.

Laura se sentó en el lugar de Eduardo y se quedó mirando los senos de Clara.

–Yo ya tengo tetas, gracias –le dijo mostrando su mejor falsa sonrisa encantadora–. Firmaré al lado de donde haya firmado Edu, pero una vez haya leído el contrato, ¿puedo?

La periodista se irguió como si hubiesen activado un resorte.

–Por supuesto, Laura, perdona.

Eduardo se sintió avergonzado. No se le había pasado por la cabeza echar un vistazo a los documentos y había firmado todo sin reparos. Las palabras de Rodríguez resonaron en su cabeza: “Te van a engañar más veces de las que yo creía”. Menos mal que su ex era la parte sensata de la empresa.

Tras leer todo de principio a fin Laura asintió satisfecha, tomó el bolígrafo y firmó. Después le cedió el sitio a Clara, que a su vez se lo cedió a Teixeira. Cuando este estampaba la última firma la periodista comenzó a aplaudir.

–¡Ya somos socios! Esto se merece un brindis. Alberto, ¿pones las copas y el champán, por favor?

El aludido emitió un gruñido de asentimiento y cruzó el despacho hasta el pequeño frigorífico situado en la esquina opuesta. Abrió la puerta, sacó una botella y unas copas y volvió de nuevo hasta la mesa de Clara.

–¿En esta empresa se permite consumir alcohol en horario laboral? –preguntó Eduardo sonriente.

–Estamos fuera del horario laboral, a las siete se marchan todos los trabajadores –respondió Clara con un guiño–. Pero los dueños, y ahora

vosotros lo sois en parte, se pueden permitir lo que les dé la gana cuando les dé la gana.

–Pues venga esa copa, aunque solo beberé un poquito. No debo tomar alcohol por prescripción médica.

–Edu, estamos cansados ya de oírte decirlo, deja de hacerte el mártir – suspiró Laura.

Brindaron por una inminente, larga y fructífera relación profesional.

Estaban dando el primer sorbo cuando el móvil de Eduardo comenzó a sonar.

–Perdonad, es Tomás. Enseguida estoy con vosotros –dijo alejándose un poco del grupo y poniéndose el teléfono en la oreja.

–Tomás, te puse un whatsapp diciéndote que a partir de las siete estaríamos ocupados...

–¡Ay, perdona, jefe! –se disculpó el joven– No me he dado cuenta de que aquí es una hora menos.

–¿Eh? ¿Estás en Canarias?

–¡No, coño, jajajaja! ¡Ojalá! Manuel y yo estamos en Lisboa.

–¿Y qué hacéis tan lejos?

–Seguimos las indicaciones de Rodríguez. Ayer nos llamó para pedirnos que mirásemos si hace más de año y medio mataron a alguna chica con cuchillo en algún lugar al oeste de Marbella. Ya te conté que...

–Sí, sí, que hubo una víctima en Marbella hace nose cuantos meses...

–dieciséis.

–Eso.

–Pues eso. Que le había llamado la atención que asesinatos parecidos se fuesen remontando en el tiempo a medida que nos alejábamos de Valencia y que, en palabras textuales tuyas, cuando algo huele a mierda es que tiene mierda debajo. Y que buscásemos más crímenes con arma blanca siguiendo la línea de la costa. Eso ha reducido mucho el ámbito de búsqueda, claro.

Eduardo vio que Laura le hacía un gesto disimulado, indicándole “corta y ven aquí ya”. Pero lo que le estaba contando Tomás se ponía interesante y, ahora que ya era oficialmente socio del *Madrid Sun*, todo adquiría un matiz diferente. Tapó el micrófono con una mano y dijo, dirigiéndose hacia Teixeira y Clara:

–Os pido perdón de nuevo, pero tenemos entre manos una investigación con la que tal vez estrenemos el periódico. Si la resolvemos, claro. Termina

de informarme y ahora os cuento.

Los periodistas asintieron satisfechos, intercambiando una sonrisa, y brindaron de nuevo entre ellos por el primer reportaje. Laura se le quedó mirando con el ceño fruncido. Le repateaba esa manía que tenía su socio de no contarle las cosas que hacían en la oficina de Madrid.

–¿Jefe?¿Sigues ahí? –preguntaba el pelirrojo al otro lado de la línea.

–Sí, perdona, continúa.

–Ah, vale. Bueno, pues miramos los sucesos de Cádiz y Huelva, luego Sevilla y por último Gibraltar. Ahí costó más consultarlo pero mi inglés está bastante bien, como estuve un verano en Irlanda...

–No te enrolles. ¿Encontrasteis algo?

–Nada, en ninguna parte, que se pareciese un poco a lo que buscábamos, durante los últimos tres años. Se lo dijimos a Rodríguez y nos preguntó que por qué habíamos subido hacia Sevilla. Yo le dije que porque la costa se acaba en Huelva y el me dijo que si no hay costa en Portugal o qué. Total, que nos pusimos a buscar asesinatos por el Algarve y...¡bingo! Encontramos uno con una estudiante muerta a cuchilladas en Portimão hace dos años.

–Así que es posible que el asesino sea un representante comercial de alguna empresa exportadora que se mueve por la costa...

–Espera, no corras, que aún hay más. Le contamos a Rodríguez lo de Portimão, dijo “¡ajá!” y me dijo que ya me llamaría. Durante un par de horas Manuel y yo estuvimos buscando más muertes de arma blanca: por Faro, Albufeira, y luego subiendo hacia arriba por la costa portuguesa... Manuel le pone intención y trata de ayudarme, el hombre, pero es bastante lento usando el ordenador...

–¡Tomás, coño!

–Ah, sí. No hallamos nada más por mucho que subimos y al final lo dejamos por imposible. Pero esta mañana nos llamó Rodríguez y nos dijo que teníamos que venir a Lisboa. Un viejo amigo suyo de la policía lisboeta... ¿se dice así?

–Sí...

–Intento resumirlo: Rodríguez llamó a un policía de Lisboa que conoce de hace años, y el policía de Lisboa le dijo lo mismo que te he dicho yo, que no encontraba asesinatos de ese tipo en la costa portuguesa, y Rodríguez le había pedido que buscara otra vez pero que en lugar de cuchillo buscara un hacha.

–¿Un hacha? –La imagen del mendigo tirado en el suelo con su

chubasquero amarillo volvió a aparecer de golpe en su cerebro.

–Un hacha, sí. Y su amigo policía le dijo que muertes por hacha no encontraba, pero que había encontrado un intento de homicidio hace tres años allí mismo, en Lisboa. ¡Este Rodríguez es la hostia!

–Yo también le admiro, ¡pero sigue hablando que me están esperando! – Eduardo dijo esto en voz alta y se volvió para pedir perdón. Teixeira y Clara le indicaron con un gesto que no pasaba nada.

–Bueno, pues que resulta que a un tío se le fue la olla, se presentó una mañana en su trabajo con un hacha y empezó a dar hachazos a todo el que pilló por banda. No hubo ningún muerto, que ya es suerte porque hirió a siete compañeros y un jefe antes de que consiguieran sujetarle.

–La leche...

–Menudo animal. Salió en los periódicos lisboetas y todo. Me gusta la palabra “lisboeta”, es graciosa.

–¿Y qué pasó con él?

–La defensa alegó enajenación mental transitoria porque por lo visto le habían dicho que pensaban despedirle o algo así. En lugar de ir a la cárcel lo recluyeron durante un año en un centro de salud mental, hasta que lo dejaron salir hace dos años con un informe médico que aseguraba que ya estaba en plenas facultades.

–La fecha cuadra con el comienzo de los demás asesinatos.

–Eso dice Rodríguez, y por eso nos ha pedido que vengamos al psiquiátrico para averiguar más cosas sobre este tío.

–¿Cómo se llama, por cierto?

–Andre Farias.

–¿Cómo la marca de puros?

–No sé, no fumo. Estamos esperando a que nos den una foto suya, gracias a una llamada que el policía amigo de Rodríguez ha hecho al director del centro... Un momento, jefe, no cuelgues, que creo que ya la traen. Ahora seguimos.

Eduardo aprovechó el inciso para pedir de nuevo perdón a sus socios, que repitieron el mismo gesto de antes. Clara, que acababa de rellenar las copas de las dos mujeres, le preguntó intrigada:

–¿Marca de puros?

–Farias –contestó Eduardo–. Ahora os lo cuento todo.

Clara se encogió de hombros con gesto de no entender nada. Al volverse

golpeó la mano de Laura y la copa se cayó al suelo, llenándolo todo de cristales y champán.

–No importa, el champán é alegría, lo recojo enseguida –comentó Teixeira, dirigiéndose hacia una puerta de color rojo donde se guardaban los útiles de limpieza.

Eduardo estaba mirando si el champán le había salpicado el bajo de los pantalones cuando le pareció escuchar gritos en su móvil. Se lo llevó enseguida al oído.

–¡Joder, jefe, contesta! –gritaba Tomás al otro lado– ¿Me oyes? ¡Eduardo, hostias, contesta...!

–Eh, eh, tranquilo, ya te escucho, ¿qué pasa...?

–¡Teixeira, jefe! ¡Farias es Teixeira...!

Eduardo sintió que le daba un vuelco el corazón. Miró en dirección a la puerta roja y vio salir al periodista a toda prisa en dirección a él, armado con un hacha de gran tamaño. Dejó caer el teléfono y metió la mano a toda prisa bajo su chaqueta, buscando en su costado izquierdo. Teixeira levantó el hacha con ambas manos para asestarle un golpe mortal pero Eduardo se le adelantó. Consiguió desenfundar su revólver y disparar cuando el otro estaba ya a un metro de distancia. La bala entró por el ojo izquierdo del atacante y salió por detrás, arrancando parte del cráneo y llenando el techo de sangre y sesos.

Teixeira, ya cadáver, cayó primero de rodillas y después se desplomó hacia atrás con el hacha aún entre sus manos.

Se oyó un chillido de pánico y la botella de champán se estrelló contra la cabeza de Eduardo, haciéndose añicos y dejándole inconsciente en el acto.

29 - Juguemos

–Eduardo, ¿me oyes?

La voz de Clara, el frío del champán al mojar su cara y un par de palmadas en la mejilla acabaron de despertarle. Logró abrir uno de los ojos pese al tremendo dolor que sentía en la sien. La periodista rubia estaba de pie, inclinada frente a él y mostrándole el escote para variar. El otro ojo se resistió unos segundos. El párpado y las pestañas parecían pegados, puede que por la sangre de una herida producida por el golpe en la cabeza.

–Te oigo... –murmuró Eduardo, tratando de orientarse. Supo que seguía en las oficinas del *Benidorm Sun* porque podía ver la mancha de sangre en el techo por encima de la cabeza de Clara.

–Bien.

La periodista se apartó a un lado y Eduardo se encontró frente a frente con Laura. Estaba sentada y atada a una silla por brazos y piernas con varias vueltas de cinta americana. Una tira de la misma cinta tapaba su boca y en sus ojos había una mezcla de impotencia, rabia y preocupación. Comprobó, tal como había imaginado al ver a su socia, que él también estaba atado de igual forma a otra silla.

Las mesas y el suelo estaban cubiertos por grandes tiras de plástico transparente del que se utiliza para envolver maletas en los aeropuertos. Bajo un montón de ese plástico se adivinaba el cuerpo ensangrentado de Alberto Teixeira. Encima de la mesa más próxima estaba su revólver junto a dos cuchillos de diferente tamaño.

–¿Qué estás haciendo, Clara? –preguntó con voz débil– Ni Laura ni yo somos criminales, he matado a Teixeira en defensa propia, te estás equivocando...

–Error –dijo la rubia, acercándose a Laura con el más pequeño de los cuchillos en una mano. Con un rápido movimiento la hirió justo debajo del hombro derecho, cortando la blusa y haciendo que comenzase a brotar la sangre. Laura intentó moverse y gritar pero no pudo hacer más que retorcerse en la silla cerrando con fuerza los ojos.

–¡No! – exclamó Eduardo– ¡No le hagas daño!;Hazme a mí lo que quieras pero a ella déjala, por favor!

Clara se volvió hacia Eduardo como si no entendiese qué quería decir.

–¡Pero, Eduardo, si a ti también pienso hacerte daño! Me conmueve tu actitud heroica pero no sirve de gran cosa. Para ti tengo reservado el cuchillo grande.

–¿Por qué haces esto?

–Error –repitió Clara, e hizo un nuevo corte en el brazo derecho de Laura. Eduardo apretó los dientes y después cerró los labios.

–Bien, ya lo vas entendiendo. Las preguntas las hago yo, como buena periodista que soy. Tú solo respondes cuando yo te pregunte. ¿Entendido?

–Sí...

–Y vamos a ponerlo más emocionante. Jugaremos a “acierto o dolor”.

Eduardo iba a preguntar a qué se refería pero se contuvo a tiempo.

–Has estado a punto, ¿verdad?

–Sí.

–Te explico enseguida la mecánica del juego: yo te hago una pregunta, si aciertas no pasa nada pero si fallas Laurita recibe otro corte. ¿A que es fácil de comprender?

–Es fácil de comprender.

–Pues vamos a empezar... Me gustan las películas en las que el malo le cuenta al bueno por qué ha hecho las cosas antes de matarle. Bueno, me gustan cuando el malo todavía tiene prisionero al bueno, porque en las películas el bueno siempre consigue salvarse y mata al malo en el último momento. Lamento desilusionaros y deciros que eso no es así en la vida real. Lo sé porque he jugado a esto muchas veces en los últimos años. ¿Sabes cuántas veces?

Eduardo intentó calcular la respuesta. El Thailand, Tamara, el mendigo, Roquetas, Marbella y Portimão.

–Seis.

–Error.

“¡Dios!”, pensó Eduardo para sí mismo, cerrando los ojos para no ver cómo Clara cortaba de nuevo la piel de Laura, que intentaba gritar tras la cinta que cubría su boca.

–Seis son las veces que no pudimos deshacernos de los cuerpos. La respuesta correcta es once. Serán doce con esta, pero mi compañero ya no va a jugar esta vez –dijo la periodista, dando un corto paseo hasta el cadáver envuelto en plástico–. No voy a llorar por él, desde luego. Era un buen

compañero de juegos pero bastante bruto. El hacha es un medio rápido para convertir un problema en problemas más pequeños pero no tiene la clase ni el refinamiento de una hoja de acero bien afilada. ¿Sabes cómo y dónde nos conocimos? –preguntó girándose de golpe hacia Eduardo.

Este apretó los puños con rabia. Laura estaba llorando en silencio, con sus tres heridas sangrando. No, no sabía dónde ni cómo podría haber conocido Clara al muerto. Solo podía apostar por la última información fiable que tenía de Farias, alias Teixeira, y pensar en algo que fuese posible. Recordó la frase que le dijo Rodríguez ante la copa de pacharán: “el asesino es alguien que haya investigado o trabajado sobre crímenes”.

–En Lisboa. Tú escribiste un artículo en un periódico sobre lo que hizo con un hacha en su trabajo.

Clara abrió los ojos sorprendida.

–Me acabas de dejar anonadada. Pensé que dirías Brasil. Tu acierto se merece que os dé una tregua un poco más larga antes de la siguiente pregunta.

Fue hasta la mesa más cercana, tomó una copa de champán y dio un sorbo antes de continuar hablando.

–Andre me llamó la atención en cuanto le hice la entrevista en el manicomio. Tenía mucho potencial, le notaba hambriento de violencia y al mismo tiempo parecía muy fácil domesticarle como a una mascota. Yo acababa de empezar a matar hacía poco, me faltaban fuerzas para mover los cuerpos y un compañero de actividades como él sería el complemento perfecto.

Eduardo sintió un escalofrío. Clara Vidal hablaba de asesinar como si fuese un hobby cualquiera. El tándem que habían formado los dos portugueses estaba completo: Farias–Teixeira había sido un psicótico bajo el meticuloso control de Clara, una psicópata. Y ahora estaban a merced de la más peligrosa del dúo.

–Intentamos divertirnos en Portugal pero era difícil, Andre tenía antecedentes y la policía venía a vernos enseguida cuando pasaba algo. Solo pudimos jugar dos veces, la segunda estuvimos bajo vigilancia y decidimos cambiar de aires. ¿Sabes dónde fuimos?

Eduardo pensó bien su respuesta antes de hablar.

–Vinisteis hasta Valencia pasando por varias ciudades, entre ellas Marbella y Roquetas de Mar –dijo, esperando que la omisión de algunas posibles ciudades más no provocaran a la periodista.

–Vaya, me sorprendes otra vez. ¿Cómo sabes tanto de mí?

Eduardo hizo un gesto de levantamiento de las cejas que indicaba “ya ves”.

–Error.

–¡Joder, iba a contestar, puta! –gritó, pero Clara acababa de infligirle otra herida a Laura en un antebrazo.

–Quiero que entiendas una cosa: vais a morir de todas formas y lo sabes. Si juegas con mis reglas podréis ahorraros parte de dolor. ¿Vas a jugar con mis reglas?

–Sí.

–¿Cómo sabes tanto de mí?

Eduardo hizo un último intento desesperado de asustar a la rubia psicópata. Si conseguía hacerle creer que estaban tras su pista puede que huyese. No era garantía de que les dejase con vida pero no quedaban más cartas en la baraja.

–Jaume, la pareja de Laura, es inspector de policía...

–Lo sé. Sigue.

–Llevan muy avanzada la investigación de la chica muerta en el Thailand Gardens y le va contando cosas a Laura, y Laura me las cuenta a mí. Por eso sé en qué ciudades ha habido otros... juegos, que estaban cerrando el círculo en Lisboa y que lo más probable es que ya sepan que Teixeira no se llamaba Teixeira. De Teixeira hasta ti hay un solo paso.

–Pero no encontrarán a Andre, como no os encontrarán a Laura ni a ti. Voy a tener mucho trabajo hoy, ¡tendré que limpiar incluso el techo por tu culpa! Pero cuando la policía vaya a verme estaré sola y sin idea de dónde pueden estar mis socios. “Tal vez eran todos cómplices en los asesinatos y han huido juntos a algún país exótico, inspector Vila”, diré casi llorando en el hombro de tu novio –dijo mirando a Laura.

–Jaume no se tragará eso...

–¿Te he dicho que hables?

–No.

–¿Entonces por qué hablas?

–Porque estoy seguro de que Jaume no se dejará engatusar por tu atractivo, ni aunque intentes llevártelo a la cama como hiciste conmigo.

–¡Jajajaja! –Clara estalló en una carcajada– ¿Intentar llevármelo a la cama?

–No todos los hombres son iguales...

–¡Idiota! Siempre me ha sido fácil, muy fácil, llevar a los hombres por donde he querido con la simple sugerencia de que podrían acostarse conmigo. Pero nunca he tenido que acostarme con ninguno.

La última frase fue pronunciada con tanto desprecio en la voz que Eduardo terminó de resolver otra de las incógnitas pendientes. Esther Pozas nunca habría ido con un hombre a un hotel, y no podían haberla llevado contra su voluntad sin llamar la atención en un complejo tan grande. Pero jamás necesitaron usar la fuerza porque la estudiante no fue al bungalow con un hombre. Esther Pozas había ido al Thailand Gardens para acostarse con Clara Vidal.

–Así que creías que intenté llevarte a la cama... Eso es señal de un trabajo bien hecho, pero no recuerdo bien en qué momento concreto te di esa sensación. Has sido como un ratón huidizo desde que caíste a través del techo e interrumpiste nuestro juego. Como un puto ratón huidizo con suerte. ¿Sabes que si en lugar de atacarte el imbécil de Andre lo hubiese hecho yo hubieras muerto allí mismo?

–Lo supongo. Teixeira, Farias, o como se llamara, me dio un tajo en el brazo. Tú me habrías clavado el cuchillo en el corazón. Y creo que ibas a hacerlo porque cuando caí al suelo vi acercarse unos zapatos de tacón, que ahora sé que eran tuyos.

Clara se quedó en silencio esperando con ansia. Tras unos segundos se dio por vencida.

–Creí que ibas a preguntarme por qué no te maté. Qué pena, te has perdido una muesca –dijo mirando a Laura con una sonrisa–. Empezaron a sonar voces y golpes en la puerta y tuvimos que salir por la otra antes de que alguien nos viese allí dentro. Desde ese momento te estuvimos siguiendo pero tu jodida suerte te fue salvando. A ver si sabes todas las veces que has seguido teniendo suerte después del Thailand.

–Tuve suerte de que siempre hubiese alguien más conmigo en la habitación del hospital.

–Eso ocurrió dos veces, además. Sigue.

–Tuve suerte de irme a Madrid porque me perdisteis la pista...

–Error.

Laura tenía los ojos rojos de tanto aguantar la tensión y el dolor. La nueva herida hizo que casi se desmayara, pero no fue así. Eduardo pensó que tal vez

hubiese sido mejor que perdiese el conocimiento.

–Conseguimos la dirección de tu piso en Madrid y tuviste suerte de que, cuando entramos, no estuvieses en él. Pero no te perdimos la pista. Andre se quedó allí, vigilando la casa cada cierto tiempo, durante varios días, hasta que una mañana te vio salir y te siguió con el coche de vuelta hasta Valencia. Sigue, ¿puedes recordar más ocasiones con suerte?

–El mendigo. Le di mi chubasquero, el mismo con el que Teixeira me había visto entrar al portal de la Plaza de la Reina. Bajo la lluvia creyó que ese pobre hombre era yo y le mató por equivocación.

–Esa ha sido buena. Así es, Andre la cagó otra vez al tratar de matarte. ¿Más?

–Tamara, la chica de color... –iba a seguir hablando pero prefirió callar por si acaso se equivocaba. No sabía si habían ido a buscarle a él o el objetivo había sido desde el primer momento la compañera de Irene.

–Te lo sumaré como acierto. Pero porque no estabas allí cuando entramos. Queríamos asegurarnos de que, fuera quien fuera la persona con quien te habías visto en ese piso, no supiera nada que le pudieses haber contado y si, lo sabía, que no pudiera contarlo. ¿Te la follabas? ¿Te follabas a ese bomboncito?

–No.

–Sigue, que te doy una pista: te queda por decirme una ocasión más en la que tuviste mucha suerte. Piénsalo, contesta bien y habremos terminado esta parte del juego.

A Eduardo le parecía tan evidente la respuesta que dudó si habría gato encerrado. Pero por más vueltas que le dio a todos los acontecimientos que recordaba de aquellos días no encontraba una alternativa mejor.

–Cuando me caí de tu terraza.

–Esa respuesta es imprecisa. ¿Por qué tuviste suerte ese día?

La respuesta que le parecía tan evidente dejó de serlo. Su primera idea había sido decir que porque cayó sobre los toldos y eso evitó que se matase, pero por lo visto había otra opción y era la que esperaba su interlocutora. Pidió perdón con la mirada a Laura por si se equivocaba de nuevo y contestó:

–Porque... si no hubiese caído me habrías matado tú.

–¡No lo dudes! Como decían en “No es país para viejos”: nunca se sabe si la mala suerte te ha salvado de una peor suerte.

Laura suspiró pese a su mordaza.

–El propofol no había fallado nunca, hasta que llegaste tú –continuó

diciendo Clara Vidal—. Imagina mi sorpresa cuando salí de la ducha esperando encontrarte dormido en el salón y escuché los gritos en la calle.

Así que eso fue lo que provocó su caída desde el apartamento de Benidorm y no una borrachera incontrolada: propofol, uno de los anestésicos más usados en los crímenes porque apenas deja rastro, agazapado en una tentadora copa de bourbon añejo.

—Y me costaste otra decepción cuando te vi tendido encima del techo de la cafetería, porque pensé que el destino había resuelto el problema y te habías matado tú solito. Pero te cuesta morirte, ¿verdad?

—Muchísimo.

—Bah, de todas formas a partir de ahí ya dejamos de preocuparnos por ti. Si después de tanto tiempo no le habías contado algo a la policía y seguías hablando con nosotros como si nada era porque de verdad no recordabas más detalles de lo ocurrido en el resort. Sí, y no solo dejamos de preocuparnos por ti sino que además os habíamos hecho socios de nuestro negocio. ¿Por qué no dejaste el asunto quieto y así todos hubiésemos seguido nuestras vidas tan tranquilos?

—Supongo que según tus reglas tengo que contestar con sinceridad: porque habiendo asesinos como vosotros andando por la calle nadie puede vivir tranquilo.

—Bonita frase, la apuntaré luego para algún artículo. Pero el juego ha terminado y se hace tarde así que voy a mataros ya.

30 - Se acabó el juego

–La principal ventaja que tiene una nave situada al final de un polígono industrial es su intimidad. Solo tienes naves enfrente y en un lado, y las de aquí están vacías. Dicen que es por la crisis, igual que pasa en Lisboa –decía Clara mientras iba hasta la mesa y cambiaba el cuchillo pequeño por el más grande.

Eduardo miró a Laura y le pareció que su amiga estaba apretando con fuerza los músculos de su cuerpo. El dolor de sus heridas debía estar haciéndoselo pasar muy mal.

–Me gusta que griten, ¿sabes? –la periodista se mordió el labio inferior al decir esto, mirando el arma que tenía en la mano– Me gusta mucho que griten cuando clavo despacio la hoja en la carne. Me gusta tanto que dos veces me he corrido al hacerlo, sin tener que tocarme.

Laura seguía tensando sus músculos y eso hacía que brotase más sangre de las heridas. Al mirarlas fue cuando Eduardo se dio cuenta de lo que su ex trataba de hacer. Uno de los cortes que Clara le había hecho en un brazo había alcanzado también parte de la cinta americana y, a medida que Laura empujaba su cuerpo contra ese lado, la raja en la cinta se iba haciendo más grande. Eduardo volvió su mirada hacia la rubia para no llamar su atención. Esta volvió hasta donde estaba él, puso una pierna a cada lado de su cuerpo y se sentó sobre sus rodillas, de espaldas a Laura, apoyando los brazos cruzados sobre su pecho y con la cara a pocos centímetros de la suya.

–Si gritas muy fuerte mientras te mato puedes hacer que tenga un orgasmo. ¿Harás eso por mí, Eduardo? –susurró. Parecía muy excitada por lo que estaba a punto de hacer.

Con un rápido vistazo Eduardo comprobó que Laura había conseguido rajarse el resto de la cinta de su brazo izquierdo y estaba intentando liberarlo por completo. Tenía que ganar un poco más de tiempo.

–¿Te puedo contar un secreto, Clara?

–Dime...

–Una vez soñé que tú y yo estábamos en una postura casi igual que esta. Pero imaginaba que la manera de hacer que te corriese sería muy diferente a la que me estás proponiendo hoy...

–Yo te voy a contar otro secreto –contestó ella hablando todavía en

susurros, mientras levantaba el cuchillo y apoyaba la punta metálica sobre el pecho de Eduardo, que empezó a sentir un dolor punzante—: voy a hacerte sangrar tanto que cuando termine tendré que quitarme el vestido y la ropa interior y destruirlos porque no habrá forma de lavarlos.

Aquello era como un macabro *déjà vu*. Cinco años después de lo que fue la peor pesadilla de su vida volvía a estar atado e indefenso ante una psicópata armada con un cuchillo. De haber creído en ciertas cosas hubiera pensado que el destino repetía la jugada para rematar lo que quedó pendiente la primera vez.

—Luego me pondré desnuda sobre tu amiga. Me gustan un poco más jóvenes pero no importa, siempre disfruto cortando el cuerpo de una mujer guapa...

Laura consiguió por fin soltar su brazo en un último movimiento desesperado y doloroso en el que se dejó parte de la piel. Extendió su mano todo lo que le fue posible y agarró a Clara por el pelo, tirando de ella hacia atrás.

Sin la hoja de acero ya contra su cuerpo, Eduardo lanzó su cabeza hacia delante y su frente impactó con fuerza contra el rostro de la periodista, que terminó de caer de espaldas contra el suelo. Aún así, nada más caer se levantó de un salto como una gata, se pasó la mano por la cara, miró la sangre que salía de su nariz y, con una rapidez inesperada, giró sobre sí misma dándole una patada en la cabeza a Laura, que cayó tumbada de costado junto a la silla.

Eduardo seguía inmovilizado y no podía ayudar de ninguna forma. Miró impotente cómo Clara se agachaba con intención de recoger el cuchillo del suelo. Pero, antes de llegar a hacerlo, se quedó quieta. Volvió la cabeza hacia un lado como si intentase escuchar algo y, de repente, se irguió y saltó hacia la mesa donde estaba el revólver.

La puerta de la oficina se abrió de golpe, estrellándose contra la pared y rompiendo el cristal de la mitad superior en miles de fragmentos.

—¡Alto! ¡Policía! ¡Suelte el arma! —gritó Jaume al entrar en la estancia, apuntando a Clara con su arma reglamentaria mientras caminaba hacia ella.

La rubia ya había cogido el revólver y lo levantó encañonando al inspector.

—Mira, Eduardo —dijo con una calma imposible de imaginar en una situación como aquella y mirando a los ojos al policía—, esta es otra escena de película que me gusta, cuando el bueno y el malo se apuntan el uno al otro sin moverse...

El disparo de la USP Compact de Jaume atronó la habitación, alcanzando a Clara justo debajo de la clavícula derecha y haciéndola caer al suelo. El inspector se acercó hasta ella con el cañón aún humeante sin dejar de apuntarla y alejó el revólver de una patada.

–En la vida real las cosas no son así, señorita –dijo.

Tres agentes más entraron en la oficina y se hicieron cargo de la periodista, mientras Jaume enfundaba su arma y corría para auxiliar a Laura. Eduardo pensó que nunca en la vida se alegraría tanto de ver a aquel policía tan asquerosamente perfecto como aquella tarde.

Veinte minutos más tarde Laura y Eduardo eran transportados en sendas camillas hacia las ambulancias que esperaban fuera, con Jaume Vila acompañándoles en el trayecto a través de las rotativas del *Benidorm Sun*. Detrás de ellos y en otra camilla escoltada por dos agentes iba Clara Vidal en dirección a una tercera ambulancia.

–Creí que la habías matado, cuando disparaste desde tan cerca –dijo Eduardo.

–No, si puede evitarse –respondió Jaume–. Pero con once asesinatos en dos países ya es suficiente para que no pise más la calle en toda su vida, irá pasando de cárcel a psiquiátrico y al revés.

–Oye, ¿eso que llevas ahí es mi móvil?

–Ahora es una prueba –respondió el inspector mostrándole el teléfono que portaba dentro de una bolsita de plástico con cierre hermético– Tendrás que esperar un tiempo para recuperarlo.

–Compraré otro.

–Hiciste muy bien en dejarlo en el suelo sin cortar la llamada. Gracias a eso Tomás oyó el disparo y pudo avisarnos enseguida. Y también pudo grabar toda la conversación que tuviste con Clara mientras torturó a Laura.

–La verdad es que lo solté cuando vi a Teixeira salir con el hacha y no había vuelto a acordarme de él...

–Tomás me ha enviado un mensaje cuando les habéis comunicado que estamos bien –dijo Laura con sonrisa cansada desde su camilla–. Me dice que se alegra muchísimo de que todo se haya resuelto, que vienen para acá y que la agencia le debe una llamada internacional de más de media hora.

–Eso, ¿por qué tardasteis tanto en venir a rescatarnos? –preguntó Eduardo.

–No podíamos localizar ninguno de vuestros teléfonos, el tuyo estaba en llamada en curso y el de Laura sin cobertura. Tomás nos dijo que lo único que

sabía es que estabais en una reunión con los dueños del *Benidorm Sun*. El primer sitio al que fuimos fueron las oficinas que tienen en la Playa de Poniente, que son las que figuran como domicilio fiscal. Al encontrarlas cerradas fue cuando vinimos aquí. Deberíais ser más precisos cuando informéis de las cosas, cariño –contestó Jaime mirando a Laura.

–No estoy ahora para charlitas, ¿vale, corazón? –refunfuñó ella, cerrando los ojos.

–Mañana hablaremos con tranquilidad con vosotros en el hospital de Alicante, cuando os hayáis recuperado. En este asunto hay todavía mucho por aclarar pero lo peor ya ha pasado.

Los enfermeros montaron a Laura en una de las ambulancias y Jaime subió con ella. A Eduardo se lo llevaron en la otra, acompañado por un enfermero y un agente de policía.

Cuando salían del polígono industrial Eduardo ya iba haciendo un repaso mental de lo sucedido y evaluando el estado en que se encontraban todos en aquellos momentos.

Laura y él habían estado a punto de morir aquella tarde de una forma dantesca, pero ahora ella iba en la ambulancia con su salvador que además, a su pesar, parecía ser el verdadero amor de su vida y se lo había ganado a pulso.

Tomás estaba de vuelta a Valencia, donde casi seguro que se encontraría con Irene antes de ir a verles al hospital. Hacían buena pareja aquellos dos. Solo esperaba no tener que prescindir del pelirrojo en la agencia de Madrid porque pidiese traslado a la costa para estar al lado de su nueva novia.

Manuel Pozas tenía por delante casi mil kilómetros desde Lisboa pero estaba acostumbrado a conducir. ¿Aplacaría algo su necesidad de venganza el hecho de que uno de los dos asesinos de su hija ya estuviese muerto y la otra fuese a pudrirse entre rejas? Ojalá fuese así, porque la pena de padre jamás desaparecería.

Rodríguez tendría tal orgasmo de satisfacción al haber resuelto unos crímenes como aquellos, jubilado y sin moverse de casa, y porque otro inspector le hubiese salvado la vida de nuevo, que estaría insoportable durante los próximos años.

Y él... bueno, él era el único que quedaba soltero y sin compromiso. Pero estaba vivo y podría ver crecer a la pequeña Eva, que era la única persona de sexo femenino de la que se fiaría sin dudarle a partir de ese día.

Se tocó con cuidado el vendaje que llevaba en la cabeza y una sonrisa asomó a su cara.

¿Estaría de guardia la doctora Ruiz?

FIN